



CORONEL ANTONIO RICAURTE

duró todo el día. Alternativamente los dos valientes bandos tomaban y perdían las posiciones, hasta que una carga de la reserva desde el centro de la línea republicana, dirigida por Bolívar en persona, y el refuerzo de Gogorza a la izquierda del campo, decidieron del éxito de la contienda, con la retirada de Boves hacia las colinas, al otro lado del Aragua. El parcial triunfo republicano costó cerca de mil hombres a los realistas y como la quinta parte a los republicanos; pero la muerte de Campo Elías y Villapol hizo que las pérdidas fuesen de una intensidad incalculable. Por otra parte Boves también salió herido de la pelea.

No fue una batalla decisiva. Fue apenas reprimir el avance del realista, que contaba con ocupar a Caracas desde entonces. Los campamentos rivales quedaron frente a frente y los combates se repetían diariamente, ya iniciando las embestidas los patriotas, ya provocando los contrarios, con la fortuna del lado de los patriotas.

Fue una especie de tregua provechosa para ambos. Boves, herido en una pierna en el rudo batallar del último día de febrero, necesitaba para su curación del reposo de Villa de Cura. Le urgía igualmente reponer con nuevas unidades de sus inagotables hormigueros de los llanos las numerosísimas bajas sufridas en el principal combate de San Mateo y en los choques subsiguientes: más de 1.200 entre muertos y heridos.

Boves, sin embargo, retenía la ofensiva; y ya repuesto de su herida, se trasladó sin demora al puesto donde lo esperaban ansiosos sus soldados.

Mariño se hallaba ya cerca con su ejército, dispuesto al fin a cooperar en la defensa del patrimonio común. Era preciso al realista impedir su reunión con Bolívar y era indispensable también apoderarse de la casa alta del ingenio, donde estaba el parque bajo la custodia del joven granadino capitán Antonio Ricaurte, sin más guardia que unos 25 soldados.

Habilísimas las maniobras estratégicas del general realista: hay que atacar la derecha de Bolívar por la espalda; una columna debe bajar del cerro del Güey por los Cucharos para tomarse la casa alta con su parque; una tempestad sobre los

parapetos del centro, donde el insurgente se guarece, y echar en masa el grueso del ejército por el frente. Pero en ese ataque al centro el bravo caudillo de Fernando VII fue contenido por el general republicano, no inferior a aquél en coraje, talento militar y prestigio ante sus tropas; y ardiendo San Mateo en el fuego de metralla y fusilería que por ambos lados disputaba el dominio del campo, el pavor y consternación de los unos, la alegría y admiración de los otros, es el signo de la heroicidad con que un hombre de pundonor sabe interpretar y cumplir su deber a costa de su vida.

Al percibir Ricaurte la algaraza característica con que las partidas de Boves corrían irremediablemente a ocupar la casa alta, indefensible por falta de fuerzas, y apoderarse del parque que guarda, hace desfilar su miserable guarnición hacia el Trapiche, a corta distancia al sudeste sobre el camino de Caracas, y al llegar el enemigo prende fuego a la pólvora produciendo aquello una explosión aterradora. El parque había desaparecido. Los asaltantes, destruidos, no pudieron gozarse con un fácil triunfo; y Antonio Ricaurte puso en la sangrienta lucha del día la nota de sublimidad muy pocas veces emulada en la historia.

Impertérrita la gente de Boves, corrió luego a las ruinosas instalaciones de la casa que quedaron en pie, asesinando sin piedad a gente no combatiente que en ella se guarecía.

La disputa sangrienta en que los patriotas perdían y recuperaban casas y posiciones continuó durante las mortales nueve horas de la reñida acción, hasta que agobiado el enemigo, tuvo que huir a sus posiciones iniciales.

No era posible la persecución característica de los métodos de Bolívar. Sus tropas eran en extremo exiguas, y podemos decir, sin reservas con que reemplazarlas. Y no obstante, todavía hemos de asistir a nuevos episodios de esta agotadora lucha, no explicable desde el punto de vista patriota sino por la calidad de unos oficiales que, identificados con el jefe supremo, no perdían la fe en el porvenir de la contienda empeñada.

Las acciones victoriosas de San Mateo contra el más temible adversario de la independencia levantaron un tanto los ánimos abatidos por otras desgracias.

Porque deshecho Ribas en Charallave, el feroz Rosete volvió a renacer con 3.000 hombres que invadieron los valles del Tuy, a tiempo que Caracas, exhausta de guerreros que la protegieran, se vio en la necesidad de sacar fuerzas de flaqueza. Y así apresuradamente formó un ejército de 800 hombres que contaba la florida juventud universitaria, que fue a rendir la vida generosa al mando de Arismendi en Ocumare (11 de marzo). Cien de estos valientes infortunados lograron salir con vida y regresar a Caracas como testigos vivientes de una calamidad que habría sido irremediable y final si la empresa patria no contara con la inagotable y prodigiosa actividad del general en jefe que destacó una columna de 400 hombres en auxilio de la capital al mando de Mariano Montilla.

Si la gente perdida por Boves en los combates se reemplazaba como por encanto al conjuro de las promesas de venganza y pillaje contra los blancos hacendados y ricos terratenientes; si su espíritu guerrero se alimentaba de licencia e indisciplina, y si a esto se agregaba lo que el Libertador llamó "el roce de las antiguas cadenas", y lo que Lecuna describe como "método de Tamerlán" o sea, el horror al látigo, a la lanza, a la muerte despiadada por parte de los infelices renuentes a seguirlo o que mostrasen la menor vacilación, el fenómeno de su pujanza y multiplicación es perfectamente explicable desde un punto de vista puramente material y humano. No así el de los acendrados patriotas, sin armas ni modo de conseguirlas más que quitándolas al enemigo en combates desiguales; sin grandes reservas de sangre a no ser los prisioneros arrebatados al enemigo; y en la gran generalidad de los casos bajo una disciplina que excluía actos de vandalismos y procedimientos ajenos a la práctica de la guerra civilizada, condiciones desfavorables a la satisfacción de las bajas pasiones de la multitud.

El motor de estos hombres era la calidad de los oficiales, la confianza que a éstos inspiraba el grande hombre de que dependían, que los inflamaba de su mismo espíritu de noble sacrificio, el que sabían transmitir aquellos con ardor sincero y fiel.

Las urgentes llamadas que el Libertador de Occidente había hecho al Libertador de Oriente tuvieron efecto favorable

después del tratado firmado por los dos de que se ha dado cuenta en páginas anteriores. Pero no deseando Mariño dejar enemigos a la espalda, su marcha acompañada de frecuentes encuentros con las partidas adversas, fue más lenta de lo que hubiera sido conveniente y eficaz.

De su aproximación tuvo noticia Boves frente a San Mateo antes que el Libertador, lo que produjo dos efectos: el uno, que el realista levantó el campo que tan adverso le había sido en todos los choques, para ir al encuentro del general Mariño; y el otro, que ignorante Bolívar del nuevo e importante contingente patriota, y temeroso además de una treta del asturiano para aniquilar sus diezmadas y debilitadas unidades, no lo persiguió con el vigor y extensión que hubiera sido de desearse y que sin duda lo habrían aplastado. Tal era la dificultad que para el espionaje patriota oponía la opinión volcada en favor del rey.

El impetuoso Boves y el no menos valeroso jefe oriental Mariño, se encontraron y vinieron a las manos en Bocachica (31 de marzo). El realista fue duramente escarmentado con unas 1.000 bajas, mientras la república tuvo que lamentar unas 180.

Noticioso el Libertador de la gloriosa jornada, retiró 1.000 combatientes que había establecido en la Quinta Plantación de Tabaco para vigilar al contendiente, y con ellos se lanzó a la persecución del español que marchaba hacia el sur del lago de Valencia. La rota de éste fue completa en Magdalena, cuesta de Yuma y Güigüe. Si hubiese sabido a tiempo la aproximación de Mariño y la batalla del 31 de marzo, y si el jefe oriental, en vez de permitir la fuga de un ejército vencido y agobiado por la desmoralización engendrada por las numerosas derrotas recientes, hubiera seguido el ejemplo de su hermano de Occidente, Boves no hubiera retenido siquiera los 1.500 guerreros a que redujo Bolívar los 3.000 hombres que le dejó Mariño.

Prodigios dignos de los héroes mitológicos eran todos estos sucesos. ¿De dónde cobraban fuerza y entusiasmo esos hombres de la república? ¿No miraban acaso al futuro de una contienda en que, aún momentáneamente vencedores, veían sobre sí el peso predominante de la fuerza material y la opinión hostil



GENERAL MARIANO MONTILLA

de las masas? Si les faltara el jefe a que obedecían, las armas caerían de sus manos cansadas, el aliento del espíritu abandonaría sus cuerpos fatigados.

De los llanos de Calabozo, vivero exclusivo y riquísimo de Boves, a Caracas, natural punto de mira de los realistas, se extendía de norte a sur y de este a oeste un territorio sembrado de poblaciones de distinta magnitud y categoría que les servían de jalones en la marcha para coronar la meta codiciada. Hacia el mediodía, la provincia de Guayana, de donde en un momento dado se levantaban como del fondo inviolado de la tierra, las innúmeras unidades que formaban la "legión infernal" o repunían las que en sus frecuentes derrotas y aun en sus victorias mordían el polvo irreverente. Parecían las llanuras forja vigorosa de los recios caballos en que con especialidad confiaba, y con razón, su ejército indomable de centauros. Los ríos navegables daban puertos marinos, es decir, segura entrada a toda clase de auxilios que les proporcionaban las colonias españolas del Caribe. La retaguardia realista estaba, pues, absolutamente cubierta, y no por entidad inerte y sin vida. El frente y flancos, al contrario, constituían la tabla de ajedrez en que era preciso mover las fichas del combate con bravura y talento, que sobraban al caudillo, pues no era menos bravo ni en manera alguna lerdo el que por el lado adverso les disputaba a aquéllos el avance y la final victoria.

En sus condiciones desventajosas por todo concepto, menos por el patriotismo consciente y la abnegación austera del jefe y sus tenientes, era preciso al Libertador improvisar hombres y medios. Sus cuantiosas propiedades las había puesto desde temprano al servicio de su causa; sus exhortaciones y ejemplo habían allegado ya cuanto a los ciudadanos les era posible dar; sus medidas de guerra habían agotado en los enemigos la capacidad de contribuir, mal de su grado, a la causa que odiaban. El mantenimiento de la lucha, sus victorias y los ejércitos que hacían posible unas y otros puede explicarse por la esperanza y la fe en el destino final que, aunque sin duda conscientes ellos de los reveses y sinsabores que les aguardaban, todavía por largo tiempo, no les permitían desmayar en los esfuerzos sobrehumanos que necesitaban poner a contribución.

Desde su punto y en la situación en que se encontrase el Libertador, él era quien movía todas las piezas de este complicado tablero del occidente de la provincia.

Bolívar no sólo atendía a las necesidades de su campamento. Presente estaba en todos los problemas civiles del Estado, y su consejo y acción eran guía en los problemas diversos que a cada paso surgían en la administración; y su pluma dilucidaba los varios aspectos de la guerra desde el punto de vista de los acontecimientos ocurridos en el suelo europeo, que necesariamente se ligaban con el presente y el porvenir de la guerra de independencia y los estados que ella bregaba por crear.

Mientras contenía a Boves por sí o por sus tenientes, la región más occidental de la república se debatía desesperadamente para librarse de la coyunda. Urdaneta, obediente a las órdenes del Libertador y a su propio valor y pericia, llevaba sobre sus hombros el peso de la responsabilidad. Y en verdad, nadie se hubiera desempeñado con más sagacidad y acierto. Rodeado estaba de enemigos, pueblos enteros le adversaban, las fuerzas y guerrillas de Ceballos, Calzada, Millet, José de la Vega y otros se vieron frecuentemente humilladas por las exiguas unidades de Urdaneta y sus oficiales Picón, Lara, Palacios, Plaza, Monasterio, Briceño.

Evacuado Barquisimeto, Urdaneta logró penetrar en el corazón de San Carlos, peleando diariamente a su paso con las guerrillas que infestaban el territorio. Mas era imposible ante la enorme disparidad de fuerzas, que San Carlos, sitiado, se sostuviese largo tiempo. Siguió no obstante, sosteniéndose contra los sitiadores, harto desmoralizados y diezmados; circunstancia que aprovechó para efectuar su salida y retirada, siempre luchando contra las hostiles guerrillas. "El país se había pronunciado por el rey", dice Lecuna, "hasta el punto de no haber para los patriotas en el occidente nada seguro fuera del tiro de fusil en sus tropas".

Evacuada San Carlos por la pericia de Urdaneta, marchó éste con sus 300 hombres hacia el nordeste y se encerró en Valencia. Sitiado por las fuerzas de Ceballos a las que pronto se reunieron allí las de Coro y Barinas, ya eran 3.000 hombres que

le intimaron rendición. Pide auxilio al Libertador. ¡Desconcertante respuesta! “¡Usted debe enviar 200 hombres a Puerto Cabello para que D’Eluyar no sucumba!”; y luego: “sostenga a Valencia hasta el último soldado”. Consejo de oficiales: “El Libertador ordena sostener el sitio del enemigo hasta el último hombre. Juramos obedecer hasta que imposibilitados en la última extremidad, imitaremos el ejemplo de Ricaurte en el campo inmortal de San Mateo”. Pero la aproximación de Mariño a San Mateo hizo que el caudillo realista levantara el sitio de ese glorioso vivero de heroísmo; y la derrota que el jefe oriental le infligió en seguida hizo a Ceballos retirarse de Valencia, impidiendo a Urdaneta y sus compañeros cumplir el sagrado juramento.

Si tan precaria era la situación patriota en tierra firme, no lo era menos en el mar, donde los corsarios al servicio de España no cesaban de atacar y vencer con sus naves a las pequeñas embarcaciones de que podían disponer los patriotas y apoderarse de sus tripulantes y de los cargamentos de cacao u otros géneros de que eran portadores para el tráfico con Curazao o para el abastecimiento de pueblos ribereños.

Pero faltan para completar este período de la guerra en la provincia de Caracas, algunas de las más famosas batallas campales de 1814.

No era la escasez de los patriotas el único motivo de alarma, y más que alarma desesperación, en que se hallaba la causa. Había que contar con el estado de la opinión. A la disposición de los ánimos, inclinados a España, se agregaba la inminencia de grandes refuerzos venidos del otro lado de los mares por la cesación de la guerra por Napoleón; y aunque el Libertador y los escritores de la “Gaceta de Caracas” se esforzaban por borrar de la imaginación popular la impresión justa que la mejor situación actual de la madre patria engendraba, libre de las preocupaciones de defensa interna que la habían agobiado, la lógica natural triunfaba contribuyendo a aumentar el pánico de unos y la soberbia ufanía de los más. Cansados los pueblos de tres años y medio de guerra, muertes, asesinatos, pestes, hambre y desolación, culpaban de tantos horrores a Bolívar y el gobierno independiente; el descontento cundía y se abría paso

aun en las filas de las tropas, que desertaban por centenares e iban muchas a aumentar el contingente bélico del enemigo. Al mismo tiempo se dolía el Libertador de la desaparición de los vestigios de la civilización: "Con esta guerra cada vez más cruel han desaparecido los tres siglos de cultura, de civilización, de industria. Parece que todos los males se han desencadenado sobre nuestros desgraciados pueblos". Mas no se entrega en brazos del pesimismo: "pero su exceso mismo nos indica que van a cesar".

A estas alturas ocurrió el primero de los desastres definitivos: la derrota de Mariño por Ceballos en el Arao, el 16 de abril. Las guerrillas, las facciones, los enemigos avergonzados por tantos reveses causados por el bravo puñado de republicanos, levantan de nuevo la cabeza, se unen y consolidan, y sabiendo que Boves renovó sus alientos, como siempre después de sus refriegas adversas, que aún por esto es émulo de nuestro general en jefe, se pone en estado de ofensiva y espera la llegada del caudillo republicano.

Cajigal comanda el ejército realista a poca distancia de Valencia. En espera de Boves se mantiene a la defensiva mientras el Libertador con movimientos inteligentes lo provoca al combate. La actitud de éste descubre toda la intención de su adversario, y redobla sus bellas maniobras. Con algunas de ellas finge errores o debilidad. En uno de estos movimientos el enemigo cae sobre los patriotas que lo castigan severamente con la sola compañía de José Francisco Bermúdez. "Sobrevino entonces, dice Lecuna, un incidente inevitable, y fue que sin fundas los soldados, mojáronse los fusiles por una fuerte lluvia, y para disimular la imposibilidad de obrar con la infantería en esas condiciones, los patriotas provocaron duelos singulares de sus jinetes afamados con los de más renombre de los enemigos. Allí se distinguieron el famoso Francisco Carvajal, denominado *Tigre Encaramado*, Jugo, Monagas, Sedeño y Arrioja".

Al finalizar esta pasajera situación, siguió el Libertador incitando a Cajigal para que aceptase la batalla. Este seguía rehusándola hasta que tuvo noticia de que Boves había salido de Calabozo para unírsele.

Quizás Bolívar tuvo conocimiento de la novedad, y naturalmente sintió impaciencia por impedirlo. Tuvo también que hacer frente a las señales de descontento que por varios motivos mostraban las tropas, cuyos conatos de desertión se había visto obligado a reprimir y castigar con energía y gran severidad.

Con ojo avizor continuó observando al enemigo, combinando los movimientos, simulando debilidad, para colocarse en la más ventajosa posición mientras lo estimulaba a la pelea. Acampa Cajigal a poca distancia de Valencia; empuja el Libertador sus 5.000 soldados sobre los 6.000 veteranos del enemigo, y en la llanura de Carabobo se libra la batalla (28 de mayo). Una vez más triunfa sobre el número la pericia del jefe supremo combinada con la destreza y valor de Leandro Palacios, Jalón, Mariño, Ribas, Montilla, Carvajal, Sedeño, Florencio Palacios, Bermúdez, Valdés, Urdaneta, Jugo, Arrijoja y García de Sena.

Las pérdidas realistas en el campo de batalla y una activa persecución produjeron al vencedor gran cantidad de elementos y 1.100 prisioneros, ganado, caballos y botín.

Sísifo ha logrado llevar su pesada carga hasta cerca de la cumbre de la montaña: ha de rodar de nuevo hasta los pies de la mole, porque no puede clavarse en las laderas o vertientes. La violenta tempestad caerá sobre ella. Es Boves, tantas veces vencedor a quien se adelantó Carabobo, cuya derrota le da más ánimo para un encuentro vengador.

Una batalla tan gallarda y provechosamente ganada al enemigo debía producir un entusiasmo desbordante en la masa patriota de la población. No es ésta la impresión que dejan los sucesos. Después de dar sus disposiciones en el campo para aliviar la situación de las tropas hambreadas y semidesnudas, y para anular la acción de las guerrillas realistas que merodeaban en toda la región disputada, vuela el dictador a Caracas, en donde las pasiones de los dos bandos se enconan de modo increíble. El mismo alboroto que llamaremos civil está denunciando que el éxito acabado de alcanzar dista mucho de producir tranquilidad a los unos y decaimiento a los otros. Es qué si por una parte aquéllos han visto brillar una estrella en el cielo americano, los demás, por otra, animados por las gacetas es-

pañolas, han tomado nota de la liberación de España y su auge político y militar en presencia del total derrumbe del Corso. La hostilidad inglesa a la causa se ha manifestado también de modo objetivo y concreto por el maltrato que comisionados del gobierno independiente reciben de funcionarios británicos de Saint Thomas. La ciudad de Caracas hierve con el fuego que alimentan y se comunican mutuamente los dos partidos hostiles. La ciudadela, refugio de personas y familias contra la eventualidad de una incursión realista, y la parte exterior a ella donde residen los demás habitantes, mantienen despierta la mutua rencilla que se traduce frecuentemente en acometimientos singulares no sólo de hombres, sino también de mujeres.

Voló el dictador, decimos, a Caracas, y dejando la espada una y otra vez acostumbrada a triunfar en las lides de sangre, esgrimió sus otras armas igualmente vigorosas: su palabra y su brillante pluma. Pero su dialéctica no tuvo el efecto que buscaba. El pueblo estaba saturado de pesimismo, guiado por una lógica más contundente que la de los razonamientos: la lógica incontrastable de los hechos. El efecto de este desaliento fue la irreparable acción que siguió a estos acontecimientos, en que las fuerzas patriotas y las rebeldes estaban completamente equilibradas, las posiciones no eran malas, los jefes eran los mismos habituados a batir a los llaneros en encuentros desventajosos; pero el ambiente moral había envenenado el espíritu del soldado con una desmoralización mortal que impidió a la caballería, dirigida por las famosas lanzas de Sedeño, Monagas, Arrijoja y Carvajal, dar de sí cuanto encerraba en potencia y había puesto en evidencia.

Y fue así que como un huracán, ultimando vidas, talando, destruyendo y jurando venganza avanzaba el feroz Boves con sus feroces mesnadas. Al conocer su aproximación Mariño, desde Villa de Cura salió a su encuentro resuelto a disputarle el paso, y se situó en el fatídico sitio de La Puerta, donde ya el ejército patriota había sufrido el descalabro del 3 de febrero al mando de Campo Elías. Este sitio se prestaba para una hábil defensa de los 3.000 combatientes patriotas contra igual número de llaneros. Mariño desconocía la verdad de la fuerza de su contrincante, y acaso la creía inferior a la suya: tal era

el estado de la opinión que los patriotas no podían obtener datos de los vecinos; su servicio de espionaje era absolutamente nulo.

A las doce del día 15 de junio se empeñó el duelo. El Libertador, al tener noticia de la cercanía del enemigo, voló de Caracas a arrostrar el peligro. Llegó poco después, tarde ya para corregir el error de Mariño, sacando de allí a los combatientes como lo intentó.

La infantería de Boves acometió de frente, su caballería atacó por la derecha, haciendo verdaderos estragos hasta que rompió la retirada patriota. Las cargas de los llaneros eran irresistibles. Era verdaderamente lo que indicaba su nombre de "Legión Infernal". Ni la caballería patriota ni su infantería fueron capaces de resistir los choques sucesivos de los llaneros, y el desbande fue total, y total la destrucción del ejército. Todo, absolutamente todo, cayó en poder de Boves. Compañías enteras, dice Lecuna, fueron destruidas a culatazos y lanzazos. Allí murieron el ministro Muñoz Tébar y los jefes de Batallón Pedro Sucre, Antonio María Freites, Manuel Aldao y García de Sena. Según la leyenda, Freites al verse perdido se quitó la vida con su propia pistola. Al caer la artillería el coronel Jalón quedó prisionero. Bolívar con varios edecanes y oficiales, rompiendo con una escolta valerosa por entre una fila de enemigos pudo salvarse y huir. "Bermúdez tiró una hermosa capa a los llaneros a punto de cercarlo, y mientras se la disputaban se alejó del campo": es sintomático de la psicología de esos soldados.

Lástima que los hombres deslustren su heroísmo y manchen sus laureles con crímenes como los que invariablemente acostumbraba Boves en los campos de batalla, y en los pueblos donde reposaba o por donde marchaba. Boves no sufrió en esta ominosa jornada más que 90 hombres entre muertos y heridos. Las pérdidas de los republicanos pasaron de 100 hombres desaparecidos y otros tantos muertos, porque todos los heridos y prisioneros fueron asesinados en el campo de batalla. Una excepción se cuenta: la de aquél benemérito coronel Diego Jalón, de tanta estimación por Bolívar, que en sus repetidos empeños por salvar de la ejecución a los prisioneros de

Caracas y La Guaira llegó a proponer el canje de todos por el de este oficial únicamente, preso en Puerto Cabello. Había sido canjeado después por el coronel Miramón. Pues bien, el jefe realista le hizo la distinción de invitarlo a almorzar con él; y cuando terminó el almuerzo ordenó en su presencia que lo ahorcasen, y lo decapitasen después de muerto para mandar su cabeza a sus amigos de Calabozo.

En la misma tarde de la derrota, a las 6, emprendió Bolívar precipitada fuga. En tres horas y media había cubierto los 50 o 51 kilómetros que median entre el campo de batalla y La Victoria, lo que revela la magnitud de su peligro. Allí tuvo un breve descanso, si descanso puede ser echar pie a tierra para tomar y comunicar medidas calculadas a remediar una catástrofe sin precedentes en la guerra, y procurar que surgiese ánimo de los corazones hacia ya tiempo desencantados y dudosos no obstante los fugaces relámpagos de gloria que solían alumbrar el camino feliz de los ejércitos de la patria. ¿Podría él mismo tener confianza en el resurgimiento? Aunque parezca imposible, estamos íntimamente convencidos de que entre la lóbreguez de esa noche triste de su espíritu, tras el dolor sembrado en él por la espantosa catástrofe de ese día, él percibía la claridad de la lámpara inextinguible, que no le hizo perder un momento su admirable serenidad. ¡Ay, si ese fanal se hubiese apagado en algún momento! No siempre, como en estos instantes, podía transmitir su calor, más ahí estaba y sólo aguardaba tiempos más propicios.

Por su boca se informaron todos del luctuoso suceso y la magnitud de la desgracia al mismo tiempo que aconsejaba serenidad en el infortunio. Y dio órdenes para defender a La Cabrera; D'Eluyar debía redoblar su vigilancia contra Puerto Cabello; Escalona, comandante de Valencia, esforzar su defensa; y Urdaneta correr en auxilio de esta ciudad. Confiaba en poder arbitrar los medios para reparar la desgracia.

Con los compañeros que con él se salvaron, Ribas entre ellos, el Libertador llegó a la capital al día siguiente, 16 de junio. Fue el primer mensajero de la triste nueva. Vuela la fama por todo el ámbito de la capital alborotada. El júbilo y entusiasmo de los más, realistas declarados o solapados, en con-

traposición con la tristeza y miedo de los otros, conocidos los métodos realistas de celebrar sus éxitos con el asesinato, el saqueo, la violación carnal, y todo género de desmanes y atrocidades, convirtió a Caracas en un triste modelo de confusión espiritual y material. Boves y sus tenientes avanzaban acuchillando sin piedad a su paso y convirtiendo los poblados y caminos en ríos y lagos de sangre. Al compás de los hurras de victoria, los ayes de dolor por los que perecieron y por la suerte personal que esperaba a los moradores y sobrevivientes.

No eran el Libertador ni los demás jefes de la república, gente para anularse ante reveses como el que se acababa de sufrir. La ley marcial entró en rigor: era el medio único de reunir soldados en medio del caótico desaliento de los adeptos de la independencia. ¿De dónde sacar dinero, si todas las fuentes estaban agotadas? Quedaban las joyas de la Iglesia, la plata labrada no indispensable para el culto, cedidas a la república en acto público del once de febrero, y de parte de esa plata se echó mano para acuñar monedas. Se impusieron nuevas contribuciones forzosas. ¿Y armas? ¿Y bastaban para la defensa de la ciudad contra los enemigos que vivían en ella los débiles contingentes que podían reunirse, que se necesitaban además para hacer frente a las partidas y tropas exteriores que se avecinaban? Apenas unas pocas armas pudieron conseguirse de un barco surto en La Guaira; y el Libertador resolvió tomar una medida trascendental: enviar a Barbada una comisión presidida por don Pedro Gual, que desde días atrás había venido a traer las felicitaciones y honores del gobernador de Cartagena. El objeto era pedir al gobernador inglés de la isla 2.000 fusiles, 2 baterías de campaña y 1.000 infantes que defendiesen la ciudad contra las incursiones de los hombres de color, que, vencedores, podían llevar sus desmanes hasta las Antillas. Las tropas habían de devolverse tan pronto como la república lo ordenase. La compensación de estos servicios eran facilidades para el comercio británico. Ningún éxito logró la misión.

Esto acontecía el 17 de junio. Varias familias comenzaban a emigrar para las Antillas. María Antonia, hermana mayor del Libertador, partidaria ardiente del rey, no había perdido por eso su tierno cariño. Ella era un ángel bueno para los realistas

amenazados, y ejerció su caridad muy notablemente en los aciagos días de las ejecuciones de Caracas y La Guaira. Ella en su hacienda de caña de Macarao, a 14 kilómetros del centro de la capital, y al extremo occidental del valle de Caracas, los escondía mientras intercedía con su hermano, con Ribas, con Arismendi, a fin de que les otorgasen pasaportes para el exterior. Pero es de advertirse que, contrario a lo que acontecía en otras familias, jamás cometió infidencia contra la causa de su hermano ni protegió realistas políticos, militares, ni manchados con sangre.

La casa del Libertador, en la esquina de las Gradillas, estaba en la misma cuadra que la de María Antonia, de Gradillas a Sociedad, y era ella quien le asistía y prestaba servicios domésticos cuando los menesteres de la guerra o las atenciones del gobierno civil le permitían u obligaban a estar en la capital.

En las amargas coyunturas de la derrota republicana en La Puerta, María Antonia, que había sido un consuelo para tantos perseguidos, consciente de sus servicios y lealtad al monarca, no quería seguir el ejemplo de tantos desgraciados que abandonaban familia, bienes y terruño para eludir la furia salvaje del vencedor. Pero Bolívar, que conocía por experiencia la índole traidora de los realistas; que sabía del deleite supremo de Boves y sus hordas en la maldad y la sangre; que sospechaba fundamentalmente que su nombre y parentesco eran suficiente argumento para una salvaje venganza de Boves y su "Legión Infernal", sin importarle nada con servicios de americanos; y que por otra parte, era un prototipo de cariño por su familia y amor fraternal para con esa hermana en especial, tan parecida a él no sólo físicamente sino en sus dotes de talento, energía varonil y constancia, o si se quiere, terquedad, tomó hacia ella una drástica resolución.

Cuando todo era confusión, trajín y angustia entre los que con razón temían los desmanes del vencedor, y movimientos hacia La Guaira de los que huían a las Antillas, y preparativos de los más para escapar de algún modo de las garras ensangrenadas y ávidas que ya casi sentían sobre sí, se presenta el Li-

bertador a su hermana, despreocupada y tranquila en sus afanes caseros y atenciones campestres, y le ordena enfáticamente:

—Tienes que emigrar a Curazao.

—¿Por qué? contesta asombrada.

—Porque es seguro que te ultrajará la gente de Boves, y no puedo permitirlo.

—Y ¿por qué han de ultrajarme? ¿Qué tengo yo que ver con tus locuras? ¿No le consta a todo el mundo cómo mi corazón compasivo y mi influencia contigo, Ribas, Arismendi y Leandro han salvado a tantos infelices amenazados por el solo crimen de ser leales a su rey?

—¿Qué les va con eso a los españoles! ¿Qué hay sagrado para ellos? Es gente que no tiene conciencia ni sentimiento noble alguno. No tienen otra consigna que extinguir el nombre americano. ¿No conoces los antecedentes de ese bandido Boves, chacal humano, nunca saciado de maldades y sangre?

—No me tocarán.

—Después de quitarte tus bienes te ultrajarán en toda forma, y no puedo permitirlo.

—Pues no abandonaré mi casa, mi patria y mis bienes.

—Pues te irás, le dijo firmemente el Libertador.

—Pues no me iré, replicó ella con igual firmeza y resolución.

—¡Verás! fue la final amenaza de Simón.

Y el Libertador se encaminó sin vacilar al campamento, es cogió caballos suficientes para María Antonia y su familia, y entregándolos a un oficial con una escolta de 8 soldados le ordena perentoriamente: Va usted a casa de María Antonia, la obliga a montar con su familia, la conduce a La Guaira y la embarca para Curazao.

Puntualmente se cumplió la orden. Efectivamente como lo vaticinó el Libertador, sus bienes fueron secuestrados y ella pasó no pocas penurias en Curazao, Saint Thomas y Cuba, desde donde

hizo levantar en Caracas un expediente que acredita con creces su decidido realismo, en declaraciones de personas por ella salvadas y protegidas, con lo que Fernando VII le otorgó una pensión anual de 1.000 pesos que después aumentó a 2.000. (1)

Juana, la otra hermana del jefe supremo, siempre decidida y entusiasta por la causa del Libertador, había partido sin dificultad y por voluntad propia, huyendo de la gran catástrofe.

Tal era, repetimos, el fermento de Venezuela. Esta descomposición que en otras familias y en otros hogares adquiría caracteres de trágica enemistad sellada a veces con la sangre fraterna, daba lugar en Caracas a escenas repetidas de contiendas callejeras que aumentaban la confusión y acrecentaban el terror reinante. Con la anterior digresión hemos interrumpido el hilo de los acaecimientos, pero el lector encontrará en ella del modo más gráfico posible, descrita con ese solo ejemplo la confusión y contradicción en que se vivía en la época de la con-

(1) El expediente a que nos referimos reposa entre los papeles del doctor Vicente Lecuna, y de él extractamos lo siguiente:

El 28 de febrero de 1816 Juan Delgado Marrero, canario, declara ante el teniente justicia mayor de Macarao, "que conoció de vista, trato y comunicación a doña María Antonia Bolívar, hacendada de este valle, y nunca le vió ni oyó cosa alguna contra el rey nuestro señor. Antes sí abominaba de las cosas de su hermano, y por consiguiente, favoreció a todos los que pudo, como al declarante, con dinero y empeños con su hermano, Mendoza y Ribas, y lo mismo ejecutaba su marido don Pablo de Clemente y Francia, y que su emigración fue de esta ciudad por su hermano, amenazada que si no se iba le quitaría las hijas...".

El 1° de marzo del mismo año Ignacio Monterrey, también canario, declara ante la misma autoridad "que nunca le vió ni oyó cosa alguna contra el rey nuestro señor, y que estando escondido en casa de dicha María Antonia, le oyó motejar y afear las operaciones de su hermano, y por consiguiente, mereció una buena conducta entre todos los vecinos buenos, lo mismo su marido don Pablo Clemente y Francia. Que su emigración cree que fue de la ciudad por temor y no porque fuese delincuente ni desafecta al rey...".

Igualmente Domingo Benítez, canario como los anteriores y a la fecha siguiente a la anterior declaración, manifiesta que a doña María Antonia Bolívar jamás le oyó ninguna expresión en contra de nuestro legítimo soberano, antes por el contrario, que abominaba el despotismo y disparates que se estaban cometiendo contra los europeos, y que todos los que ella pudiese los escondería y libertaría, como yo fui uno de ellos, que

tienda por la independencia, semejante a aquella que existía cuando la sociedad pagana del imperio romano se venía transformando paulatinamente en el mundo moderno, cuando señores y esclavos, padres e hijos, hermanos y hermanas, generales y soldados, emperadores y súbditos, constituían unidades contradictorias de seres que poco a poco fueron unificando sentimientos y creencias bajo la enseñanza persistente e incansable, sobrenatural entonces, sobrehumana ahora, de un maestro y caudillo que no reparaba en contratiempos, demoras y tribulaciones, pero con la seguridad de llegar a la meta ideal. Ahora el maestro y caudillo era un hombre en el seno de cuyo hogar coexistían o habían coexistido la dulce Juanica, "gota de miel" y la bravía María Antonia; su hermano Juan Vicente, el protomártir, y su tío Esteban, su "segundo padre"; su tía Josefa, su segunda madre, y el tío Feliciano.

Si tal acontecía en la intimidad de esa familia distinguida de donde surgió el fuego sagrado, ya puede imaginarse cómo

me tuvo en su casa encerrado en un cuarto sesenta y ocho días esperando que pasasen los furores y depravadas intenciones del inicuo Arismendi, alimentándome, porque absolutamente no me había quedado nada que no me habían quitado, y últimamente después de pasado el torbellino de maldades se empeñó con su hermano Simón y me consiguió pasaporte para transportarme a la isla de Curazao..."

Declaraciones de otros testigos corroboran las anteriores. En consecuencia, con fecha 5 de marzo de 1819 una real orden le otorgó una pensión de 1.000 pesos anuales que fue duplicada al año siguiente, como consta de una nota dirigida por el magistrado Canga Argüelles desde Madrid al intendente de ejército de la isla de Cuba concebida en los siguientes términos: "Constante el rey en aliviar en la parte posible la triste suerte que experimenta doña María Antonia Bolívar por efecto de su heroísmo y conducta patriótica; y enterado de la última exposición de la misma interesada, y de cuanto V. S. ha informado en su favor en carta N° 1.358, de 27 de febrero último, ha tenido a bien mandar que se duplique la asignación de 1.000 pesos anuales que le fue concedida por real orden del 15 de mayo del año próximo pasado..."

Como puede comprenderse, no fue poco lo que sufrió la buena mujer en su obligada odisea por las Antillas, de donde no volvió sino cuando después de la segunda de Carabobo, la nación estuvo pacificada. No encontramos pues mucha razón en la queja del Libertador ante su sobrino, ya que él fue el causante de que su madre viviese por tantos años "entre los enemigos de su nombre".

sería el temperamento social dentro de gentes de un mismo pueblo, de una misma región, de una misma provincia.

No abandonaron su puesto ni sus nobles esperanzas los esforzados paladines en medio de la derrota. Era un cuadro de oficiales formados en los combates al lado del Libertador, maestro teórico y práctico de patriotismo, constancia, abnegación y fe.

El convento de San Francisco fue el lugar donde se reunió la junta popular convocada por el dictador para informarse de las opiniones de los habitantes. Como es natural en semejantes reuniones, las ideas que se lanzaban eran en muchos de los casos de lo más estrambóticas.

Triunfó al cabo de algunos días el principio de no cejar, y se tomaron en consecuencia disposiciones que se creyeron adecuadas a la defensa de la ciudad.

¡Hay que dar muerte a todos los blancos, porque esos son realistas! proclamó un grupo de fanáticos hombres de color, y fue necesario se procediera con ellos con todo el rigor militar: que penetrado el dictador de su responsabilidad, supo ponerse a tono con el momento. Otros obcecados sostenían comunidad de bienes. En medio de ese caos la voz del Libertador acallaba la de los elementos demagógicos y su energía lograba contener el desorden social hasta la medida de lo posible.

Bolívar renunció al mando con el fin de que se eligiese a otro que salvase a la patria. Se deliberó por varios días consecutivos. Se buscó el candidato. Aquí fue el momento de las aspiraciones, las intrigas, los denuestos e insultos con que en las pseudodemocracias se entiende ventilar y resolver las cuestiones de más momento. Nadie se entendía, hasta que al fin surgió la clamorosa voz de la cordura: Bolívar fue proclamado y confirmada su dictadura, como el más apto para proteger a la patria.

Cuando Boves llegó a La Victoria con su ejército vencedor resolvió tomar por el camino de Valencia para someter a la heroica ciudad, y destacó a Caracas dos partidas, una de 1.500 hombres al mando del capitán Ramón González, que debía en-

trar por el camino de La Victoria; otra conducida por la vía de Ocumare del Tuy por Machado.

Los patriotas les disputaban el avance siempre con resultados adversos; pero el encuentro más importante ocurrió con la división de Ramón González en La Majada, sitio distante de Caracas tan sólo 12 kilómetros. Prisionero el jefe que comandaba a los denodados patriotas, Manuel Zarrazqueta, fue fusilado en el acto. Ocurría esto el 6 de julio. El enemigo estaba literalmente a las puertas .

Ya se había levantado el sitio de Puerto Cabello, y D'Eluyar, su comandante, había sido transportado a La Guaira en las naves que comandaba el capitán Brion, de tan destacados servicios en las campañas subsiguientes del Orinoco. Boves, con la aureola de la victoria que hacía más prontos a su llamada los pueblos de suyo entusiasmados por su sistema de guerra vengativa de clases, adquiría con los antiguos sitiados la libertad del puerto y los numerosos elementos de guerra allí tomados: un aporte de consideración. Urdaneta no podía con 1.200 hombres emprender operación racional alguna, y le era forzoso buscar la vuelta de Nueva Granada entre dificultades y descalabros. La heroica Valencia en manos de un puñado de oficiales a quienes sobraba el pundonor y la pertinaz resolución, tenía que caer por razón misma de su agotamiento y falta de ayuda.

Cuando el 6 de julio se tuvo noticia en la capital de la derrota de La Majada, llegó al cenit el desconcierto de la población. La confusión fue indescriptible. Los objetos domésticos se veían rodar por las calles como aventadas por un demonio destructor. El pie tropezaba con los tesoros de este modo abandonados en la vía pública. Era la más gráfica muestra de la desesperación. Ya ni el Libertador ni sus oficiales eran capaces de contener al público.

Si desde días anteriores algunos de los habitantes o de los numerosos refugiados habían hallado el modo de emigrar embarcándose para las Antillas, ahora el movimiento de fuga contra las atrocidades y desmanes de la "Legión Infernal" adquiría el carácter de improvisación tumultuosa de gentes do-

minadas por un terror incontenible. Podría tenerse una idea aproximada de la confusión al considerarse que la ciudad contenía no sólo su número natural de habitantes, sino una cantidad inmensamente mayor formada por las sucesivas emigraciones de los pueblos que desde la iniciación de las operaciones de Boves y sus sicarios no encontraban otro recurso contra sus sangrientos métodos de levass, venganzas, proselitismos y ultrajes, que abandonar sus casas y haberes al fuego y la codicia de los realistas a cambio de no perecer bajo la sangrienta cuchilla. No había entonces lugar seguro fuera de los sitios dominados con más probabilidades de permanencia por los jefes del ejército patriota, y particularmente Caracas, que de este modo fue poco a poco atiborrándose de gente forastera, carga agobiadora en verdad para una ciudad que sola contribuía con la mayor porción, con casi toda la cuota indispensable para el sostenimiento de la guerra que ya constituía algo así como el tonel de las Danaides.

El desastre de La Majada, decimos, no dejó ya vacilación sobre el partido que debía tomarse. Un momento más y la ciudad estaba en poder del destacamento enviado por Boves desde La Victoria. Pero sigamos los movimientos del monstruo hacia Occidente.

Hemos dicho ya que en La Victoria el jefe realista destacó sobre Caracas una división de 800 hombres al mando de Ramón González; y con los 2.200 restantes se dirigió al occidente. Una guarnición patriota de Maracay y la que defendía el sitio de La Cabrera, en el lago de Valencia, fueron pasadas a cuchillo, y el general realista se presentó ante los muros de Valencia defendida por Escalona con 500 hombres.

Nada hay comparable al heroísmo de esos valientes que no tenían en cuenta sus privaciones y extenuación de un mes de sitio, y rechazaron sin vacilar las intimaciones de rendición.

“Moriréis todos si no os rendís a discreción”. Pero ellos preferían morir de hambre y sed o bajo las balas enemigas, antes que degollados por la implacable cuchilla después de las experiencias sádicas de que tenían buen conocimiento. Finalmente Boves les prometió la vida, con juramento sobre los santos evan-

gelios en misa que hizo celebrar al pie de los muros de la ciudad, a vista de los sitiados. Ante tan solemne promesa pronunciada y garantizada en presencia del Dios vivo, no dudaron, no habría dudado nadie en el mundo de su sinceridad, y se abrieron las puertas de la ciudad.

“¡A ellos!” fue la orden de Boves, y los llaneros alancearon 300 de los rendidos. La sangrienta danza fúnebre continuó con las notabilidades de la ciudad. Y es fama que el monstruo inventó un baile al que obligó a asistir a señoras y niñas distinguidas de la localidad, y mientras en la fiesta las hacía cantar y bailar ignorantes de la suerte de sus deudos y amigos, los sicarios, por orden de él, daban muerte a sus padres, esposos, hermanos. Así cumplió el solemne juramento hecho bajo los muros de la ciudad en el momento de alzar el sacerdote oficiante la hostia sagrada.

Lo que siguió en Valencia, los modos y maneras de cometer los asesinatos, la desenfrenada licencia desencadenada contra las mujeres, parecería invención de imaginación frondosa y malévolas si no estuviese comprobado y documentado por testigos presenciales y por magistrados y hombres respetables adictos a la Corona. “Si al llegar a esa ciudad, que será dentro de 20 días, encuentro un patriota vivo, usted pagará con su cabeza”, refiere el regente Heredia que había escrito Boves a Juan Nepomuceno Quero.

CAPITULO XVIII

1814

EMIGRACION, DISCORDIA, DERROTAS Y DESTIERRO

RESUMEN:

La emigración de Caracas. — Trabajos y penalidades de los emigrados. — La abigarrada muchedumbre de fugitivos. — Tributo crecidísimo a la muerte. — Ataques de las guerrillas a los emigrados. — Insuficiencia de soldados para protegerlos. — Cuidados y socorros personales de Bolívar. — Vivaqueando de noche al aire libre. — Meditaciones del Libertador. — Iban camino de Barcelona. — Sus ulteriores propósitos. — Identificación de la biografía de Bolívar con la historia de la Gran Colombia. — Aragua. — Divergencia de criterio entre Bolívar y Bermúdez. — Causas de la terrible derrota. — Muerte del Tigre Encaramado. — Huye Bolívar a Barcelona. — Degüello general. — Depredaciones. — Bolívar marcha a Cumaná. — La plata labrada de las iglesias. — La perfidia del pirata Bianchi. — Bolívar y Mariño se ven forzados a embarcarse para rescatar el tesoro de la República. — Transacción con Bianchi. — Humillación de Bolívar. — Calumnias de sus compañeros y parientes. — Inexplicable comportamiento de Ribas y otros oficiales. — Ribas y Piar nombrados primero y segundo jefes de Oriente. — Bando contra Bolívar y Mariño. — Bolívar cañoneado en Pampatar. — Vuelven los Libertadores a Cariaco. — Prisión y evasión de los Libertadores. — Siguen rumbo a Nueva Granada. — El Manifiesto de Carúpano. — Semejanza y diferencia de la suerte de Miranda y de Bolívar.

¿Qué informe muchedumbre se adelanta por el fragoso y ardiente camino de la costa venezolana? Son como 20.000 personas que a la sombra de los 1.200 soldados que acompañan al Libertador huyen del horror que adivinan va a invadir la ca-

pital: Boves y sus crueles sicarios apenas les han dado tregua para tomar precipitadamente lo que más a mano han encontrado, que no alcanzará ciertamente a proteger sus cuerpos muchos días ni alimentar su sangre muchas horas.

Bajo lluvia torrencial se pusieron en camino en la mañana del 7 de julio. Se llaman caminos esas huellas o senderos más o menos anchos abiertos por el rastro de las bestias de carga o por la planta humana sobre el suelo natural con todos sus obstáculos primitivos. No hay bestias para aligerar su paso. Niñas delicadas cuyo pie jamás trilló otro suelo que los ricos estrados de los palacios y casas señoriales, que no conoció otro arduo ejercicio que tejer artificiosa danza al compás de la música ¿podrán ahora de súbito aprender a ablandar las duras piedras del camino? Cuerpos figurados por Dios para diseñar hasta dónde puede llegar la maravilla del ritmo singular y universal, se verán por 23 largos días, si tanto así, eternidad para el que sufre de cuerpo y espíritu, resiste la frágil vida. Caminando van por el camino infernal de Guarenas y Guatire esos seres, antes alegres, vigorosos, optimistas, convertidos hoy en sombras peregrinantes. Allá van las madres con sus hijitos en brazos, que chupan ávidos sus pechos agotados por el terror, o envenenados por la amarga angustia de sentirse alanceados por los perseguidores; allá las que perdieron en la guerra al marido solícito, al retoño querido, al novio esperado, cuyo recuerdo es una nueva opresión para su alma; ese que por allí se ve arrastrando los pies que a duras penas sostienen su tronco macilento es un anciano que logró eludir, enfermo y herido, la pesquisa del llanero que después de quemar su casa lo buscaba afanoso para eliminarlo. Refugiado en la capital, su respiro fue tan fugaz y momentáneo como un ensueño. ¿Podrán vencer la fatiga y llegar al término previsto por el ejército? ¿Podrán resistir la fiebre palúdica, sobrevivir al hambre e incomodidades nocturnas y diurnas, triunfar de las plagas, eludir las mordeduras de las serpientes, evitar las garras y dientes de las bestias feroces, sustraerse a las guerrillas que infestan el camino?

La enorme caravana va dejando a su paso tributo inmenso a la muerte: que no sólo la somete por natural resultado, sino también mediante los corsarios que la cañonean en los pasos

marítimos; partidas que la acechan, que la diezman sin misericordia sin que puedan bastar a defenderlas los pocos soldados que forman la escolta del jefe supremo; ni los cuidados personales de éste pueden multiplicarse para socorrer a todos.

Sólo los pasos anegados por la laguna Tacarigua contuvieron a los pobres emigrados por tres días de marcha con agua y lodo a las rodillas. Principalmente en pasos como ése y en la travesía de los ríos el Libertador y sus oficiales ejercitaban su caridad, llevando a los que podían de un lado a otro en las ancas de sus caballos.

¿Dónde podían vivaquear estos desventurados en su marcha por todos tildada de inconsulta, y que lo fuera en verdad si no la hubiese impuesto el deseo de eludir los tormentos de todo género, deshonra y humillaciones que venían hacia ellos? No tenían esos cuerpos delicados o frágiles, o ya desde el comienzo enfermos, otro recurso que aumentar su miseria después de soportar quizás días de lluvias torrenciales, tendiéndose de noche en el suelo húmedo y duro, con la intemperie por toldo, y los insectos por compañeros importunos y mortíferos.

Sumergido en la conciencia de su presente fracaso el Libertador cabalgaba, cabalgaba lenta y pesadamente para tratar de librar a su pueblo cuanto antes lo permitiera la presente calamidad, del malestar enorme de esos días y de la amenaza de Boves cuyas fuerzas no tardarían en presentarse para hacer ejemplar carnicería de patriotas y de gente que, aunque pacífica y sin ingerencia en los asuntos guerreros, se había atraído la sentencia por el solo hecho de temer y huír: "son americanos y son de cara blanca, hay que exterminarlos". "En muchos expedientes consta que Boves venía matando sin discriminación de sexo ni siquiera de opinión a cuantos tenían la cara blanca, aun cuando se hubieran mantenido neutrales o fueran realistas. También mataban él y sus secuaces a cuantos pardos habían servido a la república". (Lecuna).

En todas sus campañas apenas experimentó Bolívar momentos más angustiosos, peligros más amenazantes. Nunca anduvo más sombrío por los caminos de la patria. El que en rápidos movimientos y disposiciones militares habilísimas tuvo a

raya por año y medio al enemigo y conquistó gloriosamente la ciudad nativa y enseñó a gran parte de sus compatriotas las delicias de la autonomía y libertad, ahora vencido, fugitivo, abandonaba el teatro de sus glorias para tentar la trabajosa tarea de rehacer la patria en el Oriente.

Iba camino de Barcelona, donde la lucha no había agotado por completo los recursos patriotas, donde esperaba encontrar reserva de hombres y elementos de lucha, donde una brillante copia de jefes resueltos y experimentados, unidos a sus oficiales y compañeros, no menos decididos y valientes, podrían acaso iniciar o desarrollar una reacción armada de buen éxito; donde, en fin, su compañero, Mariño, el dictador de Oriente, era respetado y obedecido.

Sus preocupaciones no le producían el desaliento de los pusilánimes. Actuaban a manera de un reactivo corporal. Mientras sentía disminuídas las fuerzas físicas se operaba en él misteriosamente una rica proliferación de fuerzas morales. Pensaba el presente desgraciado, pero iba meditando los medios que pondría en práctica para redimirlos; revolvió en su mente el osado proyecto de instaurar relaciones diplomáticas con el Reino Unido para tener así una fuerza moral en el campo internacional. Y lo intentó cuando al cesar la memorable odisea pudo en los últimos días del mes de julio llegar a Barcelona. Y pensaba en la inconstante fortuna que lo había puesto a la cabeza de su patria para quebrantar sus cadenas como también para ser instrumento de que la providencia se valía para colmar la medida de sus aflicciones. Y ¿quiénes son nuestros vencedores? Es el valor del mismo pueblo americano seducido por el fanatismo y atraído por el odio de razas, que ha llevado su demencia hasta destruir a sus libertadores y restituir a sus tiranos. Para nuestra humillación el cielo ha permitido que sean nuestros hermanos los que triunfen de nosotros. Los oficiales granadinos han cumplido trabajos gloriosos, los cuerpos de Caracas formados por lo más granado de su juventud perecieron como buenos por conquistar la meta que escalábamos; yo he puesto a merced de ese ideal no sólo mi persona y tranquilidad, mas también los bienes de fortuna heredados de mis padres, aumentados con el trabajo de mi buena madre. Si los sucesos no han correspondido a

nuestras miras, y desastres sin ejemplo han frustrado empresa tan laudable, no ha sido por efecto de ineptitud o cobardía, sino a consecuencia de algo superior a todas las fuerzas humanas. La destrucción de un gobierno cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos; la subversión de principios establecidos; la mutación de costumbres; el trastorno de la opinión; el establecimiento de la libertad en un país de esclavos, es obra tan imposible de ejecutar súbitamente, que está fuera del alcance de todo poder humano; por manera que nuestra excusa de no haber obtenido lo que hemos deseado es inherente a la causa que seguimos, porque así como la justicia justifica la audacia de haberla emprendido, la imposibilidad de su adquisición se justifica por la insuficiencia de los medios.

No tengo la loca presunción de conceptuarme inculpable de la catástrofe; sufro, al contrario, el profundo pesar de crearme instrumento nefasto de sus espantosas miserias; pero soy inocente porque mi conciencia no ha participado nunca del error voluntario o la malicia, aunque por otra parte haya obrado mal y sin acierto. La convicción de un inocente me la persuade mi corazón, y este testimonio es para mí el más auténtico, bien que parezca un orgulloso delirio. Mis hechos serán comprobados por documentos irrefragables. Entonces se sabrá auténticamente si he sido indigno de la confianza que en mí se puso o si merezco el nombre de Libertador. No será vano, lo juro, este augusto título que la gratitud me tributó cuando vine a arrancar las cadenas de mis conciudadanos. Libertador o muerto mereceré siempre el honor que me han hecho mis conciudadanos.

Con estos pensamientos contestaba en su intimidad los cargos y calumnias que ya corrían en el país, y se anticipaba a la tempestad de acusaciones que habían de seguir, y de tal modo eran ajustados a su situación del presente y de su cercano futuro, que constituye en substancia el manifiesto que se vio obligado a publicar después en los angustiados días de Carúpano.

Andando pues, a la cabeza del gentío inmenso que prefirió desafiar la muerte de este modo a arrostrarla bajo los sádicos tormentos del vencedor en la capital, llegó el Libertador a Barcelona el 2 de agosto. Pocos fueron los emigrados que no que-

daron en la ruta blanqueando con sus huesos las huellas de su dolor.

Hemos dejado sin muchos detalles las ocurrencias del extremo occidente de Venezuela, donde Urdaneta después de una difícil retirada por entre una región enemiga, acosado de adversarios y derrotado en Mucuchíes, pudo salvar los 800 infantes y un escuadrón de carabineros que le quedaban, y refugiarse en Nueva Granada.

Tratándose en esta obra de escribir una biografía del Libertador, es cierto, se ve el escritor forzado a trazar cuadros que si se tomaran aislados parecería no relacionarse con el tema. A poco de buscar causas y consecuencias se cae en el caso de que son inexplicables sin hallar el hilo que los ligue entre sí: Bolívar; y a la postre viene a concluirse que su biografía se identifica con la historia heroica de los países de la Gran Colombia, Perú y Bolivia. En estas circunstancias, el biógrafo, muy a su pesar, se ve compelido a pasar por alto detalles que en justicia pertenecen a su empresa.

Boves después de La Puerta y Valencia se constituyó por sí mismo en capitán general de Venezuela, desconociendo y escarneciendo al titular don Juan Manuel de Cajigal; y no obstante, éste lo felicitó cálidamente por sus triunfos y lo nombró coronel, pues el monstruo era teniente coronel nombrado por Monteverde. "Yo también hago coroneles", fue la despreciativa frase de Boves al devolverle el despacho.

El monstruo no había querido seguir a Bolívar en su penosa marcha a Oriente, sino que se propuso coparlo en una diversión por el alto llano, y en consecuencia dio órdenes a su segundo Morales de que con sus llaneros diese caza a los restos de los patriotas. Este se dirigió a ellos por la vía de Aragua.

A todo esto Mariño, que después de los desastres de Occidente se había estacionado en Cumaná, ponía empeño en aumentar las tropas de resistencia. No fueron muchos los hombres que pudo reunir, que con los llegados con Bolívar sumaban unos 2.200, el efectivo destinado a atacar a Morales a su paso por la villa de Aragua. Allá se concentraron todos los soldados de la república con Bolívar a la cabeza.

Las tropas que Bermúdez había despachado de Maturín derrotaron completamente a Pascual Martínez a su paso por San Diego de Cabrutica. Concentradas en Aragua, sobre la ribera del río del mismo nombre, era el caso de disputar la fuerza de Morales, constante de más de 4.000 hombres la posesión de ese lugar, llave de Barcelona por ese lado. ¿Dónde esperarlos? ¿Habría sido mejor impedir que vadease el río o esperarlo en el poblado para rechazarlo a su llegada?

El Libertador opinaba que los barrancos y otras singularidades de los caminos de acceso al pueblo desde los vados, se prestaban estratégicamente para impedir el paso triunfal del enemigo y contenerlo y escarmentarlo en su intento. La verdad es que analizadas las particularidades de los puntos de entrada en relación con los únicos vados posibles a la sazón, antes de llegar el realista a Aragua, las maniobras patriotas se prestaban a atacar no el grueso del contrario, sino pequeñas divisiones que era lo único que podía presentarse ante el patriota, quien no tenía tampoco necesidad de ofrecer en el combate todo su efectivo, con lo que contaba con reservas para auxiliar los puntos necesarios mientras su artillería funcionaba en toda libertad y la caballería enemiga estaba inutilizada. Sinceramente creemos que el plan aconsejado por Bolívar presentaba hasta donde humanamente puede juzgarse, todas las garantías de un seguro triunfo.

Bermúdez, terco, impetuoso, dominante, optaba por esperar a Morales en el pueblo, y puso por obra su empeño.

Pero si Bolívar era el jefe de la división ¿por qué la opinión de Bermúdez, a todas luces menos sensata, fue la que vino a triunfar? Bolívar, no menos enérgico que aquél, tenía en esos momentos sobre sí la pesada responsabilidad de un desastre militar, que por lo general anula en el hombre los ímpetus mejor dirigidos. Es una de las más lamentables consecuencias de los reveses en la guerra. El plan de Bermúdez daba al enemigo la ventaja de maniobrar con todo el grueso de sus 4.000 hombres y aprovechar la ventaja de su caballería.

Son manifiestas las causas que concurrían aquí para que no triunfara abiertamente el mejor partido. La rivalidad terro-

pranamente incubada entre los estados de Oriente y Occidente hubiera tenido una explosión vergonzosa en las críticas circunstancias de la patria, con un hombre tan violento y amargado como Bermúdez si el Libertador hubiera extremado como en ocasiones distintas la autoridad para someter a su oficial, de que estaba investido, para acabar de una vez con la pretensión de su compañero.

La situación del Libertador puso sobre sus hombros una segunda responsabilidad tan desastrosa como La Puerta, y más aún, porque aparte de que esta batalla fue la más sangrienta de la guerra, abrió el camino a Urica, donde quedó rubricada la total desaparición de la segunda república de Venezuela, servidumbre que habría de durar todavía alrededor de siete años.

La apuntada situación se acentuaba más con el hecho de que Bermúdez no pertenecía al ejército de Bolívar sino a las fuerzas orientales, y por eso y por su carácter no se consideraba obligado a obedecerle. He aquí de nuevo la dualidad de Venezuela y rivalidad fatal de sus jefes, cuyos amargos frutos venían gustándose sin interrupción desde hacía tiempo.

Bermúdez hizo retirar las tropas orientales que custodiaban uno de los cinco vados del río, el de arriba, y los encerró en el poblado. Todavía el Libertador no abandonaba la idea de hacer entrar en razón a su compañero de armas, y con su característico vigor defendía con sus fuerzas occidentales el paso principal. Pero con la ventaja que le daba la retirada de aquél, el enemigo pudo acercarse a éste con todos sus efectivos, por lo que se vio en la necesidad de retroceder hasta la villa de Aragua. Esta defensiva era lo más pobre que pudo haberse imaginado. El 17 de agosto era el día de tales acaecimientos. Bolívar quedó reducido al papel de dirigir la defensa del pueblo. Mas no podía hacerse, estando las fuerzas en calidad de sitiadas en un pequeño recinto. Francisco Carvajal, el "Tigre Encaramado", hacía prodigios con sus lanceros; pero habiendo sucumbido a su temerario arrojo, sus soldados retrocedieron. Las municiones se agotaron y el enemigo quedó al medio día dueño de la jornada. Se abrió paso Bolívar hacia Cumaná con los escasos hombres que le quedaban; igual cosa hizo Bermúdez, quien tomó hacia Maturín.

El número de muertos en Aragua pasaba de 3.000. Porque los métodos realistas se extremaron después de la victoria de Morales. Los patriotas prisioneros, los civiles del pueblo, los enfermos, los refugiados, todos fueron pasados a cuchillo sin hacer distinción de sexo ni edad. Muchos heridos, mujeres y niños, se refugiaron en el templo creyendo hallar allí un seguro, y la sangre de los desdichados convirtió el templo en un lago. Fugitivos en los campos eran buscados y sacrificados con saña. Las violaciones, los incendios, la rapiña, no tenían ningún género de represión.

Fue esta desastrosa acción la última de este período que dirigió el Libertador, en ella palideció completamente su estrella. Su desprestigio llegó casi al límite.

No fue la pérdida de la batalla en sí lo grave de la nueva situación que se creaba: anteriormente se habían experimentado también derrotas que siempre eran reparables bajo la dirección del caudillo y la ejecución de sus lugartenientes; no fue el vigoroso aliento realista cobrado bajo las alas de la victoria; tampoco fue el desaliento momentáneo al ver los mares de sangre que inundaban hasta el altar sagrado donde el Hombre Dios extendía sus cándidos brazos en demanda de piedad, en apelación a la mansedumbre ante salvajes sólo atentos a sus apetitos de venganza, rapiña y concupiscencia. Lo que verdaderamente marcó con sombríos caracteres esta jornada ominosa fue la espantosa relajación de la disciplina. No había quien pudiese hacer obedecer a los subalternos. El caos material que siguió a la noticia de la derrota de Aragua se mezcló al desconcierto moral que estaba llamado a dar en breve espectáculos nunca vistos antes en la patria.

Pero uno se pregunta de dónde pueden sacar los hombres infinita capacidad para el sufrimiento y la persistencia en una empresa al través de las oleadas inmisericordes del dolor.

No era posible permanecer en Barcelona. Con los 400 hombres, único resto que el Libertador pudo salvar de Aragua, y los emigrados que habían podido llegar de Caracas, por caminos peores aún que los recorridos anteriormente, hubo de reanudarse la emigración, esta vez hacia Cumaná, con las mismas

escenas desgarradoras de hambre, enfermedades, cansancio extremo, cuerpos rendidos y seres sacrificados por el cuchillo y la lanza enemiga, que se quedaban para marcar con sus huesos descarnados los senderos que trillaron los paladines gloriosos, los héroes anónimos, las heroínas silenciosas.

Otro género de preocupaciones y trabajos esperan todavía a Bolívar en Venezuela.

Antes de emprender la emigración de Caracas, el Libertador había embarcado en la goleta de Luis Esteves los 24 cajones que contenían la plata labrada de las iglesias entregada a los patriotas en virtud del tratado de febrero celebrado con ellas. Llevaba además las armas y municiones que pudieron recogerse. Entendían los patriotas que con ese tesoro podían atender en parte a las urgentes necesidades del servicio. La plata y elementos de guerra llegaron oportunamente a su destino, Cumaná, donde se encontraba Mariño. A Cumaná llegó el Libertador arrastrado por su destino el 25 de agosto como a las 7 de la noche. Ni aun para tomar un miserable refrigerio tuvo un instante de reposo.

En el espantoso desconcierto que reinaba Mariño determinó poner a bordo los tesoros y las armas salvadas para transportarlas a Güiría, puerto avanzado en la costa sobre el Golfo Triste, para ponerlas a cubierto del enemigo y efectuar rápida movilización al exterior en caso necesario. El comisionado en mala hora escogido para ello fue Giuseppe Bianchi, pirata italiano que con su escuadra se había puesto al servicio de los patriotas en Margarita desde junio de 1813, en busca de rápida fortuna.

Avisados los dos libertadores de que Bianchi se escapaba del puerto con los bienes que se le habían confiado, resolvieron poner por obra medidas para reducirlo a su deber. Pero Bianchi tomaba sus precauciones. Los Jefes que se habían embarcado, Manuel Valdés, Francisco Ascúe y Mariño, y Montilla, enviado por Bolívar para someterlo, habían sido desarmados y estaban a las órdenes del italiano en calidad de presos; la tripulación de mercenarios o americanos estaba sumisa a él bajo la promesa del reparto; los valores que se le confiaron estaban totalmente a merced de su codicia y de su deslealtad.

La tribulación de los dos jefes supremos aumentaba por momento ante la perspectiva de perder lo único que restaba a la república, la única esperanza de un comienzo para restaurar sus fuerzas, y resolvieron embarcarse persuadidos de que su presencia haría reaccionar al bandido. Todo en vano. En la goleta "Jove", su nave insignia, discuten los desgraciados libertadores con el pirata y por fin pueden llegar a una transacción harto desventajosa, pero lo mejor que podría lograrse: para él la tercera parte de la plata y dos de las naves nacionales que formaban parte de la escuadrilla. Tocó también a Bianchi el contenido de una caja consistente en una corona y una custodia de oro, y varios mazos de perlas, porque en la dificultad de repartirlo por terceras partes convinieron en sortearlo y la fortuna le favoreció.

Si es dolorosa la humillación que esta transacción significa, los acontecimientos subsiguientes marcan la cima de la afrenta a que se vio reducido el hombre generoso y bueno que no tenía otro pensamiento que no fuera el triunfo de la causa amada con pasión y por la cual había jurado sacrificar su vida; porque no se verán ahora las acciones de gente ligada con la gesta heroica tan sólo por el incentivo de la ganancia material, sino que las injurias y calumnias espantosas vienen de hombres que con él han compartido los días de gloria y de él han recibido beneficios y adelantamientos y extraordinarios honores; de hombres unidos con él por los lazos de la sangre y las bellas tradiciones familiares. Se trata principalmente del general José Félix Ribas.

Este hombre había rubricado páginas homéricas en la campaña de 1813 y en las del presente año. Nadie fue más valeroso, nadie más inteligente, nadie más afortunado en las batallas; nadie recibió más testimonios, merecidísimos, por otra parte, de honores y alabanzas de su compañero, jefe y sobrino político.

No tuvo, sin embargo, la misma grandeza que mostró en sus empresas anteriores, para soportar el golpe funesto de Aragua, y desde entonces dio rienda suelta a una increíble enemistad contra su gran amigo. "Cobarde, torpe en los combates, vergüenza de la retirada de Aragua, responsable de la pérdida de la república..." Que entre la masa general estos sentimientos

vivieran y se agrandaran con las horas, es perfectamente explicable y humano, porque en el infortunio los hombres y los pueblos necesitan descargar el veneno segregado por la amargura de los sucesos, y nada tan expedito como hincar el diente en los más cercanos objetivos. Pero la actitud de Ribas y otros oficiales, inexplicable e injusta, sirve para dar la medida de la espantosa desorganización y ausencia total de disciplina en que cayó el ejército o lo que restaba de los brillantes cuerpos orientales y occidentales que tantos sacrificios habían soportado y tantos días de gloria habían escrito con sus armas. Luego veremos las fatales consecuencias.

La sedición reinaba en toda plenitud, y la cólera popular se enderezaba contra los dos ilustres libertadores. Al verlos embarcar, la gente fue fácilmente persuadida por José Félix Ribas y Manuel Carlos Piar de que habían desertado del ejército y de la patria con el fin de alzarse con los caudales nacionales y huír al extranjero a gozar de ellos con segura y cómoda tranquilidad mientras sus compatriotas se arrastraban desesperados, moribundos y fugitivos entre los despojos de los poblados y la soledad recóndita de los montes y selvas, sin esperanza de alivio a su miseria que no fuera una muerte más o menos pronta causada por la naturaleza inclemente, la pálida necesidad o el cuchillo homicida.

¿Podrían sinceramente creerlo hombres de tan relevantes dotes como Manuel Carlos Piar o José Félix Ribas, que tan íntimamente habían venido colaborando o alternando con Mariño y Bolívar?

No obstante, esos dos hombres se hicieron nombrar jefes primero y segundo de la república, y publicaron en Cariaco un bando de proscripción de los dos libertadores, fundado precisamente en los cargos mencionados.

Mientras tanto los dos héroes, cumplida a medias y hasta donde las circunstancias lo permitieron, la tarea que se habían impuesto para ante el marino italiano, daban con la escuadra la vuelta de la isla de Margarita y recalaban en Pampatar con el fin de proveerse de víveres y hacer aguada para tripulación de los buques, castigar al pirata por su traición y quitarle todo lo ro-

bado, que constituía los únicos haberes de la república, con que contaban comprar armas y municiones para comenzar de nuevo la reconquista.

Se hallaba Piar a la cabeza del gobierno de Margarita. Las baterías del puerto hacen fuego sobre las goletas "La Colombiana" y "La Culebra" que llevaba la insignia del Libertador, aunque por fortuna él se hallaba en otro buque; pero desde luego los cañonazos disparados por Piar fueron dirigidos contra él: Dos o tres muertos y varios heridos fue el saldo de sangre patriota que cayó esta vez sobre la cabeza del ambicioso y díscolo Piar.

Recibidos pues, a bala por sus compañeros, no pudieron desembarcar los dos generales en Pampatar, y la escuadra hubo de hacer vela hacia Carúpano, agotados los tripulantes, agotados los dos abnegados héroes de hambre y sed; y cuando en este estado desembarcaron el 3 de septiembre, son recibidos por el pueblo amotinado cuyas intenciones homicidas desarmó la elocuente narración de Bolívar en que demostró los patrióticos móviles que los indujeron a embarcarse y explicó las peripecias sufridas a bordo y cómo por fin pudieron salvar las dos terceras partes del tesoro y dos de las naves de la república.

El impulsivo Ribas llegó a Carúpano y puso presos a Bolívar, Mariño y los oficiales que les permanecían leales. Confió a Bolívar a la custodia de Pedro Villapol, quien lo libró de la afrenta de esa prisión ignominiosa dejándole escapar. Pudo a su turno librar a Mariño de la suya; y ausente Ribas en Cariaco, tomaron los dos la vuelta de Cartagena el 8 de septiembre en "La Culebra", bajo el mando de Felipe Esteves, y el "Arrogante Maturinés", no sin hacer frente a la muchedumbre amotinada y hostil que pretendía oponerse a su paso, el que se abrieron intrépidamente pistola en mano. Con ellos iban 42 oficiales patriotas, incluso Marcos Echezuría y Manuel María España, que se pasaron luego a los realistas.

Con la esperanza de que la plata de las iglesias cumpliera el fin a que estaba destinada, el Libertador, una vez destituido y desconocido, la había puesto en poder del general Ribas.

Y se embarcaron a tiempo muy oportuno, porque después llegó Piar con 200 hombres con la intención, se dice, de fusilarlos.

El historiador de Bolívar y de esta época no puede omitir ciertos detalles que por una parte ponen de relieve su grandeza de alma, su temperamento apasionado por un ideal único, su talento sorprendente jamás ofuscado en medio de toda clase de experiencias, que le permitía el análisis sereno y justo de los acontecimientos, sus causas y consecuencias, y su "admirable constancia" en medio de toda adversidad, y por otra, el abismo de humillación a que lo condujo la diatriba, la calumnia, la ceguera de quienes estaban dominados por la ira o los que alimentaban una inconfesable emulación.

En la víspera de embarcarse para Nueva Granada redactó el manifiesto que dio a conocer a su partida en medio de la locura del tumulto popular. (1) Este manifiesto lúcido, transparente, revelador de un admirable equilibrio interior, da a comprender las más importantes acusaciones de que *sotto voce* o manifiestamente era objeto por los habitantes y más que todo, por muchos de los emigrados de Caracas, Barcelona y Cumaná. Envueltos con él en las desgracias nacionales, y acusados los militares colombianos que lo acompañaron en su travesía de Nueva Granada a Caracas, necesita hacer resaltar su heroicidad y lo hace mostrando hasta qué punto llegaron sus sacrificios. ¿Fueron todos vencidos? No hay que culpar sino a los propios compatriotas y hermanos enceguecidos y engañados que los compelieron a abandonar sus hogares en busca de asilo foráneo.

Se explica el fracaso sufrido, no por ineptitud o cobardía, sino porque el proyecto fue superior a las fuerzas empeñadas: que es imposible establecer de súbito la libertad cuando se trata de la mutación de costumbres tradicionales en un país esclavizado.

Acaso en este punto pensó Bolívar en el argumento de que la América "no estaba preparada para la libertad". Y ¿cómo había que prepararla si las instituciones educadoras propendían a todo trance a mantenerla en el mismo estado? Un punto inicial habían sido los consejos del Conde de Aranda a Carlos III, desoídos absolutamente por el más esclarecido de los monarcas de

(1) Véase Apéndice N° 5.

la decadencia española. ¿Cuándo habría sido el momento oportuno para acometer la obra libertadora? El contesta que "es sublime vindicar a la naturaleza" y no hay razón para condenar el esfuerzo hecho, "porque no es asequible lo que se debe hacer, sino aquello a que el derecho nos autoriza".

Poco es lo que el Libertador alega en su descargo personal; y cuando lo hace es con aquella actitud de modestia que contradice las apreciaciones de vanidad y soberbia que le atribuyen ciertos escritores de América del Sur y algunos papeles de la época. En ese tono acepta su parte de responsabilidad en la calamidad, cuando dice: "Sufro el profundo pesar de creerme el instrumento infausto de sus espantosas miserias; pero soy inocente porque mi conciencia no ha participado nunca del error voluntario o de la malicia, aunque por otra parte haya obrado mal y sin acierto".

Apunta Mancini la semejanza de esta situación con la creada a Miranda en julio de 1812. No hay duda de que parece repetirse en Bolívar la triste suerte del Precursor, tachado entonces de traidor, cobarde, incapaz, desconocido y ultrajado con una prisión por mano de sus compañeros y oficiales subalternos suyos. Pero hay algo en uno y otro episodio que contrasta de modo muy notable: la soberbia del uno, su obstinado hermetismo para con los acusadores, y la sencillez, la franqueza, con que Bolívar explica los hechos, acepta la parte que le cabe en el fracaso, defiende a sus compañeros, explica sus planes futuros, y manifiesta su incontrastable propósito de rehacerse, de reinstaurar su lucha por el ideal, y procura levantar los ánimos abatidos por los reveses. Aquél fue sin duda alguna responsable de la mala interpretación de su conducta; éste fue víctima del tumulto, de la discordia general, de la escisión desgraciada entre los golpeados por el común infortunio, de la injusta necesidad de encontrar un responsable, una víctima propiciatoria. Y esta desgracia arrastró con él a Mariño, el heroico iniciador de la reconquista de 1812.

Muchos de sus acusadores fueron testigos asombrados de los reiterados esfuerzos del Libertador, de la "admirable constancia" con que se reincorporaba después de los reveses, de su

conquista, finalmente, de la libertad irrevocable de Venezuela y de la autonomía del continente. ¡Qué mejor contestación a la diatriba, qué más hermoso triunfo ante el tribunal de los pueblos!

Pero lo más extraordinario por lo increíble es una carta de Ribas a Martín Tovar Ponte, refugiado en Saint Thomas. Bianchi había robado en la revuelta noche de Cumaná el equipaje de su hermano Juan Nepomuceno Ribas, que hizo embarcar arteramente con tal fin. El hecho fue atestiguado por Felipe Fermín Paúl y varios otros. Ya en alta mar el torvo pirata se apoderó de él, lo hizo abrir y se apropió su contenido. La bilis de Ribas, que no estaba en Cumaná a la sazón, excitada por relaciones de gente enfurecida contra Bolívar, se revela en dicha carta. Nada más villano podía producirse, porque las íntimas relaciones de familia que unían a los dos hombres y el conocimiento que de su noble carácter tenía su tío político eran suficientes para no dar asenso al contenido del documento que es sólo un retrato más del estado de los ánimos. (2)

(2) Véase Apéndice N° 6.

CAPITULO XIX

1814

EL GOLPE DE GRACIA

RESUMEN:

Enseñanza de la discordia. — Boves y Morales se superan en la crueldad. — El gobernador Juan de la Puente. — Morales batido en Maturín por Bermúdez y Sedeño. — Boves en Barcelona. — Piar batido por Boves en El Salado. — El genio díscolo de Piar. — Aplastado en Cumaná. — Informe del presbítero Llamozas sobre Boves. — Sacrificio de la familia del futuro Gran Mariscal. — Derrota patriota en los Magueyes. — La batalla de Urica. — Muerte de Boves. — Derrota de Ribas en Maturín. — Ríos de sangre en Urica y Maturín. — La final suerte de Ribas. — El voto de su viuda, Josefa María Palacios. — Toma de Soro, Irapa y Güiría. — Total caída de Venezuela, excepto la heroica Margarita.

Hay que destacar del Manifiesto de Carúpano una frase increíble en el estado de hundimiento a que había llegado la estrella de Bolívar: “yo os juro que libertador o muerto, mereceré siempre el honor que me habéis hecho, sin que haya potestad humana sobre la tierra que detenga el curso que me he propuesto seguir, hasta volver seguidamente a libertaros por la senda de occidente, regada con tanta sangre y adornada de tantos laureles”.

Quizás los rebeldes, los ofuscados por el revés de la causa, los influídos por el ambiente adverso, que eran los más, no pudieron interpretar la profecía. Pero había un patricio en Nueva Granada que recogió toda la hondura y verdad que contenía, y prestó al profeta el estímulo fecundo de su fe: “vuestra patria no ha perecido mientras exista vuestra espada...”

Mientras el jefe supremo se alejaba en "La Culebra", continuaban en Venezuela las últimas llamaradas del incendio, si infructuosas y adversas por el momento, prometedoras de gloria para el porvenir porque siguieron enseñando con el práctico ejercicio del campamento, y la alternativa de la derrota y el triunfo siguió retemplando la espada que necesitaba la patria para lograr más tarde la victoria definitiva bajo la conducción de Bolívar. No menos importante fue la enseñanza moral: el amargo fruto de la discordia intestina y de la indisciplina, sin las cuales es muy probable que las tropas republicanas hubieran podido iniciar segunda vez la reconquista del país. Veremos que estas disensiones siguieron a los vencidos hasta los días antillanos de nueva incubación y continuaron hasta el Orinoco, donde la acción enérgica del Libertador dio el más memorable de los correctivos en la cabeza de Piar, haciendo así posible a Boyacá, Carabobo, Bomboná, Pichincha, Junín y Ayacucho.

En las crueldades parece que Boves y Morales procuraban superarse a sí mismos, para extinguir hasta los vestigios de la vida americana. Ya no son sólo las matanzas de blancos lo que les interesa: indiscriminadamente ordenan degollar blancos y pardos.

Un rasgo de humanidad se vio en Cumaná cuando el español Juan de la Puente se opuso a las órdenes perentorias de sacrificar a todos los patriotas, emanadas de Boves y Morales.

Se da la batalla de Maturín en que Bermúdez y Sedeño superan a la fortuna con su heroísmo y bravura. Morales con 3.400 hombres a quienes sonreía la victoria fue pulverizado por un puñado de 1.500 soldados batidos en las acciones recientes o emigrados de Caracas, Barcelona y Cumaná. El enemigo sufrió, según Yañez, la pérdida de 2.200 muertos, 836 prisioneros, 150.000 cartuchos, 700 caballos ensillados, 600 bestias más, 800 reses, equipajes y archivos (12 de septiembre).

Pero el espíritu de discordia y emulación reinante, fruto no el menor de las desgracias anteriores, no permitió aprovechar este suceso capaz por sí solo de levantar los espíritus abatidos.

Boves por su parte extremó sus esfuerzos al saber el desastre de su teniente. Entra a Barcelona y ordena degüello gene-



GRAN MARISCAL ANTONIO JOSE DE SUCRE

ral. "Para amansar la fiera", dice Lecuna, "le dieron un baile, y hallándose en él mandó machetear 48 señores distinguidos a tiempo que ofrecía a sus esposas e hijas ponerlos en libertad. Los mataron a orillas del Neverí y arrojaron los cadáveres a las aguas". Fue una reedición de lo ocurrido en Valencia.

Emprendió luego operaciones contra Piar que lo provocó en el Salado, y aquél aplastó a éste con la superioridad de fuerzas.

El genio díscolo de Piar fue un obstáculo al éxito de las operaciones en estos últimos días del año aciago. Su ambición chocaba con la de Bermúdez, Arismendi, Ribas. Su terquedad lo llevó a hacerle frente a Boves en Cumaná, descabellada idea que improbaban los demás jefes, y que abrió a Boves las puertas de esta importante ciudad, donde entró con la saña acostumbrada. Oigamos al capellán de su ejército en el informe que rindió al rey: "Dio Boves orden a la tropa", dice el presbítero José Ambrosio de las Llamozas, "para que entrara a la ciudad y matase a cuantos hombres encontrara, como así lo ejecutó después de estar aquella reducida, entrando varios a caballo dentro de la iglesia parroquial buscando a los que en ella se habían refugiado, para matarlos, como lo realizaron con más de 500". Es importante hacer notar, para realzar el gran mérito de la humanidad y mansedumbre del futuro Gran Mariscal de Ayacucho, entonces joven de 21 años, secretario ayudante de Bermúdez, que ya había visto desaparecer a su hermano Pedro, asesinado en La Puerta, y que en esta ocasión perdió a su hermana Magdalena, de 14 años, quien agonizó ante los espectáculos del saqueo de Cumaná; y a su hermano Vicente, ultimado bárbaramente en el hospital donde se hallaba enfermo; y a su madrastra doña Narcisa Sánchez, que al oír a los asesinos tocar a sus puertas se precipitó por un balcón y pereció. Más tarde por orden de Muvillo sería sacrificado también su hermano Francisco.

Ribas por su parte, cuando supo la victoria de Bermúdez sobre Morales en Maturín, había comprendido que con sus 400 hombres no podía hacer cosa mejor que dirigirse a este pueblo donde a consecuencia de ese triunfo se contaba con buena cantidad de elementos, y era preciso prepararse para contrarrestar a Boves, que sintetizaba todo el poder realista. Por esto no estuvo presente en Cumaná al lado de Piar.

Y la fortuna iba ya a volcarse definitivamente contra los miserables restos de la patria. Pudiera decirse que Dios castigaba las rencillas que cada día fermentaban más, la discordia de los baluartes que quedaban a la república.

Boves tomó su primer desquite contra Bermúdez, que habiéndose separado de Ribas pretendió con 1.200 hombres enfrentársele en Los Magueyes; y el segundo, en la triste jornada de Urica, donde fue tan recio el batallar de Ribas y Bermúdez otra vez unidos, que el torvo y valiente asesino fue tendido en el campo atravesado por una lanza. No obstante, el campo quedó por los realistas. Era el 5 de diciembre. La muerte de Boves equivalía a la destrucción de un ejército, y sin embargo, el que él comandaba siguió peleando con entusiasmo y valor como para demostrar que no era él exclusivamente quien lo movía, que ya no necesitaba conducción. Los sentimientos realistas sinceros en unos, y la enseñanza de crueldad, rapiña y venganza en la separación y odio de castas, obraban ya por sí solos.

La sangre corrió como un río en Urica y luego en Maturín. Allí casi toda la infantería patriota quedó tendida en el campo de batalla. Acá Morales, vencedor y jefe ahora de las hordas llaneras, ordenó un degüello en que perecieron familias enteras. Oigamos al historiador de Bolívar: "Nada es comparable a la espantosa carnicería que hicieron los soldados de Morales en los emigrados y refugiados en Maturín. Allí perecieron familias enteras de Caracas y del Occidente, desde sus cabezas hasta sus esclavos. El eminente patriota Francisco Javier Ustáriz y casi toda su familia; los Ribas, hermanos y primos del general; Dionisio Palacios, primo y hermano político de Bolívar, los Escalonas; el generoso y valiente Narciso Blanco, y su numerosa familia, emparentada con los Palacios, murieron ese día. No se ha calculado el número de víctimas, pero según los relatos de los contemporáneos y de los historiadores, se estima en varios miles de personas. Muchos emigrados se dispersaron por las sabanas y los bosques, salvándose a la larga muy pocos".

De ahora en adelante Bermúdez y otros patriotas sólo pudieron batirse en retirada y diríamos en fuga, mientras la carnicería seguía su curso.

CAPITULO XX

1814

PALADIN DE LA UNIDAD POLITICA

RESUMEN:

Bolívar de nuevo en el Caribe. — Sangre a torrentes en el Continente. — Ignorante de las tragedias que se siguieron a su destierro. — “No hay triunfo contra la libertad”. — La narración de Esteves. — Navegación lenta. — Llegada a Cartagena. — Comienza la hostilidad de Manuel Castillo. — Los desterrados demorados en el puerto. — Excitación de los partidos. — Campaña de difamación y calumnia. — Bolívar se dirige a Tunja a dar cuenta de sus operaciones en Venezuela. — Ambiente distinto en Cartagena y fuera de Cartagena. — Falsos rumores de discordias entre los oficiales venezolanos de Urdaneta y los granadinos. — Testimonio de afecto por los soldados de Urdaneta. — La Proclama de Bolívar. — Bolívar ante el Congreso. — La aprobación de Camilo Torres. — Lamentable estado civil y militar de Nueva Granada. — Se confía al Libertador la comisión de reducir a Cundinamarca a la obediencia y unión. — Bolívar en las puertas de Santa Fe de Bogotá. — Excomunión fulminada por el Episcopado. — Esfuerzos de Bolívar por evitar acción bélica. — Toma de Santa Fe de Bogotá. — Retracción del Episcopado. — El ambiente realista de Santa Fe de Bogotá.

¡Dios concede la victoria a la constancia! Negado por sus mismos compañeros de armas, desterrado de la patria, iba de nuevo surcando Bolívar las olas del Caribe. ¿Qué dejaba atrás? Por una parte, la discordia, la insubordinación, que informaban el cadáver, el cuerpo muerto que él reanimó en otro tiempo con un soplo grandioso de su alma creadora. Por otra parte dejaba a Mo-

rales, Rosete, González, Quero, Puig, Millet, Calzada, Lizón, Gabazo, Pineda, voraces cuervos que se cebaban en la patria difunta. Su alma, en cuyas cuerdas se hallaban las más delicadas resonancias, las notas del afecto familiar, los sentimientos de la amistad, la gratitud hacia los bienhechores de su patria y de su persona, sentía el dolor del fuerte tributo pagado a la patria por su familia, por sus amigos, por el pueblo de Venezuela. En todo pensaba menos en su inmensa fortuna personal confiscada, enajenada por los nuevos señores. Todavía ignoraba las hecatombes de Barcelona y Cumaná, la gloria grande y fugaz de la primera acción de Maturín. En el continente habría de conocer las escenas infernales de El Salado, Los Maguelles, Urica, Maturín, y la costa venezolana. Como en su primer destierro, el mar de los Caribes no se mostraba amable, y la navegación, por falta de viento, fue pesada y tardía. "Lleguemos", le dice el capitán Esteves, "arribemos a Curazao para tomar noticias de los acaecimientos de tierra firme". "Sigamos derecho", le contesta el Libertador, "no hagamos semejante cosa; nuestra sola presencia en Curazao haría suponer que la causa de la independencia está perdida y nosotros derrotados". Y cayendo en la cuenta de que acaso su interlocutor consideraba que estaba delante de un alucinado, le agregó minutos después en las palabras con que Larrazábal refiere el incidente: "Mis palabras parecen hijas del orgullo o del error; son hijas de la fe. No hay triunfo contra la libertad, y los que hoy dominan el suelo de Colombia mañana los verá usted humillados y expelidos del suelo de nuestra patria, independiente y soberana".

Mariño, testigo de la escena, y tenemos derecho de pensar que no fue la única en los 18 días de comunidad íntima en el Caribe, sintió subyugado su natural soberbia y no siempre sanamente ambicioso, por la luz de ese relámpago fulgurante que alumbraba súbita y proféticamente la creación existente ya en su cerebro y la percibía como visión actual y presente: Colombia, la libertad, la consolidación de un continente. ¡Cómo sería, cómo habría de ser de ardua, dura y espinosa la senda que le restaba cubrir, cuando aun este testigo presencial del espíritu del Libertador fue uno de los agentes de la indisciplina que por tanto tiempo siguió retardando el triunfo final de la independencia!

Y la caravana de los libertadores desde Carúpano siguió su camino en medio de las olas volubles y remisas. Uno de ellos portaba el fanal que deslumbraba el horizonte. Uno de ellos era quien veía con ojos de lince la bella sonrisa que aparecía delante, más allá de las nieblas marinas amenazantes; uno de ellos el que cantaba dentro de sí este estribillo de convicción y fe: detrás de la oscuridad de la noche viene siempre una aurora cabalgando sobre corceles de luz!

Y llegan por fin los desterrados a la que más tarde había de apellidarse la heroica Cartagena. ¿Buenos auspicios? Tal parece, desde luego que su entrada al puerto es saludada con los cañonazos que impone la ordenanza para huéspedes como los que se han anunciado a las autoridades de la plaza. Algo, sin embargo, debe de ocurrir. ¿Por qué se ha pasado el día entero sin que los pasajeros del "Arrogante Maturinés" y "La Culebra" reciban el reglamentario permiso de desembarcar? ¿No se había notificado a Bolívar por medio de don Juan Narváez que el gobierno de Cartagena lo felicitaba por sus triunfos y lo nombraba hijo predilecto de la provincia?

Muchos podían hacerse estas preguntas y calificar el caso de enigmático. No así Bolívar, conocedor de los antecedentes del coronel Manuel del Castillo, el siniestro militar de Cúcuta y La Grita, que ahora ocupaba el puesto de comandante militar de Cartagena. No conocemos lo que pasara entre Castillo y el presidente del Estado, don Manuel Rodríguez Torices, sincero admirador del Libertador. Pero hay derecho para creer que la demora en dar el permiso de desembarcar fue ocasionada por la oposición del primero de éstos, vencida a la postre por el último. El genio vengativo y envidioso del comandante de las fuerzas del Estado tenía que temblar ante la presencia en su ciudad de un hombre de personalidad tan influyente y preponderante y de los oficiales que lo acompañaban con renombre bien adquirido comenzado en esa famosa campaña admirable de la que lo excluyó su mal carácter, y llevada a cabo y felicísimo término contra su voluntad y predicciones.

Ello es que sólo al caer de la tarde pudieron pisar tierra los desterrados. Su desembarco, no hay para qué decirlo, no corres-

pondió con los augurios felices que pudieron hacer creer las salvas de artillería con que se saludó a los buques cuando se aproximaban a la bahía de Bocachica. Desde su paso por frente a los pontones que guardaban a los prisioneros realistas, rechiflas e insolentes expresiones de desprecio atormentaron sus oídos.

Bolívar perteneció siempre aun en medio de sus grandes triunfos y del gobierno del occidente de Venezuela, al gobierno de la Unión granadina, de cuyos mandatarios recibió la comisión de someter al país. Nunca perdió el sentimiento de subordinación, y no hay mejor testigo de ello que el entonces Presidente de la Unión y hoy director del Congreso, a quien nunca dejó de dar cuenta de sus actos.

Este dato es otro testimonio contra los enemigos que se complacían en pintarlo entonces y sus envidiosos de la historia que han seguido describiéndolo como hombre vanidoso por temperamento y henchido de soberbia.

Su primer cuidado al siguiente día de su llegada fue officiar a Camilo Torres para anunciarle que en breve estaría ante el cuerpo supremo para darle cuenta de la manera como había correspondido a su confianza y pedirle se le juzgase: "aunque la fortuna constantemente coronó nuestros esfuerzos decidiendo en favor de la República más de cien combates, fue bastante una sola desgracia experimentada en La Puerta el 15 de junio último para que se apoderase el enemigo de la provincia de Caracas. Perdido en aquella infausta jornada el único ejército que protegía la capital contra las incursiones del más feroz tirano, me vi en la dura necesidad de abandonarla, y el 7 de julio próximo pasado me retiré a Barcelona con el objeto de reunir mis tropas a las que el general en jefe del oriente de Venezuela organizaba para auxiliarme.

"... La actividad y rapidez extraordinaria con que el enemigo voló sobre nosotros a tiempo que el ejército no estaba aún en disposición de resistirlo por su inferioridad, por su indisciplina, y lo que es más, por su absoluta escasez de pertrechos, frustró todas nuestras esperanzas, y el 17 de agosto fue testigo de la acción más sangrienta, que, decidida en contra de las armas republicanas, decidió también la suerte de la República.

“Un conjunto de causas inexplicables por sus enlaces y extensión han concurrido poderosa e inevitablemente a nuestra ruina. La sublevación general de todo el interior de Caracas daba al enemigo un número de tropas incomparable con las pocas que la capital y los pueblos vecinos podían contribuirme para oponerle; la devastación absoluta y espantosa de todo el territorio me privaba hasta de los víveres necesarios para la mantención del ejército que obrando en orden y haciendo una guerra de nación no podría subsistir mucho tiempo sin los auxilios que le faltaban, mientras el enemigo, pillando, destruyendo y usando de una desenfrenada licencia, de nada necesitaba. Así los pocos pueblos que combatían por la libertad desmayaron cuando el enemigo se aumentaba prodigiosamente y se conciliaba el afecto de sus tropas. Tales fueron las causas radicales que han conducido a la República de Venezuela al sepulcro.

“Destruído el ejército, consumidas las municiones, perdidas las armas y reducidos solamente a la costa de Cumaná, tomé el partido de venir a la Nueva Granada a exponer a V.E. la relación de las desgracias que consumen de nuevo a mi patria, a impetrar de V.E. auxilios y a rendir cuenta de mi conducta para que se me juzgue”.

Termina la nota con estas palabras: “Sabrá V.E. el estado en que he dejado la provincia de Cumaná trabajando por su libertad, bajo la conducta de los segundos jefes de Oriente y Occidente, Piar y Ribas, que hacen esfuerzos por sostener aquella parte de la república, que bien podrán lograr, si la discordia, que ha empezado a mostrarse entre los jefes, no ahoga tan laudables intentos”.

Es notable que este hombre que acababa de ser víctima de una ingratitud tan grande, de un desconocimiento monstruoso de sus servicios y abnegación, no haga en este documento la más leve alusión a agravios personales: nueva constancia del fervor sincero con que se dedicó a la causa de la libertad, comprobado, por lo demás, en la petición de recursos que contiene esta comunicación, para recomenzar la guerra.

Las hojas sueltas de Castillo llenaban las plazas de Cartagena, Tunja y Santa Fe de Bogotá; las especies calumniosas de

sus adláteres volaban por todo el ámbito de la ciudad. Los proscritos tuvieron el cuidado de mantenerse estrictamente separados y neutrales en las ocurrencias políticas que a la sazón tenían por escenario la capital de la provincia; pero en vista de la recrudescencia de la innoble propaganda se vieron en la necesidad de publicar a los cinco días de su llegada un artículo en la "Gaceta de Cartagena", para explicar la causa de la derrota de la república de Venezuela y justificarse ante la opinión extraviada.

No había objeto en permanecer aquí largo tiempo, ni era prudente vivir en medio de semejante infierno de odio y calumnias. Además, Bolívar necesitaba presentarse a la entidad que lo había ayudado materialmente con hombres y pertrechos para las campañas de Venezuela, y moralmente con honores y la confianza puesta en él. Era todavía presidente del congreso y de la confederación de Nueva Granada el mismo doctor Camilo Torres que había descubierto al gran caudillo desde la publicación del célebre Manifiesto de Cartagena, y nada más lógico que dirigirse a Tunja, sede del congreso y del gobierno de la Unión, con el fin de cumplir ese deber.

Su situación ante el pueblo cambió totalmente en cuanto dejó a Cartagena. Hubiérase dicho que habría de ser todo lo contrario. Mas no: en la capital de la provincia, con los hombres distinguidos y de mérito estaban las ambiciones y recelos, los odios y las emulaciones, los partidos con intereses encontrados. La frialdad u hostilidad de que fueron víctima los oficiales venezolanos y de que participaban los granadinos llegados con ellos, tiene así una clara explicación: la superioridad del "hijo predilecto" de Cartagena, era tan incontestable, y tan incontenible su influjo, aunque nada hiciera que se le pudiera achacar a preparativos para atraer o dominar, que era indispensable a los empeñados en los bandos curarse en salud difundiendo libelos, calumnias y habladurías, armas de los pequeños. Ya fuera de la capital, al contrario, la gente, menos ambiciosa, ajena por lo regular a la seducción del encumbramiento y por consiguiente, más noblemente sensible al reflejo del mérito, no tenía vallas para sentir y manifestar su admiración por el hombre que de tan pobres principios, como que ellos bien lo conocieron en las guerras del Magdalena y preliminares de la Campaña Admirable,

había sabido levantarse a tanta altura y cobrar nombre tan justo: y cuenta que en los lugares por donde pasaba no eran pocos los que habían tenido que sufrir los rigores del reclutamiento, las privaciones del fruto de sus trabajos de campo, la carga del alojamiento y cuidado de tropas, la indisciplina moral anexa a los soldados mejor disciplinados.

La verdad es que los peregrinos se vieron ya rodeados de las mayores consideraciones y relativas comodidades.

El plan de Bolívar era llegar a Tunja por la vía directa de Ocaña; pero en este punto tuvo la primera noticia de que Urdaneta, al saber los desastres de La Puerta y siguientes, en marcha intrépida al través del occidente de Caracas infestado de amenazas, peleando diariamente y con los consiguientes reveses, pudo llegar al valle de Cúcuta con su división de apenas algo más de 800 hombres, resto sagrado del ejército libertador, preciosa semilla para una nueva siembra de libertad. Pero la voz de la fama que suele exagerarlo o desfigurarlo todo, llegó a oídos de Bolívar con una alarmante especie de que entre los granadinos y los venezolanos de la división habían surgido serias y amenazantes rencillas que daban al traste con la disciplina y unión indispensable entre camaradas que perseguían un solo elevado propósito.

¡De nuevo la hidra! pensó el Libertador. La cuchilla realista cercenó su cabeza en el Oriente, y contra lo natural y patriótico renace para devorar lo que resta de esos valientes que representan la esperanza. Castillo fue vencido por el patriotismo en Cúcuta; volvió corrido y rencoroso a Cartagena; plantó allí su árbol frondoso de división por el odio; pero dejó la semilla venenosa entre los soldados de Venezuela y Nueva Granada que se sacrificaban tan heroicamente. Y se desvía de su propuesta ruta a fin de presentarse a las tropas como iris de paz y acordar a los supuestos desavenidos, para entrar en Tunja por Salazar y Pamplona. Afortunadamente no era cierto el rumor pesimista; y en cambio tuvo la satisfacción de conocer de modo incontestable que su prestigio entre los restos del naufragio se conservaba incólume.

Urdaneta había tenido el buen acuerdo de ponerse a las órdenes del congreso de la Unión granadina en cuanto llegó a Nue-

va Granada, a falta del jefe supremo de quien no tenía noticias; y el congreso le había ordenado marchar a Tunja.

Ya se hallaba Urdaneta en Pamplona, y a sus tropas impartió órdenes de marcha hacia el término designado por el congreso. Era el 10 de noviembre. Bolívar a su turno, desde Salazar corría a unirse con su glorioso subalterno para llegar juntos a la capital de la Unión. Impacientes los soldados por verlo, en cuanto supieron su aproximación se insubordinaron y en vez de tomar el rumbo prescrito, tumultuosamente se dirigieron al camino que los conducía al pueblo. ¡Viva el Libertador! ¡Viva Venezuela! Y a porfía lo abrazaban y saludaban y en hombros lo condujeron a la plaza principal.

El corazón sensible del Libertador había venido llenándose hasta ahora de pesares, mudos pesares que segregaban más y más acíbar que más y más le estrechaba el pecho. A medida que acrecía más oprimía ese corazón con tanto mayor violencia cuanto ni una gota de esa amargura personal dejaba escapar al exterior. El episodio le fue un alivio porque estalló en lágrimas que aligeraron la tensión interna de su alma sufrida y humillada.

*Oh, sortiú per mos ulls en plors defetas
Com fuig l'aigua sobrant d' un vas de terra,
Penas amargas que a mon cor feu guerra
Y que per grans nell veniú estretas . . .*

¡Qué emociones tan intensas de dolor y placer amalgamadas en un solo sentimiento las de ese día en que se convenció del afecto singular de sus soldados, instrumentos de su gloria!

“Soldados”, les arengó a todos reunidos con Urdaneta a pedido suyo, “habéis henchido mi corazón de gozo, pero ¡a qué costa! A costa de la disciplina, de la subordinación, que es la primera virtud del militar.

“Vuestro jefe es el benemérito general Urdaneta; y él lamenta el exceso a que os condujo vuestro amor.

“¡Soldados! que no se repitan más estos actos de desobediencia entre vosotros. Si me amáis probádmelo continuando fieles a la

disciplina y obediencia a vuestro jefe. Yo no soy más que un soldado que vengo a ofrecer mis servicios a esta nación hermana.

“Para nosotros la patria es la América: nuestros enemigos, los españoles; nuestra enseña, la independencia y libertad”.

Todo el ideal de su vida: orden y unidad, disciplina y subordinación para alcanzar la autonomía de toda la América subyugada por los españoles. Esto acontecía el 12 de noviembre.

Llegó el Libertador a Tunja con el preconcebido intento de exponer ante el congreso su conducta y el modo como había correspondido a la confianza del cuerpo y su ilustre presidente Camilo Torres, cuando le confió la misión de pacificar el oriente de Nueva Granada y las provincias occidentales de Venezuela. Antes de ver examinada su actuación y dictada sentencia, si así podemos expresarlo, rehusó homenaje público alguno de los que a porfía se le ofrecían.

El 24 de noviembre se reunió con ese fin el Cuerpo Legislativo, y desde la barra pidió la palabra para exponer su causa. Camilo Torres lo invitó al recinto mismo del cuerpo soberano y lo hizo sentar a su lado. Concedida la palabra al héroe, pintó con realismo y con maravillosa y persuasiva elocuencia esa campaña asombrosa no igualada jamás por capitán alguno en los tiempos antiguos ni modernos, que partiendo de Barranca con miserables medios batió en marcha agresiva tropas compuestas por soldados veteranos del rey, dirigidos por oficiales y jefes experimentados educados en las academias españolas. Puntualizó las sucesivas acciones sin un solo revés que dio al enemigo en los 54 días de la Campaña Admirable. Luego las heroicas acciones victoriosas y los desastres que se siguieron: Puerto Cabello, Bárbula, Barquisimeto, Las Trincheras, Vigirima, Araure, La Puerta, San Mateo, Carabobo, Barcelona, Cumaná, Aragua; y al pedir al fin que se le juzgara imparcialmente, el presidente del congreso lo interrumpió: “General, vuestra patria no ha muerto mientras exista vuestra espada; con ella volveréis a rescatarla del dominio de sus opresores. El congreso granadino os dará su protección, porque está satisfecho de vuestro proceder. Habéis sido un militar desgraciado, pero sois un grande hombre”.

No podía darse mayor contraste que el presentado de un lado por Camilo Torres con esa visión profética limpia, como que estaba exento de toda pasión que no fuese la de conseguir la liberación y grandeza de los pueblos americanos; y por otra parte la conducta de los Ribas, Piar, Bermúdez, Manuel del Castillo, que fueron testigos íntimos de las virtudes del Libertador, mas dominados por la impaciencia de la grandeza, la humillación de la derrota, la envidia de la superioridad que se mostraba sin esfuerzo ni industria, no ya aparecían reticentes en proclamar sus cualidades y alabar las hazañas que un momento los deslumbraron, sino que formaban un coro infernal de actos hostiles y voces de desprestigio, que no obstante, a la larga tuvieron que ceder para dar paso triunfal a las predicciones surgidas del oráculo de un pecho que por su limpieza permitía penetrar y extender la vista y leer la lectura escrita en el seno del porvenir.

Poco o nada había adelantado en su sosiego y estabilidad la Nueva Granada desde que tras su primera proscripción de la patria Bolívar se había presentado en sus playas ofreciendo y ocupando su espada contra la opresión y pidiendo ayuda para reconquistar la república venezolana subyugada. Las mismas rencillas y celos interprovinciales, el mismo afán de distanciarse unas provincias de las otras conduciéndose como otras tantas entidades soberanas; igual espíritu de bandería dentro de cada una de ellas; lejos estaba la seguridad nacional y provincial ante el enemigo común, pero no parecían preocuparse absolutamente del peligro. En la provincia de Tunja era donde más se mostraba aprehensión por ese estado lamentable en que mantenía la desunión al país.

Ejemplo prominente de esto, la provincia de Cartagena, devorada por las facciones de los García de Piñeres, Rodríguez Torices y Manuel del Castillo, mientras la confinante provincia de Río Hacha estaba en poder de los realistas que extendían sus tentáculos por la gran arteria del río Magdalena, la vía más importante y dominante de todo el virreinato.

Luego veremos la manera como trató a la expedición que al mando de Bolívar pretendía dar solución a ese estado estratégico que al fin hizo sucumbir tristemente la libertad.

Sin embargo, el más notable estado de cosas lo proporcionaba la opulenta provincia o estado de Cundinamarca. Se había constituido en una verdadera república sin lazo de unión con el congreso de Tunja y el ejecutivo que allí residía como regente de la Unión Granadina. Era un no disimulado estado de rebelión, de guerra civil. Mientras provincia tan importante continuase así el peligro nacional no podía exagerarse: sus enormes recursos eran exclusivos, encerrados como en un reducto en su suelo mediterráneo sin que pudiesen contribuir en nada al bienestar, a la defensa común. Era indispensable someterla, atraerla a la Unión.

Camilo Torres, no necesitamos repetirlo, comprendió que Bolívar era el hombre para la empresa.

El general Bolívar no tenía por el gobierno de Tunja otro grado militar que el de brigadier. Ahora se le asciende a general en jefe y se le encarga formalmente la reducción de Cundinamarca. He aquí de nuevo al hombre en su elemento, mostrando las sinnúmeras facetas de su personalidad. "Las fuerzas de Urdaneta que se me entregan no son suficientes para una acción victoriosa en Santa Fe, abierta a todos los puntos cardinales. ¡A levantar tropas, a reunir caballería, a armar lanceiros, a proceder con rapidez antes de que Cundinamarca ayudada por el influyente elemento realista que allí abunda, tenga tiempo de aumentar y mejorar sus aprestos".

El Estado de Cundinamarca estaba a la sazón gobernado por don Manuel Bernardo Alvarez a quien Nariño había puesto a la cabeza de los negocios al partir para el sur en la desgraciada expedición que terminó con la derrota y prisión del nobilísimo patricio, que preso y sentenciado a muerte fue en definitiva cargado de cadenas y remitido a España, de donde logró fugarse para volver a trabajar por la independencia americana.

Don Manuel Bernardo Alvarez ejercía el cargo con profundo carácter dictatorial. Dictador había sido nombrado en efecto. Ejercía todos los poderes, y su palabra y voluntad era lo primero y último e inapelable. Para mayores complicaciones, los numerosos partidarios del rey tenían una influencia, maléfica desde luego, sobre su ánimo débil, y se le veía ejecutar en los patriotas

persecuciones que desdecían mucho de la causa que por el honor de su posición estaba obligado a sostener. En medio de la eferescencia social que reinaba en Bogotá, los realistas llevaban la mejor parte por las inclinaciones del dictador que, azuzado por ellos, se oponía a todo avenimiento pacífico con Tunja, es decir, con el resto del virreinato, ganado a la Unión. Diremos de paso que el general Leiva, defensor de Cundinamarca, era español, y españoles realistas los que dirigieron las obras de defensa de la ciudad.

Cuando el campeón de la unidad nacional se puso en movimiento para someter la provincia díscola, el dictador emprendió la fortificación militar de la capital, y construyó numerosas y prolijas obras de defensa.

Bolívar lo que menos quería era que se derramase sangre de hermanos en una lucha intestina; pero penetrado de la necesidad, había partido de Tunja resuelto a cumplir su comisión de incorporar a Cundinamarca a cualquier precio.

El 8 de diciembre está con sus soldados en el campamento de Techo, dejando sometido todo el resto del departamento, y no procedió a abrir operaciones antes de excitar al dictador Alvarez a entrar por la cordura y evitar la hecatombe. A este efecto no sólo hace intimación al gobernante, sino que se dirige también particularmente a su antiguo amigo don Juan Jurado, cuya contestación ignoramos; pero en cuanto a Alvarez, su respuesta fue la negativa más rotunda a una avenencia pacífica y el reto de que "puede V.E. proceder del modo que le parezca más conforme al decoro de las armas que se le han confiado".

No fueron esas las únicas gestiones llevadas a cabo para lograr pacífico sometimiento de Cundinamarca a la razón y a la conveniencia nacional.

"V. E. me convida a la guerra yo no la rehusó jamás cuando de mi parte están la justicia y la razón", exclama Bolívar y escribe al dictador.

¡No hay otro remedio! ¡A las armas! Y en seguida la tempestad. Alvarez confiaba en sus obras de campaña, en la opinión del pueblo, en su mayoría hostil a la independencia y a

cuanto pudiera promoverla y sostenerla, soliviantado contra Bolívar y sus tropas por las autoridades espirituales. Se explotó también contra el invasor el nombre de venezolanos dado a sus tropas, las de Urdaneta, que lo eran en su gran mayoría, aunque las del congreso naturalmente estaban compuestas de granadinos. El desorden material, el extravío espiritual eran dueños de la ilustre Santa Fe de Bogotá. Y refiere O'Leary un episodio que refleja toda la confusión y ceguedad de pasiones reinantes: que al retumbo del cañón, entre los gritos consiguientes de la muchedumbre, se oyó una voz: "Viva Jesús" a la que una femenína contestó de un balcón vecino: "muera Jesús". En la serenidad de la razón una dama bogotana, especialmente en aquella época, habría mirado la exclamación como una blasfemia infanda.

La invasión progresaba, y el día 11 de diciembre los defensores se hallaban reducidos al muy estrecho cerco en la plaza principal. Viendo que ni Alvarez ni el jefe de la defensa, general José Ramón Leiva, querían dar paso al congreso y rendirse, el marqués de San Jorge intervino humanitariamente. Obtuvo de ellos la venia para conferenciar con Bolívar, de donde resultaron los términos de una capitulación mansa y honrosa como la que antes de la lucha armada se había propuesto, y las fuerzas de venezolanos y granadinos consumaron con la ocupación los propósitos del congreso general, que como se ha dicho, no eran otros que la incorporación de Cundinamarca para formar del antiguo virreinato un bloque único que pudiese presentar al enemigo común un frente vigoroso.

Fuera de los incidentes inevitables en una soldadesca triunfante, aun como en el presente caso, con la vigorosa represión de los jefes, la ocupación de Santa Fe de Bogotá fue tan civilizada y sin dejos de venganza, como era natural a un jefe de la talla del comandante general. Pero conociendo los daños causados por los realistas españoles que pululaban en la localidad, y teniendo en cuenta que a cualquier ataque enemigo esa quinta columna sería elemento decisivo contra la causa, se vio inclinado a hacer en ellos ejemplar castigo. Trascendió el propósito, porque alarmado el Congreso, destacó ante él el miembro del Ejecutivo don José Fernández Madrid, con oportuno consejo en con-

trario. El Libertador, sumiso a la autoridad superior, atendió mal de su grado la excitación.

A la verdad la hecatombe habría tenido una repercusión atroz, dadas las numerosísimas alianzas de sangre de españoles y criollos. Pero tampoco se escapaba a la previsión del vencedor la gran ventaja que la magnanimidad dejaba en favor del enemigo, en el presente y para el futuro: "dígame usted", contestó, "al presidente, que será obedecido; pero que un día u otro tendrá que arrepentirse. Es imposible que este país deje de ser pronto ocupado por los españoles; pero no importa: YO VOLVERE".

¿Sería obsesión vanidosa de su mente? ¿Sería una visión profética de las peripecias del futuro? ¿Sería un raro don de medir en su justo punto acontecimientos todavía por venir? Había de volver después de la memorable ocupación de Morillo, después de Sámano; había de presentarse irrevocablemente victorioso de las huestes españolas más numerosas y veteranas que envió España a pacificar el Nuevo Mundo, casi cuatro años y medio después, cuando ya su carrera de triunfos no había de conocer ningún contraste, cuando inició la majestuosa marcha que terminó en la llanura de Ayacucho.

Por el momento un espíritu superficial no podría mirar al porvenir sino con desconsolador pesimismo. Bolívar, sí, estaba victorioso, pero victorioso en lamentable lucha fratricida, en la culta capital de Nueva Granada; mas Nueva Granada estrechada, oprimida por todos los costados. Por el sur se ufanaba Pasto, la eternamente realista y valerosa Pasto, de dominar la situación después de pulverizar las fuerzas de Nariño; por el oeste, la estratégica llave de Panamá; por el norte Santa Marta, perdida a la república en manos de Labatut, pronta al fácil dominio del Magdalena, una de las grandes arterias americanas; por el occidente, todo el territorio de las dos veces extinguida república de Venezuela, de donde acababa de expulsario la anarquía y demoralización bélica. Precisamente el día 12 de diciembre en que se firmaba la capitulación, el feroz Francisco Morales ocupaba a Maturín después de derrotar a Bermúdez, y convertía al pueblo en un océano de sangre. Sólo entre los puntos de importancia, Cartagena sostenía los fueros nacionales; pero estaba herida de

muerte por los antagónicos y apasionados partidos que la agitan, la debilitaban, precipitaban su ruina. El cuadro era de aquellos que sólo inspiraban desesperanza. Para no cejar se necesitaba la fe del Libertador.

Reducida como hemos visto por la fuerza material del dictador Alvarez y el general José Ramón Leiva, le quedaba a Bolívar anular la fuerza espiritual del arzobispado; pues las calumnias de Castillo que no hicieron mella en las autoridades de Tunja, junto con las intrigas de los realistas santafereños, ganaron la voluntad de los administradores de la Iglesia en Bogotá, quienes fulminaron decretos de excomunión, porque según reza el documento, Bogotá estaba "amenazada de repentina irrupción de gente armada sin Dios ni ley que no guardaba los estilos acostumbrados entre las naciones animadas de sentimientos humanos; porque la religión estaba en términos de ser atacada y combatida en sus ministros, en las vírgenes y sus monasterios, en sus templos y altares, en sus rentas, en sus alhajas y bienes, en aquellos vasos sagrados que sirven inmediatamente al culto y al cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo... Teniéndose entendido que gobierna esta expedición el general Simón Bolívar, cuya historia es bien conocida de todo el reino, cuya crueldad es notoria a todos los países, a que ha llevado la muerte y desolación; cuya irreligión e impiedad la ha dado a conocer en una proclama que comienza: ¡Ciudadanos! infeliz del magistrado..."

No terminan aquí todos aquellos dicerios y calumnias que prodigaban los libelos de Castillo y secuaces.

Pocos días más tarde, el 16 de diciembre, ya vencedor Bolívar, los mismos administradores del arzobispado, Juan Bautista Pey Andrade y José Domingo Duquesne, que habían lanzado el violento edicto, suscribieron otro que era el absoluto reverso de aquél, alegando que el espíritu de mentira que altera y desfigura los sucesos es una de las mayores calamidades de nuestro siglo; que fueron sorprendidos por las noticias esparcidas; pero la misma guerra que acababa de librarse produjo el desengaño de esas "erradas" opiniones "porque el excelentísimo señor general en jefe Simón Bolívar ha dado pruebas evidentes de la más noble y sincera conducta, y ha hecho conocer que no sólo resplandecen

en su persona todos los talentos políticos y militares, sino también una bondad de ánimo y benevolencia de corazón en que brilla la clemencia y la humanidad". Agrega que los expedicionarios no han incurrido en la excomunión porque todos dieron pruebas de su religiosidad y piedad, y que "el excelentísimo señor general se ha dejado ver en el templo con toda la atención, modestia y religión debida, con que ha edificado a todos los asistentes..."

Así quedó resuelto el conflicto espiritual planteado por el episcopado, quedó así inutilizada una arma terrible en todo tiempo y lugar, y principalmente en medio de una sociedad como la de la capital del virreinato, en donde la política y la religión, más que en parte alguna andan tan estrechamente compenetradas que es casi imposible separarlas.

CAPITULO XXI

1815

LA CURVA DEL INFORTUNIO

RESUMEN:

El gobierno comisiona a Bolívar para la reconquista de la provincia de Santa Marta. — Marcha de la expedición. — Por consejo de Bolívar el coronel Castillo es ascendido a general y llamado a Bogotá. — Desobediencia de Castillo. — El odio y la envidia en Cartagena. — Efervescencia política. — Los partidos. — Bolívar en Mompox. — Los realistas toman ventaja de las discordias de Cartagena. — Ordenes de Castillo contra el ejército nacional. — Bolívar avanza hasta Barranca. — Buscando sitio más salubre avanza hasta cerca de Cartagena. — Sus esfuerzos para evitar un rompimiento. — Guerra civil. — Bolívar renuncia por dos veces el mando del ejército. — Renuncia por tercera vez y se destierra para Jamaica con Briceño Méndez. — Despedida a sus compañeros.

El Libertador de regreso a Tunja, hizo los arreglos para asegurarse la marcha en campaña contra la provincia de Santa Marta en manos de los realistas, y poder después obrar sobre Maracaibo para libertar tercera vez la Capitanía General. Ya había operado la unidad política de Nueva Granada; el gobierno general se había trasladado (13 de enero de 1815) de Tunja a Bogotá. La jurada enemistad que había saludado su aproximación en los primeros días de diciembre (1814) se había trocado en admiración irrestricta, cordialidad de todas las clases sociales y elementos religiosos, y reconocimiento de sus méritos y relevantes dotes personales. De ahora en adelante el mutuo amor lo convertía en hijo predilecto de Santa Fe y Nueva Granada.

Maduro el plan de la expedición a Santa Marta, hechos los arreglos convenientes para la marcha, Bolívar hace salir los 2.000 hombres que el gobierno le suministraba con sólo 500 fusiles. Debían completar su equipo y aumentar su contingente humano con los elementos que el gobierno ordenaba a la provincia de Cartagena que pusiese a su disposición.

Bolívar, conocedor del carácter de Castillo, comandante general de las fuerzas de la provincia de Cartagena, propuso al gobierno que ascendiéndolo a general de brigada, lo llamase a un alto puesto en la capital granadina. Es que no se forjaba ilusiones con su expedición mientras estuviese el coronel a la cabeza de la milicia. Comprendió el gobierno de Camilo Torres la razón que le asistía y procedió de conformidad con el consejo.

Menos preocupado ya, pues no contaba con la desobediencia de ese militar que en resumidas cuentas fue causa de su propia trágica suerte a manos del pacificador Morillo, se ausenta de Bogotá para tomar camino a su comisión el 23 de enero, y se embarca en el puerto fluvial de Honda.

No es posible que el carácter de los hombres cambie de un momento a otro. El odio y la envidia viven en robusto, indisoluble maridaje, y son progenitores de un vástago y aliado: el disimulo. Tan pronto como cundió en Cartagena la noticia de la expedición de Bolívar sobre Santa Marta, las pasiones se alborotaron hasta el colmo de la medida, inficionando el ambiente. Rivalet García Toledo, amigo de Castillo, y los Piñeres, estos últimos jefes del partido popular, adicto irrestrictamente a Bolívar, la hoguera intestina atizada por la acción mutua de estos hombres influyentes en los dos bandos estaba a punto de consumir el patriotismo verdadero, el que bregaba por salvar los intereses comunes a todos. Otros hombres distinguidos e influyentes de un modo u otro aportaban poderoso combustible: Pedro Gual, Mariano Montilla, Juan de Dios Amador, adversarios y calumniadores del Libertador; Luciano D'Eluyar, héroe de Las Trincheras, lugarteniente de Bolívar en Puerto Cabello, quien mejor que nadie estaba en condiciones de interpretar su espíritu y sus móviles. Cartagena era un verdadero monumento a la anarquía.

Mientras tenían lugar los acontecimientos de Santa Fe de Bogotá que felizmente terminaron con el establecimiento de la unidad granadina, y se armaba y despachaba la expedición del Libertador a la costa atlántica, se desarrollaron en la provincia de Cartagena, y principalmente en su capital, escenas de grave responsabilidad. En el colegio electoral mismo se combatió la elección de García Toledo para gobernador. Después se recurrió al curioso expediente de nombrar dos cónsules que lo fueron el mismo García Toledo y Gabriel Piñeres, para obrar en calidad de gobernadores simultáneos. ¿Puede darse mejor muestra del desconcierto y ceguera de las pasiones? ¿Quién en sano juicio podía colocar a la cabeza de los negocios a dos hombres que representaban violentos partidos antagónicos con prerrogativas de mando idénticas? No hay que hablar de cómo siguió exaltándose la anarquía con semejante inconsulta medida; y Luciano D'Eluyar, jefe de armas, optó por tomar presos a ambos para desbaratar uno de los focos y pedir a la legislatura que nombrase gobernador, lo que efectuó en la persona de don Pedro Gual, del partido antiboliviano. Finalmente fue nombrado gobernador por la legislatura don Juan de Dios Amador, también de la facción de Castillo, que quedó dominando a discreción.

Este estado de anarquía estaba reforzado por el sentimiento de infundado temor por los éxitos del Libertador. ¿Temor? Rencor y envidia quizás escapados del mezquino corazón de Manuel Castillo y proliferados en otros espíritus.

Robustecido el partido popular por los triunfos militares y políticos del Libertador, Castillo resolvió darle un golpe de gracia. Era comandante general de las fuerzas del Estado y tenía su cuartel general en Turbaco. No le pareció Gual suficientemente apto quizás para secundarlo en sus propósitos y se movió con sus fuerzas hasta Cartagena, abandonando la línea del Magdalena amenazada por los realistas de Santa Marta. Lógico es comprender que éstos no desperdiciaron la ocasión de aprovechar la ventaja y extendieron su dominio hasta Ocaña.

Luego de desalojar de Ocaña a los españoles, el Libertador llegó a Mompo donde se le recibió con entusiasmo, por cuanto allí gobernaba todavía la facción de los Piñeres. Ya habían acaecido los sucesos de Cartagena de que hemos dado cuenta

muy sucinta, y que constituyeron fatales prolegómenos de la conducta de los magnates antibolivianos para con el gobierno general y su comisionado para la reducción de Santa Marta, que prepararon la caída de Cartagena y de la nación toda en las manos ensangrentadas de Morillo: la pira en que fueron sacrificados Castillo mismo y tantos otros eminentes varones.

La facción antiboliviana dominante simulaba creer que el Libertador, so capa de cumplir la comisión del gobierno, llevaba la intención de apoderarse del departamento y someterlo a su dominio dictatorial: pretexto que le servía para embaucar a las masas y comprometerlas a sostener la situación de rebeldía en que el departamento se hallaba con respecto al gobierno general.

Previno la facción triunfante a sus guarniciones del tránsito que no dejaran pasar a Bolívar de Mompox, o lo que es lo mismo, que si intentaba seguir bajando el Magdalena lo recibieran a balazos.

Bolívar, sordo a todas estas agresiones personales, escribió a Castillo comunicándole su ascenso y nombramiento por el gobierno general, felicitándole y pidiéndole armas, municiones y contingente, como le ordenaba el gobierno central.

Fingió Castillo reconocerle como general en jefe "pero en tanto hacía ejecutar medidas para sublevar a los pueblos contra su autoridad", dice Larrazábal.

Inepto, cobarde, incapaz, duro, insensible, ambicioso, cruel, arbitrario, prófugo, capaz de sacrificar mil vidas sin reparar en medios con tal de que lo conduzcan a un fin bueno o malo, eran los adjetivos que mientras tanto volaban en las hojas públicas y representaciones oficiales contra el general en jefe. Sin hacer caso de tales acusaciones, horrorizado ante la perspectiva de una guerra civil, escribe a varios de los rebeldes: está, dice, dispuesto a una sincera reconciliación con Castillo; sólo desea derrotar a los disidentes de Santa Marta, marchar luego sobre Maracaibo y restablecer la libertad de Venezuela.

Bajo el falsísimo pretexto de no tener elementos de guerra, se le niegan los que el gobierno de Santa Fe ordena entregarle.

Lleva aquél su sinceridad patriótica hasta pedir una entrevista con su adversario, y le escribe para pedirle el olvido de mutuos resentimientos.

La incomodidad que la actitud de Cartagena produjo en el espíritu del Libertador vino a aumentarse con la noticia allí recibida de Urica, Maturín, Güiría, la destrucción de las fuerzas republicanas en Venezuela, la extinción absoluta de la república. No hay otra esperanza para la libertad de Nueva Granada que una invasión a su patria por Coro, y es indispensable para eso que el gobierno repita sus órdenes a Cartagena, sorda todavía al bien común.

El gobierno había designado como agente suyo para disminuir las disputas al canónigo Miramón. Fatal nombramiento. Miramón en vez de árbitro de paz fue demonio alborotador y disociador. Atizó las pasiones al lado de Castillo y cooperó en la intriga, el disimulo y perfidia contra el Libertador.

Este había bajado hasta Barranca en la previsión de revisar y defender de cualquiera agresión realista en las márgenes del Magdalena abandonadas por las tropas provinciales con el fin de privar a las nacionales de todo socorro y contingente en la necesidad a que se hallaban, próximas al agotamiento de los recursos monetarios suministrados por el gobierno. Necesitaba también salir de la inacción y el clima de Mompox que con las deserciones le había restado ya más de 500 hombres. ¿Qué hacer ahora? ¿Expedicionar sobre Santa Marta? Con menos de 1.500 soldados mal armados no había para qué pensarlo. ¡A Cartagena, a Cartagena! fue el voto de sus oficiales; y esta determinación se adoptó no sin tratar de ponerla en conocimiento de las autoridades de la plaza, a quienes se instruyó de los urgentes motivos que dictaban la medida. La contestación fue recibir a balazos al parlamentario coronel Tomás Montilla, que hubiera perecido sin la intervención de su hermano Mariano.

Era urgente, es verdad, buscar más salubre estacionamiento a esa tropa que se diezmaba a cada minuto. Pero la medida, en nuestro concepto, adolecía de un grave error: dar la apariencia de agresión, de invitación a la contienda armada; y suministrar un pretexto para las infames medidas que se tomaron: se en-

venenaron las aguas de los pozos cercanos a la capital de la provincia, de cuyas resultas enfermaron o murieron muchas unidades.

Justificada cólera invadió al general y oficiales, originaria de otro gran error: sitiar la fuerte y bien abastecida ciudad con las miserables fuerzas que comandaba. Es verdad que en todos los encuentros las tropas nacionales, dirigidas por mejores oficiales, dieron en tierra con las provinciales; pero la empresa era sumamente arrojada y de pocas esperanzas.

El Libertador dio cuenta a su comitente al aproximarse a la ciudad, de la situación de guerra intestina a que lo obligaba la necesidad. Esto acaecía el 26 de marzo de 1815. He aquí algunas de sus declaraciones:

“La medida de los males de la república se ha colmado y el imperio de las pasiones ha preponderado, hollando los deberes más sagrados, los intereses más caros y los vínculos más tiernos... No hay género de ofertas amistosas que yo no haya hecho a nuestros encarnizados enemigos y no hay género de ultrajes que ellos no me hayan retribuído por este desprendimiento... Sabemos que se nos hostiliza con tanto encarnizamiento que no debemos esperar más que persecuciones en lugar de auxilios si dejamos a Cartagena en la actitud que ha tomado. Nuestro ejército será indudablemente destruído por la intriga y por la carencia de todo: el pase a la provincia enemiga sería para nosotros el decreto de muerte para el ejército y la elevación de Cartagena a una potencia independiente del gobierno general. Si teniéndolo todo, todo se rehusa ¿qué se haría cuando el gobierno no tuviese fuerzas con que reducir al deber a esa facción?... Se ha prendido a cuantos patriotas y venezolanos había en la ciudad... Se me ha proscrito en español, inglés y francés, para que todas las naciones entiendan la proscripción... Sin embargo, yo he sido recibido admirablemente por todo el mundo, y con mi presencia ha desaparecido la ilusión y se ha probado que nunca me han temido y mucho menos odiado; también está probado que los intrigantes de Cartagena sólo han producido la alarma... Hay en Cartagena 5 dictadores... Podemos hacer mención de un nuevo dictador, que es el señor Mi-

ramón, que según las órdenes que me da, tiene facultades ilimitadas, aunque en carta privada me manifiesta que no las tiene... Este dictador es sólo para mí, pero no para Cartagena, donde no se hace caso de él y lo han tomado como testaferro para hacerlo obrar a su antojo, aparentando un gran respeto por su autoridad... La extremidad a que nos vemos reducidos, expuestos a perder el ejército infaliblemente por las pestes de viruela y calenturas; por la falta de recursos pecuniarios que tendremos dentro de pocos días; por las deserciones y por las intrigas que desalientan a los más fervorosos defensores de la república; en esta extremidad, digo, me resolví a dejar el mando del ejército para que se le auxiliase estando a las órdenes de otro general... Venida la contestación convoqué una junta de guerra que se instruyó de los antecedentes por la lectura de los documentos originales: hice renuncia del mando como lo ordena el señor Marimón. El general Palacios, que debía sucederme, se denegó fuertemente, y los demás jefes siguieron haciendo lo mismo; pero de un modo que me causa rubor referirlo. Unos me improperaban porque había pensado abandonarlos; otros decían que no quedaría un soldado en el ejército; y unánimemente fueron de opinión que la república y el ejército iban a perecer si no se atacaba a Cartagena, que desobedece y ultraja al gobierno y a los generales y tropas que le sirven... Yo me he conformado con la decisión de la junta de guerra por hallarme autorizado por la orden reservada que me dio V. E. para obrar según las circunstancias en caso de que no se obedeciese al gobierno general, como ha sucedido en efecto, y porque V. E. me ordena últimamente que acelere mis marchas contra Santa Marta, orden que no podrá ejecutarse si el gobierno de Cartagena no se reduce a su deber. Yo me he creído obligado a tomar esta medida hostil para salvar al ejército de una completa destrucción y para conservar al gobierno los medios coercitivos de someter a las provincias disidentes a las leyes constitutivas de la república. Yo protesto que en mi conciencia hallo que debo a mis compañeros, al gobierno y a la libertad de América la adopción de esta medida... He contribuído para el establecimiento del gobierno general en cuanto he podido. Básteme haber manchado mis armas por dos veces con la sangre de hermanos: yo no las deshonraré una tercera... Ruego pues rendidamente

a V. E. se sirva nombrar un general para este ejército, bien persuadido que estoy más pronto a subir al cadalso que continuar mandando. Gracias que imploro con el mayor respeto y decisión”.

Tampoco se aceptó esta renuncia, y a pesar de su rotunda declaración final continuó al frente de las tropas siempre con la esperanza de salvarlas y conservarlas para la Unión.

Entre tanto llegan funestas noticias. A Margarita ha arribado Morillo con su escuadra; Mompox y demás sitios ribereños del Magdalena abandonados por Castillo han caído en manos de los realistas de Santa Marta; y últimamente Barranquilla ha sufrido la misma suerte. A paso agigantado prospera la causa realista, animada y robustecida por esta fatal discordia.

Los realistas de Santa Marta, por su parte, percatados de la importancia que para ellos y su causa tenía la discordia en maridaje con el odio y la venganza contra el patriotismo amplio y el desprendimiento de toda pasión que no fuera el deseo de la consolidación de la unidad nacional y la autonomía americana, propusieron a los magnates reinantes en la provincia granadina auxilio contra Bolívar en cambio del reconocimiento de la autoridad real. El horizonte patriota se estrechaba por momentos.

Si mi presencia en el ejército es lo que impide que se labore por el interés de la nación, si por ella ha de hacerse sucumbir el ejército, no me queda otro paso que cerrar los ojos, retirarme y encontrar la vida y muerte ingloriosas en alguna colonia extranjera. Es un nuevo sacrificio a que me impele “mi constante amor a la libertad de América”. “El que abandona todo por la patria nada pierde, antes gana todo lo que le consagra”. Por este tenor escribió a Miramón el 7 de mayo, y el 9 se embarcó para Jamaica con Pedro Briceño Méndez. Al embarcarse se despidió de sus compañeros que permanecían en tierra por falta de recursos, en una sentida proclama que sangra dolor por la necesidad en que se hallaba de ausentarse sin que su ejército hubiese visto coronados sus anhelos de volver en triunfo a Venezuela: que para salvarlo se veía obligado a extrañarse dejándoles eso sí, la dicha de emplear el resto de sus días en la libertad de la patria. “Infeliz de mí que no puedo acompañaros y voy

a morir lejos de Venezuela, en climas remotos, por que quedéis en paz con vuestros compatriotas” Y al gobierno nacional escribe al mismo tiempo: “el sacrificio del mando, de mi fortuna y de mi gloria futura no me ha costado esfuerzo alguno. Me es tan natural preferir la salud de la república a todo, que cuanto más sufro por ella tanto más placer interior recibe mi alma”.

Tres meses más tarde se estaban sintiendo en la infortunada ciudad de Cartagena los efectos inmediatos de la ceguedad y egoísmo de sus directores, con la presencia de Morillo en las aguas de su bahía.

Los detalles de todo el episodio de la expedición contra Santa Marta están puntualizados en el oficio fechado el 10 de julio en Kingston, que insertamos en el N° 7 del Apéndice. Véase.

CAPITULO XXII

1815

LABOR DE PROSELITISMO EN JAMAICA

RESUMEN:

La expedición española de 1815 en América. — Optimismo, orgullo y elación de los expedicionarios. — Eran los vencedores de Napoleón I. — Seguridad en el triunfo. — Libertad de Fernando VII. — Su despotismo inveterado. — La expedición estaba destinada al Río de la Plata. — Cambio de rumbo hacia el Caribe. — Pablo Morillo y Pascual Enrile, primero y segundo jefes. — Morillo apellidado el Pacificador. — Morales, sucesor de Boves. — Chispas del incendio patriota bajo la maleza. — Llega la expedición a Puerto Santo. — La Nueva Granada, fácil presa a la conquista de Morillo. — Morillo y Morales en Margarita. — Seguridades de paz y justicia por parte del Pacificador. — Pronto mostró su verdadera índole. — Sitio y rendición de Cartagena. — Indigencia de Bolívar en Jamaica. — Error en la apreciación de los sentimientos ingleses por la libertad. — Campaña periodística de Bolívar en Kingston. — Sus amigos generosos. — Morillo contrata el asesinato del Libertador. — Escapa al puñal de Pío. — La Carta profética. — El Libertador allega amigos y servidores en Jamaica y Curazao. — Unidad en los principios políticos de toda su vida. — Resuelve embarcarse para socorrer a Cartagena. — En el mar sabe que Cartagena tuvo que abrir sus puertas al sitiador. — Tuerce rumbo a Haití.

Nunca habían contemplado los mares de occidente semejante despliegue de velas sobre su lomo atónito. Los enormes cascos desafiaban victoriosos los temporales de invierno que abrían simas espantosas, amenazantes, a su paso. Era una ciudad ambulante y marina de 10.000 almas escogidas, templadas al

calor de los fuegos encendidos por Napoleón I contra los hogares españoles. Eran, en pocas palabras, peninsulares que venían resueltos a luchar con denuedo por conservar para S.M.C. el imperio secular de América. Orgullosos, confiados, resueltos se mostraban esos hombres. Ellos habían nacido en el suelo más glorioso del viejo continente; ellos habían asistido a las épicas jornadas de Zaragoza, Bailén, Gerona, Talavera de la Reina, Valencia, Vitoria... Ellos habían sabido soportar las penalidades impuestas por el invasor injusto y ambicioso; ellos habían formado con sus pechos un antemural más impenetrable que la piedra y el hierro, por donde no pudo hallar camino la bayoneta ni el plomo; ellos, a fuerza de bravura y desprecio de la vida habían iniciado el desmoronamiento del poder colosal con que el Corso había empezado a derrumbar toda la organización, trastornar todo el mapa de Europa y trazar una nueva geografía política del mundo entero; ellos en fin, podían gloriarse a justo título de ser los vencedores de Lefebvre, Soult, Massena, Dupont, Sebastiani, Víctor, Lannes, Ney, Gouvion Saint Cyr, etc.

Con estos motivos de fe y la confianza en sus aguerridos conductores; con el acicate de su lealtad al rey y a la patria; con la segura esperanza de elevarse a más altos grados y destinos, y con la convicción de que los enemigos que iban a afrontar eran mil veces inferiores a los valientes franceses a quienes habían hecho morder el polvo y humillado en refriegas inverosímiles, el espíritu de los transeuntes del océano se mantenía elevado por encima de las nubes. ¡Cuán amargo debieron paladear más tarde el desengaño!

Y fue así librado el amado Fernando de la prisión en que por seis años lo mantuvo el Corso separado arbitrariamente de sus súbditos entregados al régimen de Pepe Botellas, José I, su hermano; y desaparecida por el momento la amenaza que se cernía sobre el cielo de Europa, pudo ya el antiguo compañero de juegos de Bolívar, pudo la nación española consagrar sus desvelos a la guerra de América, pródiga en sangre, crímenes y heroísmo.

Desde el 13 de mayo de 1814 el trono de los reyes católicos ostentaba otra vez a su legítimo soberano, que lo era Fernando en virtud de haberlo renunciado en su favor su padre Carlos IV.

Fernando había comenzado el ejercicio de su cargo real con los actos despóticos a que le incitaba su condición de monarca absoluto: "jamás juraré una constitución". Estas palabras de su manifiesto después de disolver las cortes nos relevan de detallarlos, lo que nos apartaría, por otro lado, del propósito de esta obra. Pero su mención era indispensable para mostrar el espíritu que le animaba y que no podía contrariarse frente a los sucesos de las colonias de ultramar.

No podían las colonias españolas esperar de Fernando VII mejor trato que la metrópoli. Después de todo ha de confesarse ser muy lógico y muy humano que se empeñase por conservar sus dominios atados a su coyunda. Ordenó en consecuencia una gran expedición que entrando por sus posesiones del Río de la Plata, pasease victoriosa sus banderas barriendo de patriotas todo el continente sublevado hasta las costas del Caribe.

Soldados aguerridos los tenía en abundancia; jefes expertos y patriotas le sobaban; barcos, siempre fue España tierra marinera, jamás le faltó una flota numerosa y bien mantenida; recursos, los innumerables recursos indispensables para una expedición del calibre necesario para enfrentar héroes de la calidad de un Bolívar y los Montilla, un Arismendi, un Bermúdez, un Páez, un Mariño, y Sucre y Piar y Urdaneta y tantos más. ¿De dónde podría darlos un tesoro nacional agotado por la guerra contra el invasor? Pues allí está Cádiz que con la reconquista de las colonias volverá a apoderarse del pingüe monopolio de su comercio. Los comerciantes de Cádiz equipan la brillante armada.

Preparada la escuadra, debía haber zarpado desde el 1º de diciembre de 1814; pero incidentes de diversa naturaleza la retenían en Cádiz. Había ocurrido ya la evacuación de Montevideo por los realistas, acaecida el 23 de junio. Era la llave del Río de la Plata, su entrada natural, y es de creerse que noticiadas de ello las autoridades peninsulares, se dieran a reflexionar maduramente sobre los riesgos de la empresa, hasta cambiar el itinerario de la flota, considerando que dominada esa ciudad por sus enemigos, era casi imposible tomarla y abrirse paso por ella.

El secreto de esta decisión se mantuvo, aunque no tanto que no se susurrase *sotto voce* la novedad. El cambio de destino se vino a saber después de modo seguro por los tripulantes. La escuadra, que había zarpado del puerto de Cádiz en la segunda quincena de febrero, hubo de regresarse a causa de mal tiempo y vino a desplegar sus velas definitivamente el día 22.

Se hallaba a la altura de las Islas Canarias y fue allí donde según órdenes superiores se abrieron los pliegos de instrucciones y pudo saberse su destino.

La comandaba el mariscal de campo don Pablo Morillo, militar de crédito, de meritoria carrera, valeroso, enérgico, constante, ascendido a su alto grado desde el más bajo por rigurosa escala. Traía como segundo jefe al brigadier Pascual Enrile, americano, natural de Cuba.

La terrible caravana guerrera constaba de elementos capaces de debelar cualquier movimiento, menos aquellos en que agravios atroces de cinco años habían sembrado hondos rencores y desarrollado pasiones inextinguibles hasta en hombres que antes se hallaban más dispuestos a ceder a la tiranía que a defender sus fueros individuales y los de su tierra: que tal empezaba a ser la transformación operada por los recientes o no muy lejanos crímenes de los Martínez, los Boves, los Morales y tantos otros.

Traía Morillo en los anchos vientres de sus bajeles no menos de 10.700 hombres de guerra, y su procesión ostentaba más de 100 embarcaciones mayores y menores provistas de todo el necesario tren de cañones, elementos bélicos y provisiones para rendir a toda la América y dejarla atada a la coyunda: *pacificarla* de una vez: tal era el encargo que se le había dado junto con el título de *Pacificador*. Ya se verá cómo en vez de honrar el nombre, encendió poderosamente la contienda armada y vigorizó la resistencia.

Morales, el feroz Morales, insaciado de crímenes y sangre, era el sucesor de Boves en métodos y mando. Españoles que se ostentan como testigos presenciales aseguran que, contrario a lo que se dijo por los patriotas, a saber, que Boves murió en Urica del lanzazo de un soldado republicano, la muerte del monstruo ocurrió porque habiéndose caído del caballo, Morales, que de

antes ambicionaba el comando de las fuerzas reales, lo hizo envolver prontamente en un poncho y así asesinarlo a mansalva. ¡Allá ellos!

Los patriotas que pudieron escapar a la salvajez de esas fieras corrieron unos a los llanos, y allí escondidos como chispas de fuego bajo la maleza al parecer incombustible, esperaban tiempos más oportunos para prosperar: mísera, aunque firme esperanza de regeneración. Así Pedro Zaraza, José Tadeo Monagas, Andrés Rojas, Manuel Sedeño, Francisco Vicente Parejo. Otros lograron salvar el tramo de mar que los separaba de Margarita, donde se encontraba la única organización de gobierno patriota que, bajo la dirección del heroico Arismendi, había quedado en Venezuela después de la gran derrota.

José Tomás Morales, pues, era literalmente dueño de vidas y haciendas. Noticiado estaba de la próxima llegada de Morillo y su brillante escuadra, y con él se encontró en Puerto Santo, al oriente de Carúpano el 3 de abril (1815). Eran los momentos en que la venganza y la ira negaban en Cartagena al Libertador los recursos ordenados por el gobierno de la Unión para someter a Santa Marta y volar al Este a enfrentarse con el Pacificador, de cuya jornada hacía tiempo que se tenían precisas nuevas. Pero como se ha visto, Bolívar se vio forzado a desterrarse con la esperanza de que su ausencia serenase los ánimos y las facciones enconadas.

Era ya tarde por desgracia. Durante la prolongada contienda civil los patriotas habían perdido los puntos vitales del Magdalena, y los realistas robustecido su posición en los sitios de antes dominados. La Nueva Granada estaba abierta a la conquista de Morillo. Un soberano impulso de éste ante la heroica plaza cartagenera, y el virreinato había de retroceder al dominio de los reyes católicos, y las más brillantes cabezas del país habrían rodado por el suelo o se verían colgadas de la horca infamante.

Morillo, acompañado de Morales y sus fuerzas, ya que en tierra firme no eran menester, pues nada restaba por custodiar contra enemigos pulverizados, movió su poderoso convoy hasta la Margarita, única tierra libre, regida por Arismendi, y refugio de unos pocos patriotas que pudieron escapar de las garras de

la fiera. Entre éstos se hallaban José Francisco Bermúdez y Juan Bautista Videau.

Ya estamos a 9 de abril. La playa de Pampatar es un eco ensordecedor por la presencia y desembarco del Pacificador y su brillante séquito. La zozobra de los isleños y refugiados vino a calmarse un tanto con las promesas del invasor. Su misión era de paz y fraternidad. El no venía a destruir sino a conservar. Su lema era "olvido completo de lo pasado". Tales seguridades unidas a la impotencia de 300 defensores ante el número inmenso y los elementos de los realistas inclinaron aquéllos fácilmente a someterse, y así lo hicieron contra el descabellado consejo de Bermúdez, que optó por escapar por entre la selva de naves, y después de andar por diversas islas del Caribe llegó finalmente a Cartagena.

Pronto había de revelarse una vez más Margarita, pues Morillo partió para el continente dejándola en manos de los hombres más a propósito para crear de nuevo la desesperación.

La buena impresión que de su persona dejó el Pacificador en Margarita fue desvaneciéndose rápidamente. Presto sus inclinaciones comenzaron a ostentarse tal cual eran. Su orgullo fue levantándose a medida que despertaba y acendrabla la conciencia de su poderío. Su tosca naturaleza, que como es sabido, no tuvo nunca la oportunidad de pulirse con mediana educación, ni aprender mucho con el trato del mundo y de hombres de elevada cultura, comenzó por mostrar insolente desprecio y burla de los soldados americanos y gente de color, que eran precisamente los que con Boves y demás esbirros habían dado el triunfo a las armas del rey. Pudiendo proveerse de recursos en la madre patria y sus prósperas colonias del Caribe, instituyó el sistema de la exacción y secuestros contra los bienes de los americanos, en multitud de ocasiones ajenos a la rebelión nacional. Y no se diga nada de los oficiales que fue dejando a su paso como gobernantes subalternos suyos, entre ellos el tristemente célebre Moxó, a quien ungió con la capitania general de Venezuela al marchar contra Cartagena, cuyo sitio formalizó el 1º de septiembre.

Tomada Cartagena, toda la costa septentrional de la América del Sur quedaba sometida, con lo que se convertía el Pa-

cificador en árbitro y señor de los destinos de Venezuela, Nueva Granada y el Ecuador, y tenía abierto el camino para el Perú, Chile y el Río de la Plata.

Fácil parecería la tarea en la desesperación de los pueblos y su cansancio de la vida sombría que llevaban por cinco largos años en medio de muertes, indigencia y desolación. Pero su falta de talento civil y dotes diplomáticas hicieron nulas o contraproducentes sus cualidades de soldado: su valor a toda prueba, su tenacidad, su resistencia material, su capacidad militar indiscutible. El hecho es que su presencia en América, fue un nuevo estímulo, un adelanto precioso en los sentimientos patrióticos del pueblo, en quien, lejos de pacificarlo, contribuyó eficazmente a levantar la llama de la guerra, produciendo en la causa americana el beneficio inmenso de seguir abriendo los ojos a la masa ignorante y engañada.

Estamos ya a principios de septiembre de 1815. Desde el 14 de mayo se encontraba Bolívar en la colonia británica de Jamaica, en Kingston, su capital.

Duro debió de ser el encontrarse entre un pueblo extraño privado de recursos aun para lo más indispensable de la vida. Pero esa indigencia no le arredraba de esgrimir el arma única que tenía a la sazón para la defensa de su causa. Preciso era difundir desde la colonia el conocimiento de los acaecimientos de tierra firme para excitar la admiración, la compasión, hermana de la caridad, el interés comercial, sobre todo, uno de los más poderosos resortes para mover comunidades que como la británica cifran en el tráfico marítimo y expansión imperial su subsistencia, su grandeza y su hegemonía universal.

Al apelar a Inglaterra para que prestase su ayuda a la independencia, obraba Bolívar además, guiado por su sentimiento de admiración por las instituciones británicas, pero falló en cuanto al momento histórico. Aliada de España en su empresa contra el Corso, el interés del momento anulaba en ella otros más remotos que su sagacidad le aseguraba conseguiría tarde o temprano sin una ruptura actual violenta con la Península.

Es natural que su nombre, ya admirado por sus hazañas, atrajera amigos y benefactores en medio de su pasajero ocaso; que su educación y cultura le abriera las puertas de hombres

distinguidos y de relieve en la isla, entre otros, el comerciante Mr. Hyslop y Mr. Cullen, caballero que en el trato con el Libertador adquirió una admiración profunda de sus dotes y capacidad que los principales periódicos de la isla, "The Royal Gazett" y "The Courant" acogieron con gusto sus escritos. Estas eran las armas que tenía, estos sus diestros elementos de guerra en aciagos momentos, tal era su técnica de conquista, como Erilla: manejando ora la pluma, ora la espada.

El Manifiesto de Cartagena asombró por la exactitud de sus juicios tocante a sucesos políticos y sistema de gobierno; los escritos de Kingston están además llenos de un optimismo inconcebible en un caudillo derrotado por el enemigo común y por las mezquinas facciones civiles que sentían sobre las agotadas espaldas el azote que se prepararon con sus procedimientos suicidas; es inconcebible, decimos, un hombre que aun para sus gastos más urgentes tenía que acudir una y otra vez a los amigos generosos que lo asistían a veces con el desprendimiento de Mr. Maxwell Hyslop: "...ya no tengo un duro", le decía el 30 de octubre, "ya he vendido la poca plata que traje. No me lisonjea otra esperanza que la que me inspira el favor de usted"... "si usted me concede la protección que necesito para conservar mi triste vida estoy resuelto a no solicitar la beneficencia de nadie pues es preferible la muerte a una existencia tan poco honrosa. La generosidad de usted debe ser gratuita, porque me es imposible ofrecer ninguna recompensa después de haber perdido todo..."

Y una vez más acude al amigo generoso cuyo peculio le ha proporcionado fugaz alivio. Las locuras de la mujer en cuya casa tenía su posada lo tenían fastidiado. Necesitaba mudar de domicilio para evadir a la "maldita" isleña "tan maldiciente, y tan habladora". "Yo no tengo ni un maravedí, así suplico a usted me haga el favor de mandarme estos cien pesos, con los cuales serán 300 pesos que usted me ha prestado".

Y Hyslop le hizo el préstamo de los 100 pesos y salvó la vida del grande hombre para la libertad de su patria y de la América del Sur. ¿De qué modo? Veámoslo.

El Pacificador Morillo comprendía, contra el entusiasta optimismo del Libertador manifestado en artículos de prensa, que

Cartagena había de caer precisamente en sus manos, y pondría en ellas la llave áurea de las colonias americanas. Y ¿qué? ¿De qué le serviría si existía Bolívar? “Bolívar es la revolución”, decía Morillo. Mientras viva no habrá pacificación posible. ¡Hay que eliminarlo! Y el contratista se trasladó a Kingston y entró en tratos con un mozo, un negro antes esclavo de aquél, a la sazón su liberto y asistente. Era el famoso negro Pío, Piíto, llamado así cariñosamente por su presunta víctima. Y Piíto se pasó algunos días espionando el momento oportuno para clavar el puñal homicida en el corazón de su gran benefactor.

Pero aconteció que en cuanto, librado de la maldiciente casera por obra de la munificencia de Hyslop, consiguió Bolívar nuevo alojamiento en casa de la criolla francesa madame Ju-lienne. Sin más trámite, sin avisarlo a nadie, sin mudar siquiera sus pobres pertenencias, decidió quedarse a dormir en su nuevo alojamiento (9 de diciembre).

Un emigrado de Venezuela, de apellido Amestoy, debía cumplir una comisión revolucionaria al día siguiente, y fue a la posada abandonada a recibir órdenes. Cansado de esperar al jefe se acostó en su hamaca y quedó profundamente dormido. Llegó Pío después. ¡Esta es la oportunidad que he estado acechando por tres meses! se dijo. Y acercándose con sigilo a la hamaca, asestó dos tremendas puñaladas que sólo permitieron unos pocos quejidos al infeliz Amestoy. Prendido, fue juzgado y, confeso y convicto, las autoridades de la isla le hicieron pagar en la horca su delito. Se agrega que Bolívar pedía clemencia para el pobre mozo...

O' Leary hace mención de que el crimen se atribuyó a su-gestiones de Morillo, y el noble irlandés se resiste a creerlo “por el conocimiento que tengo personalmente del carácter de este personaje...” “No quiero creer”, agrega, “que un militar castellano hubiese recurrido a medios tan villanos y cobardes para librar a su país de un enemigo franco y declarado”. Generalmente se ha hecho responsable de la infame traza a Moxó; pero la responsabilidad de Morillo ha quedado demostrada sin lugar a dudas por las memorias de Andrés Level de Goda, realista, abogado de Venezuela.

Mas Bolívar no sucumbió al puñal de Pío y Morillo, y la revolución siguió en pie hasta triunfar totalmente nueve años después, precisamente en el aniversario del bajo atentado.

Repetimos que durante los siete meses que permaneció en Kingston su pluma dio a luz artículos de periódico que modificaron sustancialmente la opinión formada por la propaganda realista contra la causa americana. Ellos y su atrayente personalidad ganaron simpatías traducidas en ayuda material para la gran empresa: Gerónimo Lafargue; el comerciante Maxwell Hyslop que ya conocemos; Mr. Cullen que también hemos mencionado; Michael Scott; J. P. Campbell; el capitán Luis Brion, el incomparable Brion que desde Curazao puso a disposición sus buques, su fortuna, su persona y su influencia. El general Jean Robertson le era ya conocido desde la malhadada expedición para someter a Santa Marta. Estas fueron brillantes y útiles conquistas que hicieron posible la continuación de la guerra por parte de los patriotas. Y aunque el gobernador de la isla, duque de Manchester, no accedió jamás a sus requerimientos de ayuda por las causas ya varias veces apuntadas, de los intereses egoístas y compromisos internacionales del imperio, la gran influencia que Bolívar ejercía sobre su espíritu se traduce en aquellas palabras de honda admiración que se le atribuyen, citadas por Larrazábal: "en este hombre la llama ha quemado el aceite". Se refería al esplendor de su fe y el fulgor de su entusiasmo en contraste con su naturaleza corporal de suyo flaca y descarnada.

Los numerosos escritos a que hemos aludido fueron sin duda una revelación nueva quizás para la opinión ilustrada de Jamaica. Nunca se había visto que un hombre víctima principal de las derrotas en dos furiosas campañas como las que terminaron en Caracas y en Maturín en 1814, conservase incólume los bríos y la fe para predicar nuevas cruzadas. Era inconcebible que un general obligado por la discordia intestina y los insultos personales a buscar refugio, indigente y desvalido, en playas extrañas, no hiciese la menor alusión a esos agravios ni para reprochar a los obcecados que con esa conducta tenían sumida a su patria en el mayor de los desastres, y en cambio, sólo respiraba con el anhelo de socorrerlos.

Fuera de las comunicaciones al presidente de las Provincias unidas, las destinadas a los papeles públicos de Kingston

abundaban en principios de política y administración pública y observaciones de los acontecimientos universales, no frecuentes en autor alguno de ninguna época; y en la *Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla*, fechada el 6 de septiembre, resumen de todo su pensamiento, su saber, su penetración y preocupación por el destino de América, es tal el caudal de ciencia política y sociológica, historia y crítica de los sucesos, y sobre todo tan exactos sus juicios tocante al porvenir, que con razón ha sido llamada la Carta Profética de Jamaica. Fue escrita a pedido de Mr. Cullen, según lo ha demostrado sagazmente Monseñor Nicolás Eugenio Navarro. Vale la pena difundir más y más su contenido y podrá verse en el Apéndice N° 8.

“Los sucesos de mi patria, la costa-firme, me han obligado a venir a esta isla con el objeto de pasar a Inglaterra, a emplear mis esfuerzos en procurar a la América un apoyo...” Escribió el 29 de mayo al duque de Mánchester.

La saña de ciertos escritores del Sur que, guiados de inconcebible y envidioso rencor “no perdonan a Bolívar su gloria”, se muestra en Ricardo Rojas que no obstante su nombre de historiador y literato, asegura que la carta no es de Bolívar, y atribuye su paternidad a Simón Rodríguez. En 1815 hacía más de 10 años que Rodríguez andaba en sus oscuras peregrinaciones por Europa; y aunque hubiese estado en Kingston, un mediano espíritu crítico comprendería desde luego la diametral diferencia que media entre el estilo y los principios de ese documento y el estilo de Simón Rodríguez y las ideas que siempre sostuvo.

Entre los pensamientos que obsesionaban al Libertador para conseguir medios de continuar su generosa tarea no descartaba, decimos, un viaje a Inglaterra o a cualquiera parte del mundo: “Para conseguir auxilios iré en busca de ellos a esa soberbia capital (Londres); y si fuese preciso marcharé hasta el polo”, había escrito al marqués de Wellesley trece días después de su arribo a Kingston.

Con un hombre así era preciso acabar si se quería extinguir la rebelión, porque como pronto lo comprendió la sagacidad de Morillo, “Bolívar era la revolución”.

No necesitó, empero, alejarse demasiado del teatro de sus glorias y de sus sufrimientos. Ya hemos visto cómo su presencia y su trato le atraieron en Jamaica amigos valerosos. Y no sólo en Jamaica: en la isla holandesa de Curazao, ya en su primer destierro trillada por sus pasos, estaba Brion, y desde luego, la trascendencia de las relaciones de los dos hombres, sin contacto directo y personal aún, surge toda entera de la carta del venezolano para el holandés fechada el 16 de julio, contestación a una de éste para aquél. La amistad, la comunidad de ideales en lo sucesivo, quedaba así sellada.

Una importancia más, desde el punto de vista psicológico personal encierra este lado literario de las labores del Libertador en Jamaica, y es que los principios de política que preconizó son los que sostuvo y enseñó durante todo el curso de su vida, de donde resulta defendido de una vez de acusaciones de que fue víctima más tarde. En su desamparo de la Antilla inglesa en 1815, dejó, por ejemplo, constancia de su predilección por una presidencia vitalicia para eludir los riesgos de las conmociones anexas a los frecuentes cambios del personal ejecutivo de las repúblicas. ¿Podría pensar ambicioso en las circunstancias de la lucha, en un beneficio para sí mismo? Más tarde en uno de sus grandes errores cristalizó el principio en la constitución boliviana: de aquí se sacó argumento contra su supuesta ambición.

En la isla tenía el gobierno independiente de Cartagena como agentes a los señores Ignacio Cavero y Maxwell Hyslop, quienes en los momentos desesperados del terrible sitio de Morillo escribieron a su gobierno una carta llena de los más lisonjeros elogios y recomendaciones de la persona del Libertador, para que aceptara sus servicios en la defensa de la plaza. Le invitaban al mismo tiempo a que se trasladara a Cartagena a reanimar con su presencia prestigiosa los ánimos abatidos por la desgracia. ¿No sería más bien contraproducente su presencia en esa ciudad? ¿No levantaría de nuevo la ola de odio y reprobación de la facción del gobernador Castillo, que lo forzó a deterrarse huyendo de la guerra doméstica?

“Afligida Cartagena por las calamidades consiguientes al sitio, la más ligera conmoción interior es un inminente riesgo.

Además, yo no me conceptúo con las cualidades que tan gratuitamente V. S. S. me suponen, y, por el contrario, pienso que el actual general que manda el ejército defensor de Cartagena posee en el más alto grado los caracteres militares que pueden adornar a un soldado: valor, desprendimiento, patriotismo, actividad, celo y talento militar.

“A pesar de no tener la menor confianza en mí mismo, a pesar de serme extremadamente terrible la inmensa responsabilidad con que V. S. S. quieren honrarme invitándome para contribuir a la defensa de Cartagena, y a pesar de todos los peligros que corra yo en cuantas situaciones pueda volver a colocarme la suerte, estoy pronto a servir a mi país. ¡Que Cartagena me llame y volveré a defenderla o a sepultarme entre sus ruinas!

“Mientras que la opinión de sus habitantes no esté enteramente de acuerdo, mi presencia quizá sería un origen de divergencia y de mal. Ningún bien podría hacer aunque estuviese en la esfera de mis facultades.

“Jamás podré expresar la satisfacción que recibo, al presentarme V. S. S. la dichosa oportunidad de hacer la profesión de mis más íntimos sentimientos con respecto a los que algún tiempo se dijeron mis enemigos, sin que yo lo fuese de ellos. Siendo incapaz de abrigar en mi pecho una rabia fratricida, no puedo conservar el odio criminal que encienden las contiendas intestinas. Yo me consideraría degradado al rango de los pérfidos y crueles españoles si aborreciese a mis conciudadanos, a estos hermanos por quienes he combatido tantas veces y cuya libertad es mi única pasión. Un americano no puede ser mi enemigo ni aun combatiendo contra mí bajo la bandera de los tiranos. No siendo, pues, susceptible de recibir impresiones de odio, y siendo el más tierno amante de cuantos deben el ser a mi patria idolatrada, protesto bajo el sagrado de mi palabra de honor que he olvidado las ofensas de los que, extraviados, sin duda, por el error, pensaron dañarme: toda idea de venganza está lejos de mi corazón”.

Así pensaba, de este modo dejó en la ocasión constancia de su prudencia, patriotismo y amor a la causa por sobre toda peripecia, confraternidad con los americanos y limpieza de co-

razón. La hermosa y nobilísima carta está fechada el 2 de diciembre, cuatro días antes de que la heroica ciudad, ya convertida por su inigualado heroísmo en un cementerio de sombras, en un gran osario bajo los rayos y el ardor de su sol riguroso, cayese por su propio peso en las manos implacables y sanguinarias de Morillo, que no perdonó estado, posición, sexo ni condición de los rendidos.

No es creíble que entre la fecha anotada y el 18 del mismo mes ocurriese comunicación que cumpliera los requisitos que exigía Bolívar para volar en auxilio de la ciudad. Lo cierto es que su ardiente celo y pasión de obrar pudo más que sus reflexiones, justas y sanas como eran, y el 18 ayudado con los recursos suministrados por Hyslop, Scott y Campbell, en "La Popa", nave de Brion, se embarcó rumbo a Cartagena con otros emigrados que de diversos lugares vinieron a unírsele. Era ya tarde como se ha visto.

Extraño parecería que del 6 al 18 de diciembre no hubiese aportado a Jamaica noticia del infortunio de Cartagena; pero no lo es tanto si se tiene en cuenta que el tráfico comercial entre las islas del Caribe y la costa firme, y notablemente sitios donde ardía la guerra, estaba barrido de las actividades humanas; y que los que lograron salvarse de la catástrofe de la heroica ciudad comprendieron que ningún auxilio podían hallar en una colonia británica, por lo que su éxodo fue hacia la libre y generosa república de Haití.

Ello es que el caso dio pie para que se mostrase de nuevo la buena estrella de Bolívar. Dos veces se había salvado ya de muerte casi segura: escapándose de las manos de Monteverde, a quien provocó su imprudente ardor patriótico y la sinceridad de su espíritu franco y leal; y hurtándose inconscientemente al cuchillo alevoso de Morillo, agenciado por un comisionado catalán y manejado por la mano de ébano de Pío. De trances no menos trágicos había de salir victorioso en años posteriores: la emboscada de Quiamare, por donde su temeridad y patriótica testarudez le abrió paso hacia los llanos; Casacoima, las aguas purificadoras que lo transformaron en vate y profeta de la libertad del Perú; la hábil y osada sorpresa del Rincón de los Toros, en que la bala realista del capitán Renovales y sus ocho

compañeros inverosímilmente eludieron su cuerpo, rígido delante de ellos, para hacer blanco en su caballo; y el más odioso de todos porque indicaba ingratitud, traición y parricidio de los secuaces de Santander en la noche del 25 de septiembre de 1828 del que sólo el amor pudo sacarlo ileso, aunque herido de muerte en el cuerpo enfermo y en el alma desencantada:

*¡Si aré en el mar y edifiqué en el viento!
¡Si caerán sobre mí las maldiciones
De cien generaciones!*

En la presente ocasión corría derecho a la trampa en que atrapado vivo habría dado al Pacificador el mayor de los deleites experimentados por él en la tierra de Colón. Era una estratagemata para atraer a los patriotas y sacrificarlos. Frustrado el atentado de Pío el 9, habría pronto sufrido el martirio por que anhelaba el Pacificador, a no ser que al día siguiente de comenzar su navegación, el 19, "La Popa" se avistó con "El Republicano", barco del corsario italiano Gianni o Barbfán. "Si sigue adelante y entra en Cartagena no encontrará sino muerte ignominiosa en ese cementerio de heroicos adalides". No hubo jamás aviso más oportuno. Catorce días antes Morillo se había apoderado de la plaza llena de cadáveres de gente sucumbida al hambre, la peste y toda clase de miserias; y cogido el sistema de señales de los defensores dejó flameando la bandera patriota, elementos con que esperaba atrapar, como lo hizo con algunos, todos los barcos que se aventurasen con elementos de socorro para los colombianos. "La Popa" y el Libertador hubieran caído irremisiblemente en la trama. "La Popa" varió de rumbo no ciertamente para regresar a Jamaica, sino enfilando resuelta a la República de Haití, a donde le habían precedido muchos de los heroicos infelices que pudieron salvarse de las garras españolas y de las adversidades del Caribe.

CAPITULO XXIII

1816

FRACASO DE LA PRIMERA EXPEDICION DE HAITI

RESUMEN:

Ningún socorro material podía esperarse de Jamaica. — Desde alta mar resuelve regresar hacia Haití. — Socorros de Petión a los emigrados. — Los emigrados de las Antillas acuden a Haití. — Bolívar se entrevista con Petión. — Auxilio casi irrestricto. — Ordenes al general Marión. — “Que nada de esto trascienda”. — En vísperas de una expedición. — La asamblea de Los Cayos para nombrar jefe de la expedición. — Proposición de Aury. — Réplica de Brion: “la ayuda de mi persona, mi escuadra y mis bienes que ofrezco es a condición de la jefatura única de Bolívar”. — Casi unánimemente, sólo con 5 votos adversos, Bolívar es elegido jefe supremo. — Las fuerzas de la expedición. — Los nombramientos. — ¿Dónde irá a desembarcar la loca expedición? — Escogida la isla de Margarita. — Doña Luisa Cáceres. — ¿No será conveniente matar a la madre junto con el monstruo que ha dado a luz? — La ruta de la expedición. — Toma de una goleta española en Santa Cruz. — El combate naval de Los Frailes. — Efecto de la sorpresa dada a los realistas. — Bolívar desembarca en Margarita. — El brigadier Pardo. — Ratificación del nombramiento del jefe supremo. — En Carúpano. — Obsesión de la unidad. — Manumisión de los esclavos. — Los quinta-columnas. — Mariño y Piar. — Intento de abolir la guerra a muerte. — Aumento de prestigio y realización de sus cálculos. — Desembarco en Ocumare. — Soublette triunfa en Maracay. — Se retira a Las Piedras: la campaña está perdida. — Derrota de Bolívar en Las Piedras. — La retirada a Ocumare.

Ese día 19 de diciembre en que Barbañán salvó a Bolívar en alta mar de las torturas mortales a donde marchaba sin saberlo, debe ser memorable en los fastos de la revolución. “Ya

he hecho en Jamaica cuanto he podido. Me he persuadido de que fuera de la corriente de simpatía que he despertado entre el pueblo y mucha gente de posición y valía, ningún auxilio material puedo esperar de esa colonia británica mientras su metrópoli no esté segura de que el triunfo de la causa americana será un hecho y una ventaja más para su comercio y el desarrollo de su imperio; pues mientras tanto ella nos hostilizará en todas las Antillas de su posesión. Allí, a un paso de Jamaica, está la primera y única república sudamericana que puede gloriarse de haber despedazado definitivamente al yugo colonial. Son 28.700 kilómetros cuadrados de la isla de Santo Domingo que por el tratado de Basilea cedió España a la nación francesa: son los negros indómitos que en plena época de Napoleón obligaron a su gobernador el general Rochambeau a capitular ante las huestes de Dessalines. Ellos consolidarán su libertad y alejarán en cierto modo el peligro de agresión de los déspotas de Europa si persistimos en nuestra rebelión, y más aún, si logramos la libertad y les ofrecemos así nuestra amistad y alianza. Allí gobierna Petión el magnánimo. A esta tierra he de acogerme, a este prócer he de pedir auxilio para una expedición a Venezuela, con ese hombre he de levantar la fe en los ánimos abatidos por la derrota y el infortunio”.

Tales debieron de ser los pensamientos del héroe. Y tenía razón, porque mientras tanto el presidente de Haití acogía a los emigrados y a los fugitivos de Cartagena y ordenaba a sus subalternos de Los Cayos vestirlos, albergarlos y alimentarlos; y los particulares les brindaban noble acogida.

La novedad se difunde. Llegado a la isla y esparcida la noticia por otras Antillas, refugio de venezolanos y granadinos, su nombre fue la bandera que reunió en torno suyo a muchos de los que andaban errantes y sin rumbo. En un momento se vieron en Los Cayos una multitud de hombres, ya de los fugitivos de Cartagena, ya de los arrojados de Venezuela a las Antillas, Mariño, Luis Aury, el corsario francés, José Antonio Anzoátegui, Pedro Briceño Méndez, Bartolomé Salom, José Gabriel Pérez, Carlos Soubllette, Francisco Antonio Zea, y gentes de toda clase que lograron huir de las catástrofes que los persiguieron desde el año de 1814.



GENERAL ALEJANDRO PETION

¡Qué bondad, qué humanidad, qué decisión por la libertad la de ese caudillo haitiano, el presidente Petión! Bolívar logró con él una entrevista que puso frente a frente a los dos grandes hombres, con carta de introducción del comerciante inglés Robert Sutherland. No fueron fallidas sus esperanzas. Todo lo que Petión podía suministrarle lo tuvo sin regateos ni segundas intenciones. ¿Segundas intenciones? Sí, una lo dominaba con extraordinario ardor: la libertad de los esclavos. Y después de todo, los dos próceres, negro el uno y esclavo en sus principios, blanco el otro de antiquísima cepa aristocrática, dueño de copiosa esclavitud, tenían sus pensamientos convergentes hacia un mismo fin. No es extraño que se entendieran y compenetraran al punto. "La única condición que pongo a S.E. es que tan pronto como pise el continente a consecuencia de mi ayuda, libre a mis hermanos de su condición social".

Petión fue otro apóstol de la libertad de la América.

"Razones que no debo confiar al papel", dice al General Marión, comandante de Los Cayos, "pero que tienden en gran medida a consolidar la república, me impulsan a invitarle a que ponga a disposición del general Bolívar 2.000 fusiles con sus bayonetas, de los que el señor Brion ha depositado en el arsenal de Los Cayos. Ponga usted también a sus órdenes la mayor cantidad de cartuchos y piedras de chispa que pueda. No conserve sino una pequeña cantidad, sobre todo, de cartuchos. Haga usted como que remite todo esto a la Grand'Anse, en una embarcación cuyo capitán y tripulación sean dignos de toda confianza. Una vez fuera del puerto, y de manera que no se note, la nave se pondrá al lado de la que el general Bolívar destinará a recibir los efectos y llevarlos a su posesión.

"Es indispensable que nada de eso trascienda y pongo mi confianza en las precauciones con que usted realizará la operación".

Esta orden escrita en papel oficial de la república y concebida en términos tan llenos de sinceridad previsoras para eludir consecuencias desagradables que por parte de Europa pudieran presentárseles, releva de más detalles para caracterizar todo el tesoro que la causa, por medio de Bolívar, había hallado en Haití mediante su excelente representante oficial.

¿Será que la república de Haití se hallaba en condiciones tales de prosperidad y seguridad que las medidas del gran Petión no afectaban en nada su defensa, su economía y estabilidad política? Lejos de ello, Haití en esos momentos era víctima de las disensiones intestinas que lo mantenían dividido en dos estados con el general Henri Christophe, con título de rey en el norte, y Petión que desde hacía seis años había reunido en sus manos como presidente, el oeste y el sur, que hasta entonces había formado un tercer estado bajo el general Rigaud: enemigos internos contra los cuales era preciso estar en guardia vigilante, que se hacían guerra a muerte como la que habían llevado a cabo para obtener la libertad. Vigilante y alerta tenía que mantenerse igualmente contra los enemigos exteriores; Luis XVIII no se mostraba resignado con la pérdida de la colonia y una señal suya podía provocar hasta una alianza que la aplastara. La guerra a sangre y fuego de la independencia y las intestinas que se sucedieron sin interrupción tenían al país en estado de huellas vivientes de una catástrofe material, sumido en pobreza desconsoladora y trastornado profundamente en su administración y su moral.

Sin un hondo sentimiento humanitario, sin una extraordinaria grandeza de alma, era imposible que Petión hubiera cedido tantas cosas como necesitaba para su seguridad. Eran un grande hombre frente a otro grande hombre, y los dos se comprendieron y se entendieron.

Está, pues, Bolívar en vísperas de realizar su nueva tentativa sobre la costa de Venezuela. Dinero, buques, piedras de chispa, plomo y demás elementos tiene ya como núcleo material. Núcleo espiritual es su personalidad. Ya vimos cómo su presencia congregó de los diversos puntos antillanos hombres deseosos de seguirlo en sus aventuras patrióticas. Parientes, amigos, antiguos subalternos y nuevos contingentes fueron dándose cita a su lado. Su nombre era voz poderosa de aliento y poderoso imán de atracción.

Entre los emigrados se hallaban figuras que representaron papel memorable en los antecedentes de la expedición. Estaba el canónigo J. Marimón, aquél que comisionado por el gobierno de Cundinamarca para zanjar las diferencias entre José María del

Castillo y Bolívar, resultó un intrigante que en vez de cumplir con lealtad esa misión vino a convertirse en instigador a favor de la facción cartagenera. Ahora representaba al gobierno de Nueva Granada con facultades de presidente. Estaba el corsario Luis Aury, quien había ayudado a la causa republicana con su escuadrilla de seis barcos unida a los buques del estado "Constitución" y "Republicano"; y había sacado de Cartagena a muchos de sus defensores. Los que conducía la goleta del estado, "Constitución", capitaneada por él, se quejaron después del trato despótico que les dio. Sólo con cuatro naves de las trece que conducía al huir de la ciudad heroica, pudo llegar a Haití. El resto fue pasto de las olas o fueron capturadas por los realistas o se dispersaron por Panamá, Jamaica, Providencia, Cuba, Santo Domingo. En cuanto a Aury, dice una de las víctimas, el general Bartolomé Salom, que "el trato personal y alimenticio era infernal, tal vez más fuerte del que hubiéramos recibido de los mismos enemigos".

Estaba allí también Brion, el benemérito judío de Curazao. Había conducido de Cartagena a la isla en la goleta de su propiedad "El Pardo", una gran cantidad de elementos de guerra que depositó en el arsenal de Los Cayos.

Decidido por la libertad, había puesto sus empeños en favor de ella desde el establecimiento de la junta caraqueña del 19 de abril de 1810, y no desdijo de sus amores ni durante la triste emigración de Caracas, ni durante el reciente sitio de Cartagena a donde condujo una gran cantidad de elementos de guerra que luego pudo retirar en su goleta. Se sentía tan irresistiblemente atraído por la personalidad del caudillo, que de ahora en adelante no pensó en otra cosa que en el triunfo de la libertad.

Otras figuras que se movían en Los Cayos eran Bermúdez y Montilla, que echaban a Bolívar la responsabilidad de la pérdida de la segunda república de Venezuela, enemigos suyos jurados; y Ducoudray Holstein, intrigante solapado y ambicioso. Al lado de estos y otros enemigos estaban muchos inmovibles amigos del Libertador.

Así que con facilidad puede reconstruirse el grave momento que vivía la causa de América en Haití en los meses de enero a marzo de 1816.

Las ambiciones, la mutua animosidad, daban origen a ruidosas discusiones, agresiones y desafíos: Montilla retó varias veces al Libertador, que en medio de las apremiantes preocupaciones de la organización de la expedición, se veía obligado a prestar atención a estas y otras impertinencias por el estilo. Mucho distaba el Libertador de encontrarse sobre un lecho de rosas.

Aury, comodoro del ya inexistente gobierno de Cartagena y víctima ahora de sanciones del gobierno de Haití, exigía de Marimón el reembolso de las sumas que había adelantado al gobierno de Cartagena en efectivo y servicios, y que avaluaba en 25.000 pesos; mas como Marimón carecía de medios para efectuar ese pago, le exigió que le cediese la goleta "Constitución", la mejor de las dos pertenecientes al estado. En junta con tres árbitros, uno de los cuales era Zea, se resolvió ceder a su demanda, y se mantuvo en secreto esa determinación.

Era preciso ya dar el toque final a la organización de la nueva empresa, infundirle el alma que conservase la cohesión, vale decir, darle un jefe.

El día 7 de febrero provocó Bolívar una reunión con ese fin, la que tuvo lugar en un arrabal de Los Cayos, en casa de la señora Juana Bouvil. Era desde luego patente que hasta allí nadie sino él era al mismo tiempo alma y nervio de la empresa. Con uno de sus persuasivos discursos abrió la sesión y expuso la importancia de un desembarco en Venezuela en el actual estado de dispersión en que se hallaba la expedición de Morillo; establecer un contacto con las guerrillas de los valientes que en tierra firme no se dejaron dominar del desaliento y siguieron la ardua lucha; la necesidad de nombrar un jefe provisorio que lo fuera mientras, pisando tierra venezolana, se designase en propiedad al que fuese más capaz para continuar la cruzada.

Toma la palabra Brion. No hay ninguno más señalado que el general Bolívar para jefe, y propongo que le demos nuestros sufragios. Lo apoya Zea, lo aclama la mayoría, disiente Aury: lo procedente es poner el mando en manos de un triunvirato o de una junta de más miembros. Y Bolívar: es absurdo que el mando, en nuestras circunstancias, se divida de este modo. Y



ALMIRANTE PEDRO LUIS BRION

Brion de nuevo: mi persona, todos mis barcos, toda mi fortuna y recursos, los pongo al servicio de la revolución; pero a condición de que Bolívar sea reconocido como jefe único; de otra manera no. Y en seguida él mismo procedió a tomar los sufragios. El primero en dar su asentimiento a la jefatura única en manos de Bolívar fue Mariño, el más caracterizado después del Libertador. Todos fueron dando su voto en el mismo sentido, excepto Bermúdez, los franceses Ducaylá y Collot y un venezolano de apellido García. (1)

No se crea, sin embargo, que este reconocimiento casi unánime zanjaba la cuestión de mando de la empresa. Entre los que dieron su asentimiento muchos guardaban bien secreto el miserable sentimiento de rivalidad, el deseo impuro de mandar en jefe, el encono ruin contra la superioridad que no podía negarse a voz descubierta; y el campamento era un semillero de murmuraciones y solapadas intenciones que tendían a desbaratar la organización quitándola de manos de Bolívar, aun recurriendo al asesinato, ya que de otro modo era imposible: varios atentados de Bermúdez execra Bolívar unos meses después.

Hierve Los Cayos al calor de pasiones inconfesables e intenciones francamente hostiles de muchos. Pero haciendo frente a las turbas se encuentra "el hombre de las dificultades", como se llamaba él a sí mismo.

(1) Consignamos, tomándola de la *Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar*, de Lecuna, una lista de la mayoría de los asistentes a la asamblea, agregando por nuestra parte los nombres de Ducaylá y Collot: Mariño, Bermúdez, Piar, Palacios (Florencio), Salom, McGrégor, Aury, Brion, Gabriel y Juan Antonio Piñeres, Zea, Soublette, Ucrós, Briceño Méndez, Ducoudray, Anzoátegui, Marimón, Pedro León Torres, Vélez, J. M. Flores, Juan Baza, Juan Muñoz, Justo Briceño, Encinoso, J. A. Lecuna, Demarquette, Piñango, Ambrosio Plaza, Teodoro Figueredo, J. G. Pérez, J. de D. Morales, Alcántara, Borrás, Segura, Tomás Hernández, Ribas, Hermoso, Pulido, Galindo, José María Landaeta, Miguel Martínez, Pedro Chipía, Guillermo Palacios, sobrino del general Bolívar, J. M. Monzón y otros.

Algunos de estos nombres siguieron brillando con otros en las tremendas luchas de que fue escenario la tierra americana, hasta la final acción de Ayacucho, así como en labores civiles importantes en la consolidación de nuestras nacionalidades.

No todas las críticas, sin embargo, procedían de intenciones aviesas: tanto en la isla de Haití como en Saint Thomas y otros lugares donde se hallaban refugiados, hombres de muy buen sentido y amigos jurados del héroe, calificaban de temeridad y locura esa expedición tan pobre hacia unas provincias tan ampliamente defendidas por la Corona, lo que imposibilitó la recluta de marinos y soldados que mandó hacer el Libertador. Sólo éste penetraba la debilidad del enemigo y mantenía y comunicaba en lo posible la confianza indispensable: el demonio de la chismografía, de la disociación y de la intriga nada pudo contra la obra del ángel de la unión y paladín de una de las contiendas más memorables de la historia. La armonía de los hombres pudo sostenerse, la subordinación a los jefes no sufrió falla, el entusiasmo por la causa siguió en progresiva y ascendente marcha presidido y guiado todo por el hombre de carácter y el patriota comunicativo que se encerraban en Bolívar.

Bolívar se negaba a reconocer a Aury como éste lo deseaba, es decir, con cargo de almirante, que equivalía a poner a Brion bajo sus órdenes. Aury descubrió en seguida lo que había dispuesto Marimón tocante a la goleta "Constitución", con lo que colérico el jefe de la expedición mandó comparecer a su presencia a Marimón y Zea y tras de reprocharles su proceder, hizo pedazos el documento de reconocimiento de las deudas y cesión de la goleta "Constitución". Aury fue excluido de la expedición.

Desde que por espías y otros medios se tuvo noticia en el continente del desembarco de Bolívar en Haití, y sus trabajos de organización, hubo gran revuelo en Morillo y sus tenientes. La imaginación de los realistas les agrandaba el peligro para la causa del rey, ya suficientemente agrandado por los exagerados datos de los recursos en hombres y elementos.

¿Y la expedición? ¿Contra quién va? ¿De qué elementos, de qué contingente humano consta? ¡Pero este hombre está loco...! ¡Hacer frente con tan escaso número de elementos a más de 10.000 veteranos venidos de ultramar, fuera de las numerosas fuerzas realistas compuestas de nativos aguerridos ya en la larga lucha, guiados por oficiales veteranos, valientes y resueltos! No pasan las fuerzas de la pomposa expedición contra tierra firme de 250 unidades de generales y oficiales sin soldados; sus trans-

portes marítimos, 6 goletas y una pobre balandra; fusiles, 4.000; plomo 15.000 libras; pólvora, igual cantidad; fuera de estos elementos de destrucción y muerte una imprenta, contrapeso de aquéllos en el camino de la civilización; comandante de la escuadra, Brion; jefe de estado mayor general, el general Mariño, con Ducoudray Holstein como segundo, que pronto separado del servicio de la república, fue sustituido por Carlos Soubllette; Bri-ceño Méndez actuaba de secretario del jefe supremo; y acompañaba la aventura como intendente el sabio granadino Francisco Antonio Zea.

Dos de los más grandes y valerosos Libertadores se vieron rechazados de la expedición: Mariano Montilla y José Francisco Bermúdez. Montilla, el que azuzó y llevó a cabo con Castillo los graves incidentes de Cartagena que tuvieron por resultado el destierro del Libertador, ahora en la desgracia no depuso su aborrecimiento, como hemos visto. Bermúdez aspiraba al mando en jefe del ejército, y como aquél, era igualmente un agente de disociación y discordia.

Irónica sonrisa inspiró a las fuerzas españolas del continente la atrevida empresa. Nadie sabía a qué puerto iban esos arriesgados, esos locos fanáticos a encontrar la muerte. Morillo, sin embargo, más inteligente que los demás, no tomó tan a broma la aventura. Desde su llegada al nuevo campo de glorias había calado hondo en la personalidad de Bolívar y comprendía de cuánto era capaz ese ejemplar humano al parecer desmedrado y débil. Desde Ocaña, donde tuvo las primeras noticias de la ocurrencia, dio órdenes eficaces para aumentar y disciplinar las fuerzas en Venezuela y para mantener alerta vigilancia en todo el litoral de las colonias. ¿Vendría el enemigo a Santa Marta o pretendería insurreccionar a Coro? ¿Recalaría en Carúpano? ¿Buscaría la vuelta de Güiría, de Cumaná, Barcelona, Ocumare de la Costa o Choróní? Este hombre es capaz de todo, el sólo es la revolución.

Margarita, entre tanto, la indómita Margarita a cuyo ardor y heroísmo sólo se ha encontrado parangón realista en la granadina Pasto; Margarita, sometida por Morillo en el primer desembarco efectuado por él en tierra americana, no pudo soportar la tiranía de los dominadores que le dejó el Pacificador, y pronto

se sublevó capitaneada por Arismendi. No era posible convenir con los vejámenes, exacciones y crímenes de Joaquín María Urreiztieta, sucesor del probo y tolerante don Antonio Herráiz.

Sin más armas que machetes y palos, esos hombres desesperados derrotaron, podemos decir, al gobierno realista, obligándolo a encerrarse con sus tropas en las fortalezas de Santa Rosa, Pampatar y Porlamar y en la línea fortificada de La Asunción.

En esta épica lucha el historiador no puede omitir mención de la joven y bella esposa de Arismendi, la delicada niña caraqueña Luisa Cáceres, la misma que, huyendo de Boves, se enroló en la memorable emigración y hubo de ser socorrida en los brazos y en la cabalgadura misma que montaba el Libertador. No hacía ahora mucho que había contraído matrimonio con Arismendi. Apresada por el brigadier Pardo, mantenía en rehenes por el fiero general, la heroína era excitada para que aconsejase a su marido, so pena de la vida, que desistiese de su actitud hostil. Y la ilustre mujer, que gestaba además el primer fruto de su amor, contestaba a la intimación aconsejando ardientemente a su esposo recrudecer el ataque. Habiendo dado a luz en la prisión, consulta Pardo ¿no será lo más conveniente matar a la madre junto con el nuevo monstruo? Para honra de la humanidad Moxó se contentó con ordenar que la madre fuera enviada presa a la Península. El "nuevo monstruo", como era natural, murió a poco de nacer; y el firme espíritu de la heroína siguió soportando las duras adversidades hasta que al fin pudo fugarse de la cárcel y regresar a la patria.

Los realistas habían puesto un cerco marino a la isla de Margarita. Insuficiente y todo, era bastante para vigilar contra la entrada de armamentos y de patriotas. Constaba de las goletas "Morillo", "Rita", "Ferrolana", "Rosa" y el bergantín "Intrepido", de catorce cañones.

Habíamos dejado al Libertador en Los Cayos, en la ardua tarea de organizar y de equipar la expedición y sortear la labor disolvente de Bermúdez, Montilla, Aury, Ducoudray, Mérida y otros.

La reconquista de Margarita, se dice el jefe supremo, no me es tarea difícil contando con nuestro arrojo y la preparación



LUISA CACERES DE ARISMENDI

que han realizado con inconsciente eficacia los realistas en el ánimo de los margariteños. De allí, al continente, donde nos esperan con brazos abiertos las numerosas guerrillas que día a día han ido alimentando los godos con sus procedimientos salvajes e inhumanos.

Entre los oficiales revoltosos, Montilla se había separado ya y partido para los Estados Unidos; Bermúdez no fue aceptado en la expedición y se le dejó en tierra de Haití.

Necesariamente, la concentración de toda la escuadra y el reclutamiento de marinos en las Antillas vecinas, obligó la detención en La Beata, que dio pie a los maldicientes de entonces y de ahora para atribuirla a aventuras amorosas del hombre que por el triunfo de su ideal sacrificaba hasta su propia vida.

¡Levar anclas! Entre el 20 y el 31 de marzo toda la flamante expedición se había deslizado desde San Luis y Acquin al fondeadero de La Beata. En la última de estas fechas toda ella tomó rumbo hacia el oriente. La goleta "Bolívar" ostentaba la insignia de nave capitana y llevaba a Bolívar y Brion. Iba la "Mariño" conduciendo al general de ese nombre, a Piar y McGrégor; la "Constitución", la "Piar", la "Brion", la "Feliz" y la "Cangrejo".

¡Hacia Margarita! fue la orden del jefe supremo, y el 31 de marzo, después de esperar en vano contingentes mandados reclutar en Saint Thomas y otras colonias, empresa que estuvo muy lejos del éxito por el recelo y desconfianza con que se miraba la *gran locura*, todos los barcos enfilaron al oriente encaminándose a la heroica Margarita.

Constituyen las Antillas mayores, Haití, Santo Domingo y Puerto Rico, con las de menos extensión Saint Thomas, Anegaca, Tórtola, Vírgenes, Sombrero, Anguila, Santa Cruz, Sabá y otras, una formación en línea recta desde cuyo extremo oriental comienza una amplia curva trazada por enorme cantidad de islas, isletas, cayos y morros que parece quisieran cerrar el paso a los navegantes de ultramar. Entre las mayores y más anteriores de la curva están la Guadalupe, la Dominica, la Martinica, Santa Lucía, Granada, y el remate de ellas está en Margarita, a la que preceden Los Testigos, Sola y Los Frailes, la más cercana.

Al amor de las corrientes y aun arrostrando la contrariedad de los vientos, los atrevidos argonautas siguieron la línea recta navegando a sotavento del primer grupo hasta la isla Saba, donde tomaron la curva, siempre con la precaución de seguir a sotavento, es decir, dejando las islas a la izquierda. El movimiento fue calculado para poder sorprender al enemigo desprevenido por donde menos se esperaba un ataque, como en efecto se logró. Tal fue entre otros episodios semejantes, la táctica que culminó en la batalla de Boyacá después del inesperado escalamiento de los Andes granadinos tres años después.

La extraña expedición de oficiales sin soldados iba así su camino confiada y jubilosa. ¿Para qué necesitaban equipo de soldados? En resumidas cuentas se trataba de pelear por la patria, y tanto puede disparar un fusil o prestar un servicio cualquiera un soldado valeroso como un subteniente, capitán, mayor, teniente coronel o coronel. ¿Viveres? A la altura de Santa Cruz embistieron una goleta española que venía del continente cargada de cacao. La sometieron, vendieron o cambiaron por abundantes víveres la carga, y de paso aumentaron su escuadra.

¡Hurra! Dos meses completos transcurridos desde la partida de la escuadra, cuando el dos de mayo se encontraban a la altura de Los Frailes.

Estos son buques de brujería, se dirían los atónitos realistas de la goleta "Intrépido" y el bergantín "Rita" a la inopinada aparición de los buques republicanos.

¡A ellos! fue la orden patriota y la "Bolívar" o comandanta, la "Mariño" y la "Júpiter" se precipitaron a darles caza. Tiros van, tiros vienen, más certeros y eficaces de acá, que a poco tiempo dejaron maltrecho al "Intrépido". ¡Al abordaje! Aquello fue algo indescriptible: sables, machetes, garrotes de los valientes expedicionarios se blandieron contra los no menos animosos enemigos que fueron obligados a ceder. El pabellón nacional sustituyó a la insignia española arriada inmediatamente del palo mayor. Cuarenta y dos muertos, entre ellos el capitán Rafael La Iglesia y treinta y un heridos costó a los españoles la jornada. Siete muertos costó a los patriotas y ocho heridos, entre ellos el almirante Brion.

Simultáneamente, nuestra goleta "Mariño" se batía con la "Rita", que se rindió a discreción al caer herido de muerte su capitán Mateo de Ocampo. Diez y seis bajas entre muertos y heridos sufrió el enemigo, al paso que los nuestros, sólo tuvieron dos heridos.

El pensamiento del Libertador quedó completamente victorioso. El combate con las dos unidades españolas tuvo el efecto buscado de difundir terror en el enemigo, que ignorando cuán miserable era la escuadra de Brion, levó anclas y se retiró a todo escape de Margarita hacia el continente.

No fue la inmediata acción de la libertad de los mares de Margarita el mejor resultado de la épica batalla de Los Frailes. Fue el aumento del ánimo en los patriotas desconfiados, nueva demostración a los realistas de la capacidad moral y material del jefe supremo, y en cierta medida desmoralización de los ánimos soberbios de aquéllos. En empresas de la magnitud de la guerra de independencia no valen tanto los resultados objetivos y materiales como la demostración de virtudes esenciales capaces de sobrellevar el peso de los acontecimientos hasta el lejano cumplimiento del heroico programa.

Gran refuerzo del heroísmo de los margariteños fue la presencia de Bolívar en sus aguas con las hazañas acabadas de ejecutarse por él, Brion y Mariño, con las presas que conducían y con el nombre de su jefe.

La escuadra estaba en Juangriego el 3 de mayo. ¿Y el enemigo? Razón debemos concederle en creer que la escuadra de Bolívar y Brion era realmente algo temible y formidable, y tan pronto como tuvieron noticia del suceso de Los Frailes levantaron anclas en derrota franca sus naves y no pararon hasta hallarse en seguro refugio en puertos de tierra firme.

El estallido jubiloso por una parte y la desmoralización de los sostenedores de Su Majestad Católica por otra, tuvieron eloquente manifestación. Mientras Bolívar y Arismendi se dirigían a Villa del Norte, cuartel general del jefe margariteño, el brigadier Juan Bautista Pardo evacuó la capital, La Asunción, y se trasladó a Pampatar. Mas el bravo español resistió a la intimidación de rendirse, y en pie quedó el foco de la resistencia.

Pero ya estamos en tierra patria. Ya es el caso de cumplir el requisito de revisar el nombramiento de jefe supremo, como se anunció en Haití, y la revisión hecha en junta numerosa y entusiasta confirmó todo lo hecho por la junta de Los Cayos.

Víctima Bolívar en muchas ocasiones de la discordia y desunión de los hombres, ese fantasma le obsesionaba hasta en los aciagos días de San Pedro Alejandrino, y le hizo decir en una proclama: "si formáis una masa sola del pueblo, si erigís un gobierno central, si os unís a nosotros, contad con la victoria". No obstante, en el seno de esos hombres proliferaba un semillero de discordias, de aspiraciones encontradas y desunión, que retardó lamentablemente su obra, como las tempestades que están latentes en el seno de la bonanza.

Otro jefe menos previsor que Bolívar se habría dejado ganar del entusiasmo que su presencia despertaba, para completar su breve éxito intentando caer sobre el cubil de los realistas en Pampatar y libertar la isla totalmente. La ocasión era para mostrar como lo hizo, su habitual serenidad, buen juicio y prudencia. ¿Qué será de mi escuadra, qué de mis compañeros si aventuramos aquí más acciones? La escuadra española vendrá sobre la nuestra convencida de nuestra debilidad, y no habrán menester esfuerzo para arrebatárnosla o destruirla. Los agueridos y numerosos combatientes que posee en el continente, atraídos por el ansia de acabar conmigo de una vez, pondrán breve fin a la homérica rebelión de Margarita y tumba casi ingloriosa a la expedición haitiana. Apresurémonos a desembarcar en la costa de Venezuela, a ponernos en contacto con los bravos que aquí y allí sostienen en alto la antorcha; a infundirles unidad de acción: así conseguiré lo que me falta, soldados, y descongestionaré de enemigos los llanos y demás regiones del país donde las bravas guerrillas se hallan oprimidas por el peso preponderante de los elementos realistas. Y eligió para desembarcar el sitio más oportuno del continente: allí entre las otras ventajas, era una cuña clavada entre Maturín y Cumaná.

Carúpano, no obstante su valerosa y eficiente guarnición y fuerte reforzados por el sentimiento arraigadamente realista en los habitantes, fue el sitio escogido para el desembarco con la expedición, aumentada ahora en unas 50 unidades; y salidos

de Juangriego el 25 de mayo con la adversidad de las corrientes, el 31 echaron anclas en la bahía.

¡Rendirse! intima Bolívar al comandante realista. Pero éste, valiente y leal, rechaza la intimación; mas aún bajo la terrible impresión de la sorpresa y el justificado error de apreciación de las fuerzas patriotas, abandonó el pueblo, se redujo al fuerte que lo defendía, y al fin tuvo que evacuarlo ante los fuegos de Mariño y Piar. Abandonado también el poblado de sus habitantes, poco habría sido el provecho inmediato de la acción en ese lugar desprovisto de provisiones para la tropa, si no fuera por la preciosa presa de dos barcos, la goleta "Fortuna" y el bergantín "Bello Indio" o "Indio Libre".

Y aquí comienza el cumplimiento de la palabra de honor dada a Petión, y de sus propios sentimientos, con el decreto de libertad de aquellos esclavos que tomasen las armas en defensa de la patria. "La justicia, la política y la patria" es más o menos el tenor de su decreto, reclaman imperiosamente los derechos de la naturaleza, y me hago garante de ello decretando la libertad de los esclavos que tomen armas en favor de la república. Los hombres robustos desde 14 hasta 60 años se alistarán en las filas dentro del término de 24 horas, quedando exentos de la obligación los ancianos, las mujeres y los niños. Pero el ciudadano que rehuse tomar las armas seguirá sujeto a la servidumbre, no sólo él, sino también sus hijos menores de 14 años, sus mujeres y sus padres ancianos". Con esta medida, además de cumplir el compromiso con su amigo y consigo mismo, lograba aumentar sus flacos contingentes, que era una premiosa necesidad de todo momento, y robustecer a los valientes que en el interior no cesaban un punto de combatir contra los españoles.

Dicho decreto fue el primer paso, digámoslo así, la acción preliminar, porque consolidadas las cosas republicanas en Carúpano y despachados Piar y Mariño a comisiones importantes tendientes a acrecentar las fuerzas y lograr contacto con Andrés Rojas, José Tadeo Monagas, Manuel Sedeño y otros que obraban en los llanos, decretó luego en Ocumare que ésta porción desgraciada de sus hermanos que ha gemido bajo las miserias y la esclavitud ya es libre. La naturaleza, la justicia y la

política piden la emancipación de los esclavos: de aquí en adelante sólo habrá en Venezuela una clase de hombres, todos serán libres.

“La guerra a muerte que nos han hecho nuestros enemigos, cesará por nuestra parte”, exclama en el mismo decreto, “Perdonaremos a los que se rindan aunque sean españoles”.

¿Qué otro documento sería necesario para acreditar su persistente empeño en anular esa medida y mostrar que ella no fue obra de sentimientos sanguinarios, como pretenden los escritores españoles y no pocos americanos? Varias veces había invitado ya al enemigo a abolirla, y no será esta la última en que lo tiene infructuosamente.

La intriga quería abrirse paso. Las quintas columnas trabajaban el desconocimiento del jefe supremo. La insidia se desbarató a instancias de Diego Bautista Urbaneja en una asamblea en la que, lo mismo que en Villa del Norte, se proclamó la jefatura suprema única del Libertador.

Con la ocupación de Carúpano, no es preciso comentarlo, quedaron expeditas las comunicaciones con el interior, y aisladas las guarniciones realistas de Maturín y Cumaná, que era mucho lograr. Podía además hacer reclutamientos y obra de penetración y ensanche de las operaciones una vez aumentado su ejército.

Como hemos dicho, el jefe supremo se dirigió a Ocumare de la Costa con su ejército ya aumentado a 800 unidades. La rapidez, la sorpresa, su nombre temido y respetado obraban estos milagros. Su cálculo bien conseguido le vino conduciendo de éxito en éxito desde Haití.

Hay escritores que dan en la flor de describir las acciones y movimientos guerreros de Bolívar como obra de impulsos ciegos. Es un error muy grave. Bolívar no obró nunca por ímpetus irracionales. Su genio le hacía ver con rapidez y juzgar de modo certero las situaciones futuras y su dinamismo no le permitía demorar la acción: el pensar y el ejecutar eran casi una misma cosa en su talento privilegiado y en su actitud inigualada. Incomprensible para el común de los hombres, salen al-

gunos de la dificultad aplicando al Libertador una especie de audacia e incapacidad de la que salía bien, sin embargo, por obra de la irracional fortuna. Es muy pobre expediente para explicar su genialidad que no le abandonó jamás ni aun en el ardor de la pelea.

Esta previsión extraordinaria fue lo que lo determinó entre las varias direcciones que podía dar a sus movimientos en esta ocasión, a preferir, dejando a sus tenientes en el dominio de las vías hacia la Guayana, un movimiento hacia occidente por la costa con el intento de cerrar a los realistas el paso por ella hacia el interior, producir el incendio en la periferia, con el fin de que se propagase por toda la costa de Venezuela y Nueva Granada, sofocar hasta la muerte el aliento de los defensores de Su Majestad Católica, penetrar él mismo en el corazón de Venezuela e irradiar desde allí su fuego a la Nueva Granada, Quito y Perú.

Tampoco esta vez le fue dado lograr la coronación del vasto y sabio plan, debido a la imprevista traición primero, y luego a la maldita pasión de los propios compañeros de fatigas y glorias, que adormecida y agazapada vigilaba detrás de la barrera de los pechos esperando una propicia coyuntura para abalanzarse rugiente y destructora.

No hay que olvidar en este punto el gusano destructor que pululaba en el corazón de las fuerzas patriotas, el francés Ducoudray Holstein, justamente despedido por el Libertador. Demonio tentador que fomentó las pasiones manifiestas de Bermúdez y Montilla, y las ocultas de Mariño y Piar. Como se ve, el castigo se ejecutó ya tarde, cuando la insidia e infidelidad habían derramado su veneno sutil. A este respecto dice Larrazábal que "se había hecho enemigo de Soublette, de Pedro León Torres, del teniente coronel José Antonio Anzoátegui, del mayor Fernando Galindo y tuvo gran parte en las exaltaciones de Bermúdez".

Seis de julio de 1816. La expedición, constante de 14 buques y 800 hombres, en Ocumare, como hemos dicho. El conato de resistencia fue débil y fugaz. Pronto los pocos enemigos con la batería que poseían dejaron el campo libre. Bolívar se proponía

abrir con su columna operaciones en forma e internarse en los valles de Aragua y Valencia. Por contraste desgraciado, Morales, despachado por Morillo desde Caracas, llegaba a Valencia, o lo que es lo mismo, enemigo al frente.

Suceso infausto. Bolívar despachó a Soubllette con el intento de invadir los valles de Aragua, y éste ocupó a Maracay; mas creyendo que Morales había conducido a Valencia un número preponderantemente mayor que el que realmente comandaba, 7.000 contra 570 hombres, abandonó la ventaja que le proporcionó la acción de Maracay; se retiró a Las Piedras y se situó en actitud defensiva contra las órdenes terminantes del jefe supremo, y determinó así el éxito desgraciado de la empresa.

¡No podemos permanecer inactivos en este puerto. Tenemos que cruzar el mar en busca de presas. Hay que descargar las armas y municiones en la playa. No podemos esperar más! Y los corsarios, que buscaban la satisfacción de su codicia ante todo y que hallaban una oportunidad en el éxodo iniciado por los realistas de Caracas hacia las Antillas, arrojaron en la playa todo el contenido de armas, municiones e imprenta que portaban; y se ausentaron a sus aventuras. Brion mismo había partido para Curazao en busca de víveres, que escaseaban y no podía suministrarlos Ocumare. Sólo quedaban en el puerto el "Indio Libre", apresado en Carúpano, y dos goletas mercantes. Bolívar creyó necesario demorar en Ocumare para poner orden en la situación creada por la actitud de los corsarios, y hubo además que distraer parte de la expedición en la custodia de este arsenal al aire libre. La jefatura de la comisión fue dada a Salom. Gran embarazo fue el incidente, y factor importante en el subsiguiente contraste.

¿Por qué se retiró Soubllette a Las Piedras después de la acción favorable de Maracay desestimando la orden superior de conservarse siempre a la ofensiva? Quizás fue obra de falsos espías el rumor que aumentaba de modo alarmante las tropas de Morales, y aquél temió ser cortado por la espalda, y quiso con su error salvar su tropa.

Al tener Bolívar conocimiento del movimiento, dio orden a Anzoátegui que estaba en Choroní, de correr en apoyo del coronel, y él mismo partió en su socorro.

Pero Anzoátegui no llegó a tiempo. Los independientes eran en su mayoría soldados reclutas. "La posición era muy buena", apunta el mismo Soubllette, "los que no eran buenos eran los defensores, sobre todo, pocos, y algunos oficiales muy malos". Los independientes fueron duramente castigados y no les quedó otro arbitrio que ceder y retirarse hacia Ocumare con la zozobra de perder el parque abandonado en la playa y de ser atacados por realistas procedentes de La Guaira y Puerto Cabello.

Afortunadamente Morales no pudo acelerar la marcha debido al cansancio de su gente, y a los insurgentes no les faltó tiempo para deliberar y tomar precauciones. ¿Qué hacer en las circunstancias tan contrarias y en el tiempo tan angustioso antes de que los realistas llegasen al pueblo?

Soubllette retrocedió al pueblo y para vigilar al enemigo e impedir que Morales lo flanquease colocándose entre él y el pueblo.

Los patriotas reunieron consejo de oficiales. Eran éstos Bartolomé Salom, José Antonio Anzoátegui, Justo Briceño, Francisco Vélez, Pedro León Torres, Miguel Borrás, José Antonio Raposo, Teodoro Figueredo, Francisco Alcántara, Gregor McGrégor y Francisco Antonio Zea. Bolívar insistía en marchar con ellos a Choroní por tierra para tomar las fuerzas que allí quedaban, internarse en los valles de Aragua y seguir a reunirse con las partidas independientes que pululaban en los llanos. Fue una noble discusión en que todos se opusieron a que el jefe supremo expusiera su vida de ese modo, "porque aunque nosotros nos perdiésemos", dijo Soubllette, "si S. E. se salva, no se perderá la esperanza de salvar la patria". Era el eco de Camilo Torres que resonaba en medio de ese pequeño grupo de hombres extraordinarios que lo instaban porfiadamente a embarcarse en el acto hacia Choroní mientras ellos iniciaban con sus 600 hombres la convenida marcha bajo la dirección de Mc Grégor.

No lograron los nobles oficiales que el Libertador les ofreciese cumplir sus deseos de que se embarcase. Todos sus preparativos eran para acompañarlos en la marcha terrestre que ordenaba. Y para vigilar personalmente el reembarque del parque y elementos de guerra esparcidos en el puerto se trasladó a él al caer la tarde.

En esto estaba cuando el edecán Isidro Alzuru llegó a la playa mostrando gran agitación: "Manda decir el coronel Soubllette que el enemigo ha flanqueado el pueblo, está entre él y el puerto y pronto estará aquí con su tropa para aniquilarnos y llevarse los elementos que andan aquí regados". Fue obra de la traición. Lo que Soubllette había mandado decir fue que no había novedad, que el enemigo estaba acampado en el bosque a corta distancia del pueblo y que sólo se esperaban órdenes del jefe supremo y la llegada del coronel Salom para emprender la acordada marcha a Choróní.

Indescriptible fue la escena que siguió. Cada cual no pensó en otra cosa que en ponerse a salvo en los tres barcos anclados en la bahía. Mujeres y niños gritaban y corrían de acá para allá con el fin de encontrar quien los transportara al bergantín. Cajas de elementos bélicos, cañones, la imprenta, efectos personales y equipaje, todo se veía en desorden y confusión desparrramado por la playa. Nadie pensaba sino en el peligro anunciado y en eludir la hecatombe más que probable que había de seguir al inminente arribo de Morales.

El Libertador, ante el peligro de muerte en que se hallaba bajo la cuchilla de los realistas, quiso que con rapidez se recogiera lo que todavía permitía el tiempo salvar, para embarcarse y partir con Villaret a Choróní a reunirse con sus compañeros que habían de marchar allí por tierra esa misma noche. Pero en un momento dado se halla con la sorpresa de que el francés, que no había querido recoger el parque en la goleta, "porque no confiaba en la tripulación", la había llenado de mujeres, en su mayoría haitianas de su amistad y protección, con sus respectivas proles, y no recibía más y estaba a punto de soltar amarras; que las goletas cargadas de elementos patriotas habían emprendido la fuga.

Abandonado y sin esperanzas de vida quedaba el grande hombre en la playa y estaba a punto de suicidarse, según él mismo lo dice, cuando llegó el francés Videau desde el bergantín, tomó al Libertador y lo condujo y salvó en la nave.

Las tres embarcaciones no se ausentaron en el acto, y a la mañana siguiente, 5 de julio, se ordenó enfilarse hacia Choróní;



GENERAL CARLOS SOUBLETTE

pero los dos mercantes, en vez de obedecer, tomaron rumbo de Bonaire. Eran claras sus intenciones de alzarse con los bienes de la república. Se trató de detenerlos a descargas del "Indio Libre", pero estas no les alcanzaban. Hubo que virar y seguir en pos de las naves fugitivas en vez de navegar a Choroní, según lo acordado con Soublette, Mc Grégor, Briceño Méndez y demás oficiales presentes en la junta de Ocumare, pues el caso era una repetición del de Bianchi en 1814 y había que salvar los restos de las propiedades de la república. Y así se consiguió, porque llegado el Libertador a dicha isla de Bonaire, obligó a los mercantes a devolver los fusiles y municiones o parte importante de ellos, de que se habían apropiado infamemente. En Bonaire se le unió Brion, puede decirse que casualmente.

Logrado lo que pudo en Bonaire, ya le fue posible, cambiando de nave, regresar para reunirse con sus tenientes en Choroní. Llegó el 20, pero ya era tarde. En primer lugar, el puerto estaba ocupado por los realistas; y luego la natural zozobra. ¿Qué ha sido de mis queridos compañeros a quienes ordené esperarme en este lugar? ¿Habrán perecido bajo la implacable cuchilla y salvaje crueldad de los realistas? De su ansiedad vino a sacarlo dos o tres días después en Chuao, un espía republicano. Le informó que se habían internado camino de los llanos.

Era la tercera vez que la causa se hallaba en manos de Bolívar igual que una lámpara moribunda. Era también una nueva ocasión para que se mostrase al mundo que nadie tenía más capacidad para conducir adelante, para llevar por el camino derecho de la realización el gran pensamiento americano de Francisco Miranda.

Todavía no se habían agotado las adversidades del momento. Como de costumbre, grandes le esperaban de la naturaleza y de los hombres.

No le quedaba otro arbitrio que trasladarse al oriente de Venezuela, a la clásica Margarita o a Güiría, en el continente. Lo primero era imposible si no quería caer en manos de la escuadra de Morillo, hacía ya meses libre de los menesteres del bloqueo de Cartagena. Su lucidez ordinaria le hizo presente que el lugar adecuado para su arribo a Venezuela era Güiría.

El Libertador volvió de Chuao a Bonaire con el fin de trasbordarse al "Indio Libre" con los elementos bélicos que portaba, y se dirigió a Güiria el 29 de julio. Tenía en su contra la navegación, vientos calmados o adversos, corrientes contrarias, los vigilantes barcos de la poderosa escuadra española, la escasez de provisiones, la negativa de todas las autoridades coloniales. Esto lo obligó a no seguir curso directo a su destino escogido, y así sorteando todos los inconvenientes demoró casi constantemente en el mar nada menos que 32 días desde el episodio del embarco en Ocumare.

Pero al dejar a Bonaire le acompañaba un angel de tinieblas: José Francisco Bermúdez había quedado en Haití, como se ha visto, cuando la expedición dejó el puerto de Jacmel, pues Bolívar no quiso darle de alta a causa de su carácter revoltoso y díscolo. Ansioso de colarse, se presentó en Ocumare el 7 de julio, de donde volvió a expulsarlo. Ahora se encuentra con que en la goleta de José María Rosales, que fue destinada por Brion a Güiria junto con el "Indio Libre", donde iba Bolívar, iba el disociador.

El "Indio Libre" y la goleta de Rosales no enfilaron directamente a Güiria. Era preciso evitar los peligros que significaba la estrecha vigilancia realista que a no ser por esa precaución habría capturado la preciosa presa que buscaba. Las necesidades, los accidentes imprevistos, los vientos y las corrientes adversas se atravesaron igualmente para hacer más penosa la odisea. Hasta las costas de Puerto Rico, la isla Tórtola y la Vieques, hubo de navegarse en este prudente recorrido para llegar por fin al punto de destino el 16 de agosto.

Bolívar había trasbordado los elementos salvados en Bonaire, en dos flecheras con ánimo de internarse por Maturín. El reciente fracaso sufrido en la derrota de Las Piedras y precipitado embarco para Bonaire, la secuela de la antigua rivalidad y división de la república entre Oriente y Occidente en las campañas de 1813 y 1814; la emulación envidiosa que surgió en Haití cuando se organizaba la expedición; el nido, en fin, de rencores y de ambición de mando formado en el corazón de muchos jefes y manifestado paladinamente o mantenido oculto, pero presto a mostrarse en la primera oportunidad, encontraron

un momento oportuno al desembarcar el Libertador en Güiria el 16 de agosto. Allí, en efecto, había puesto proa esperando en hallar a sus compañeros con la división de Ocumare.

Seis días después los agitadores francos o solapados tenían maduro su plan y propósito de desconocer su autoridad, y Güiria fue escenario de la asonada que casi cuesta la vida a Bolívar en manos de sus mismos beneficiados. ¡Viva Mariño! ¡Viva Bermúdez! ¡Abajo Bolívar! Tal gritaba el populacho sublevado por Mariño y Bermúdez. Una vez más queda desconocida su autoridad y afrentado y abatido. No hubo más salvación para él que embarcarse de nuevo. Mas ni eso querían que hiciese, pues las turbas aleccionadas se lanzaron a su paso en actitud de la más cruel y humillante amenaza, tanto, que tuvo que abrirse camino espada en mano; y pesaroso Bermúdez de ver que se escapaba inmune tiró también la suya, y hubiera efectuado un ataque parricida si no hubiese sido contenido por algunos más serenos que él.

Bolívar se embarcó cuarta vez desterrado del continente, y tercera por obra de sus conciudadanos, después de hacer entrega a Mariño de los elementos que había conducido. Esto ocurría el 22 de agosto de 1816.

CAPITULO XXIV

1816

LA ANABASIS Y SEGUNDA EXPEDICION DE HAITI

RESUMEN:

Inesperadas contingencias. — Bolívar navega de Bonaire a Güiria en busca de su división. — Su espíritu invisible dirigió la retirada de los 600. — Mc Grégor comanda la división en retirada. — Los expedicionarios derrotan a Quero en el valle de Onoto. — Rechazados en Chaguaramas.—Desbaratan a Quero en Quebrada Honda. —Incorporan a Monagas y Zaraza en San Diego de Cabrutica.—Victoria del Alacrán. — Batalla del Juncal. — Piar introduce el cisma en la división. — Se apodera de la jefatura. — Enemistado con Monagas, Zaraza, Infante y Melián. — Mal avenido con Mariño. — Después de la asonada de Güiria Bolívar resuelve volver a Haití. — Petión le acoge de nuevo con admiración y predilección. — Recluta de voluntarios. — Los auxilios de Petión. —Las palabras de Arismendi el día anterior a la asonada de Güiria. — Arismendi llama de Haití al Libertador. — Los expedicionarios mandan a Zea en su busca. — Los patriotas mejicanos tratan de ganárselo a su causa. — Se ve en peligro de perder sus reclutas. — Su elocuencia y atractivo personal los retienen y ganan a muchos de sus émulos. — Sale de Jacmel el 21 de diciembre. — En Juangriego el 28. — Su obsesión civilista. — Excita a los margariteños a la reunión de un congreso. — La emulación y ambiciones incubadas en el continente. — Mejora la opinión favorable a la independencia. — Los comienzos de Páez.— Su prestigio entre los llaneros. — Su solicitud por sus pueblos.— Páez en contacto con los emigrados granadinos. — Conato de cohesión con Santander a la cabeza. — Fracaso del intento.— Sus ventajas.

El Libertador se había encontrado después de la derrota de Las Piedras con inesperadas contingencias que a la manera

de una furia infernal le persiguieron hasta excitar en Güiria y más allá todavía de las costas y mares de Venezuela, las diabólicas pasiones de Mariño y Bermúdez.

Su persona se vio forzada a ausentarse del teatro de sus glorias y reveses. A Güiria se trasladó, como se ha visto, buscando ponerse a la cabeza de su división para ir en busca de los valientes que no habían podido ser sojuzgados por la superioridad numérica y la experiencia táctica ni el valor del enemigo. Pero en Ocumare había trazado con precisión el plan de retirada de la división y dado sus órdenes perentorias para los movimientos. Si su persona faltaba, no faltó ni un instante su espíritu. Esos valientes demostraron lo que vale la disciplina y la obediencia militar practicadas con ánimo resuelto y sin otras intenciones que cooperar en el triunfo de una causa justa.

En junta de oficiales nombraron el mismo día, con admirable sentido de prudencia y exacta apreciación de la realidad política interna del país, por jefe de la división a Mc Grégor, que, aunque extranjero y sin los méritos de ellos, era de más alta graduación y no despertaría celos ni provocaría rebeliones entre ellos ni entre los caudillos orientales en cuya busca e incorporación habían de salir, "al ver", dice O'Leary, "que voluntariamente se le habían sometido". Aun en este detalle se advierte cómo el espíritu de Bolívar dominaba la gesta de la independencia y se comunicaba espontáneamente a sus compañeros como un motor moral invisible y poderoso.

Siguiendo las instrucciones impartidas en Ocumare por el jefe supremo, el 16 de julio la columna de Mc Grégor se abrió paso por Choróní, donde la habíamos dejado, y derrotó el 18 en el valle de Onoto 100 hombres que comandaba Quero. Siguiendo la vía del Pao, se dirigió a los llanos pasando por San Mateo y La Victoria. Rechazados en Chaguaramas por Quero, a quien a su turno desbarataron en Quebrada Honda, no obstante su gran superioridad numérica. Ya hicieron la incorporación ordenada por Bolívar, uniéndose a la gente de Monagas y Zaraza en San Diego de Cabrutica. Ahora sí, con el aumento de la división y la unidad de acción es el momento de una victoria memorable.

El coronel Rafael López los ataca en El Alacrán y es humillado (6 de septiembre), "quedó el campo de éste", dice el bo-

letín, "cubierto con más de 500 cadáveres... Se tomaron 300 prisioneros, 250 fusiles, 50 carabinas, multitud de cargas, 4 cajas de guerra, 1 bandera, 1 clarín, 2 pitos, 1 cañón, todos los pertrechos, sus madrinas de caballos y porción de bestias ensilladas... Nuestra pérdida consistió en 4 muertos, entre ellos un alférez del escuadrón "Valeroso", y sobre 40 heridos, entre ellos 10 o 12 oficiales de diversos grados... Jamás se ha visto en acción alguna una intrepidez y ardor tan general. Soldados, oficiales, jefes, generales, todos estaban animados del mismo espíritu, y sería una injusticia citar alguno en particular".

Ya se había incorporado Piar y 22 días más tarde la división ataca a Morales en El Juncal. Piar a la izquierda, Monagas a la derecha, Mc. Grégor al frente. El realista desbarata la caballería de Piar, que se vio obligado a abandonar el campo y correr a Barcelona. Los veteranos de Mc. Grégor, estimulados por el ardor de su jefe, se precipitan a la bayoneta y secundada la acometida por Monagas, después de 6 horas de combate las dianas anuncian uno de los más grandes triunfos patriotas.

Mc Grégor ordena perseguir los restos de Morales en fuga hacia Clarines, pero en eso vuelve Piar. Aduñado del mando en jefe en virtud de su grado más alto, da contraorden e impide sacar todo el posible partido de la victoria.

Triunfo espléndido, pero ya no obraría en seguida el espíritu de unión y armonía que infundió Bolívar en la gloriosa expedición que desde Ocumare y Choróní había realizado la hazaña de atravesar tan vasta y difícil extensión de territorio a pie, en el mayor orden y concordia, en lucha casi siempre victoriosa con los realistas, superando las dificultades que presentaban sin interrupción las condiciones y accidentes topográficos de los lugares, allegando voluntarios, predicando con su ejemplar amor a la causa en todos los sitios y poblados por donde pasaban, infundiendo confianza en el éxito de la lucha patria ante la objetividad de la hazaña y levantando en los pueblos el prestigio del jefe supremo que con su hálito invisible los movía en esa hazaña homérica.

Atravesaron al sudeste primero hasta San Diego de Ca-brutica (750 kilómetros), y luego, realizada la incorporación

de las fuerzas de Sedeño, Zaraza y Monagas, hacia el norte, hasta El Juncal y Barcelona. No fue superior a ésta la hazaña de Jenofonte en el Asia menor con sus 10.000 persas en retirada, y es de lamentarse que no haya habido todavía un historiador que la reseñe con la especialidad que se merece.

Piar había dado principio a las maquinaciones de su ambición para subir en la escala del poder. El discoloro jefe se enemistó con el gallardo Mc Grégor, que se ausentó del país, privándolo así de sus importantes servicios. Su tarea perturbadora no quedaba satisfecha, y se enemistó con Monagas, a quien destituyó, con Zaraza, Infante y Melián. No se hallaba tampoco bien avenido con Mariño, no obstante la similitud de sus caracteres intrigantes y ambiciosos, o acaso por ello mismo.

He aquí, pues, una nube cargada de elementos de disociación e indisciplina que iba creciendo fatalmente sobre la cabeza del Libertador, que desterrado de nuevo no hacía más que pensar en allegar los medios para intentar una nueva invasión al continente.

La infame y vergonzosa asonada del 22 de agosto puso a Bolívar en predicamento de vacilar entre tres determinaciones. ¿Me dirigiré a Margarita donde gobierna mi amigo el heroico Arismendi? La escuadra española, que rondaba sus mares, podría tener el inmenso regocijo de una buena y fácil presa. ¿Buscaré el modo de unirme con los bravos de la división de Ocumare en el corazón de los llanos? Las armas y elementos con que pudiera efectuarlo las he entregado a Mariño para que continúe la defensa de la patria. ¿Haré una nueva tentativa de formar expedición en las Antillas para presentarme otra vez en las costas venezolanas, fuerte con mi prestigio propio y el que me aumente el poder de una división armada y equipada? ¿Qué partido tomar?

Bolívar, en la adversidad suprema en que se hallaba comprendió que el mejor partido era volver al refugio de Haití. Petión era la única fuente capaz de ofrecerle apoyo y ayuda efectiva. Su situación frente a Francia y las potencias de la Santa Alianza empeñadas en dar solidez al despotismo y al absolutismo de los reyes no era ciertamente muy segura sin

amigos ni aliados libres y fuertes, y el jefe supremo de la revolución de Venezuela comprendió que por tales razones y por su natural bondad ya en la ocasión anterior probada, no haría en vano una nueva apelación a su hospitalidad y recursos.

Así fue en efecto. Petión había cobrado una adhesión y simpatía especial por ese hombre en quien admiraba esas dotes que lo hacían señalarse de modo sobresaliente como digno y apto para conducir la lucha y triunfar; conocía cómo podía atraer su solo nombre cientos y miles de soldados adictos; había visto su habilidad para organizar una expedición; no le eran desconocidos los triunfos alcanzados en los años 1812, 1813 y 1814 contra enemigos muy superiores en número y recursos; había palpado en sus conversaciones y en las noticias de diarios y testigos cuánta era su ciencia teórica y práctica en el desempeño de la milicia, en el manejo de los hombres y en la gestión del gobierno civil; y su entereza y grandeza en la adversidad, y su energía en la acción, y su valor civil y militar, y aquella ausencia absoluta de egoísmo en el manejo de los bienes del Estado y de rencor por las ofensas recibidas.

Muestra elocuente de esta predilección por el Libertador se vio en la preferencia que hizo de él sobre el general español Javier Mina, que detestando el absolutismo de Fernando VII se había venido a América y formaba un ejército con el fin de acudir a la libertad de Méjico.

La falta de documentos relativos a esta segunda peregrinación de Bolívar por tierras de Haití se ha explicado por la absoluta reserva que las circunstancias y la seguridad de la república imponían al gobernante, ahora convertido en presidente vitalicio por el sufragio de sus gobernados.

Desde el 3 de septiembre es de nuevo Haití escenario donde sigue forjando Bolívar en su recio yunque la acerada armazón de una América nueva. Allí siguen acudiendo voluntarios, allí se ve saltar sin descanso la chispa cálida, encendida, que brota del choque de la voluntad indómita con la adversidad amenazante pero subyugada. Y bajo cuerda los auxilios de Petión, "el solo presidente que gobierna para el pueblo; porque el resto de los potentados, satisfechos de ser obedecidos, menosprecian

el amor, que hace la gloria de V.E.". No es, por tanto, extraño que haya sido "elevado a la dignidad perpetua por aclamación libre de sus ciudadanos, única fuente legítima de todo poder humano", como Bolívar le dice en carta de felicitación. He aquí otra afirmación de su agrado por la presidencia vitalicia como para templar los defectos de la democracia absoluta, madre de la demagogia, si no es ella misma la demagogia. Uno de los grandes temores de Bolívar es la demagogia.

Entre tanto, Piar pone en práctica una idea felicísima en sí misma: trasladar a Guayana la base de las operaciones militares, y allá va con el ejército que domina a fuerza de injusticias, sin tener en cuenta que esos 800 hombres con su dotación abundante de recursos, su caballería y piezas de campaña, eran necesarios por el momento para defender a Barcelona contra la arremetida realista que se veía venir, como le representó Freites con angustiosas instancias.

Es que Piar, inteligente, astuto y ambicioso, imaginó, y no sin razón, las ventajas de su retirada hacia el sur en tales circunstancias. Y como para propiciarse la opinión general arremetió en carta a Freites contra Bermúdez por la asonada de Güiría, igualmente que contra Mariño por no haberse opuesto al motín ni a sus efectos y haber colmado de honores al "criminal Bermúdez". Tardía condenación del atentado.

Todo conduce a pensar que Piar preparaba deliberadamente una situación de prestigio y posición tal que le asegurase la jefatura suprema de la guerra.

Pero su carácter lo que hacía era que se añorase entre los jefes y en las filas el mando del Libertador, si enérgico y disciplinario, cordial, humano y simpático. El resultado no se hizo esperar, porque casi toda su caballería desertó, y muchas unidades de infantería, y no pocos jefes se vieron en el caso de abandonarlo. Mas la chispa de la ambición que había de perderlo quedaba en su espíritu encendida y viva.

De tal manera, al llegar Bolívar al continente encontraría varios enemigos que afrontar. Por una parte las fuerzas españolas, victoriosas en Nueva Granada y Venezuela: por otra, tres generales que pretendían el mando supremo, que se habían

constituído en jefes supremos e independientes unos de otros, en sus respectivos patios: Mariño en el Oriente, Piar en la Guayana, y en los llanos, Páez, de quien luego hablaremos. La obra no era para llevarla a cabo un hombre adocenado.

¿Cuáles fueron los auxilios que consiguió Bolívar esta segunda vez en Haití? No es posible conocerlo en detalle. Basta saber que el héroe acudió a su amigo y fue generosamente asistido, y se colocó en condiciones de llevar a cabo la segunda expedición haitiana.

No había desfallecido su fe en la exactitud con que sus tenientes estaban cumpliendo las órdenes dadas en Ocumare para incorporar al núcleo sagrado de los expedicionarios originales las partidas flotantes y sin unidad que operaban en el centro de Venezuela. El día anterior a la asonada de Güiría había escrito a Arismendi: "Aquí me hallo disponiendo mi marcha hacia Maturín, con las fuerzas armadas y pertrechos que poseemos . . . Y estoy lleno de esperanzas lisonjeras, puesto que debemos hallar en los llanos un ejército compuesto de los generales Piar, Monagas, Rojas, Sedeño, Zaraza y Mc Grégor, que últimamente quedó mandando la que yo desembarqué en Ocumare y debe haberse reunido con Zaraza y Monagas. Dueños nosotros de los llanos, nos pondremos en comunicación con los 5.000 granadinos que manda el guerrillero Valdés en Barinas. Así engrosadas nuestras fuerzas podremos obrar sobre Cumaná y Guayana, y sucesivamente contra las otras provincias que ocupan los españoles".

Así discurría sin sospechar el trabajo subterráneo de los ambiciosos, volcán que estallaría al día siguiente, como se ha visto. Pero esas rencillas y elementos de disociación de la patria que hemos reseñado someramente, convencieron pronto a los buenos y a ellos mismos que sin su presencia no podía seguirse adelante sin el más ruidoso fracaso. Y Arismendi lo llama por medio de Francisco Oliveri, y los valientes de la retirada de Choróní reclaman su vuelta mediante comisión de su intendente, Francisco Antonio Zea: su apelación fue una síntesis brillante del papel que desempeñaba y desempeñó hasta el fin, pese a las acometidas de la emulación y la envidia: "Subsiste todavía un resto de buenos patriotas; la patria vive alimentada de una esperanza, pero le falta el hombre superior,

capaz de convertir esa esperanza en realidad. Llenos de esta idea los pueblos y el ejército han vuelto la vista al general Bolívar, la primera cabeza de la guerra”.

No había ni era posible alternativa. O Bolívar asumía el papel que le asignaba su estatura espiritual o se perdía sin remedio el fruto de tantos sacrificios, sangre y lágrimas.

¿Qué mejor estímulo para avivar sus esfuerzos en medio de los graves contratiempos que en este caso proporcionaban el general Javier Mina con su recluta en el lugar para el ejército de Méjico y otros secretamente acuciados por empresas de los Estados Unidos? Los conspiradores mejicanos se acercaron al Libertador con ofertas grandiosas: él sería nombrado general en jefe de la guerra, él tendría todos los recursos y preeminencias de la nación, y una vez triunfante en la lucha, sacaría del país todos los recursos en armas, hombres y dinero para terminar victoriosamente la independencia de su patria y de toda la América meridional.

El Libertador no podía desviar su línea de conducta largo tiempo meditada y trazada: pero los ilustres guerreros, en posición ventajosa por los auxilios que podían ostentar, atraían a los soldados que ya se habían alistado con él, y si no fuera por su palabra persuasiva y por el influjo irresistible de su persona, de la noche a la mañana hubiera encontrado que no contaba con un solo soldado para su expedición.

Los buques de Brion transportaron nuestros soldados. Atrás quedaba Villaret para conducir el material bélico; y el Libertador salió de Jacmel el 21 de diciembre, navegó esta vez con más felicidad y arribó a Juangriego a los 7 días, el 28 del mismo mes.

Bulle en su cabeza la idea que expresó hace poco en Haití, que expresará después en diversas ocasiones, como agua que colma el vaso de su conciencia y se derrama. “En vano las armas destruirán a los tiranos si no establecemos un orden político capaz de reparar los estragos de la revolución. El sistema militar es el de la fuerza, y la fuerza no es gobierno”. Y en la proclama que lanza a su llegada excita a los margariteños, los conjura a la reunión de un congreso que, aboliendo el sistema

militar necesario hasta allí por las circunstancias, establezca el imperio civil: "El primer acto de vuestras funciones será celebrado por la aceptación de mi renuncia".

Equivocaba al Libertador su ardiente celo. Mucho y escabroso era el trecho que debía recorrerse aún para llegar a tan deseado ideal. El año que ha de abrirse dentro de 4 días será pródigo en sucesos que no dejarán mentir al historiador desconfiado; será la época más azarosa para la disciplina militar; el teatro más ruidoso de la desobediencia a la autoridad constituida por el consentimiento expreso y la tácita voluntad de los pueblos; el más abigarrado mosaico de emulaciones malsanas y ridículas aspiraciones a supremacía militar y mando civil; será, en fin, el año que presenciara el escándalo de un conato de rebelión armada dentro del ejército que brega por un objeto superior a las mezquinas aspiraciones de los caudillos. Hechos tanto más de lamentarse cuanto que tenían como protagonistas los hombres más valientes, los más influyentes en la conducción de la guerra, con servicios de tal magnitud que no obstante sus errores lamentables sería injusto negarles un sitio de elección en el panteón de los héroes y benefactores de la patria que es América: Mariño, Zea, Bermúdez, Montilla, Piar, Páez, y según lo expresa el virtuoso Salom, la gran mayoría de los oficiales del jefe supremo.

Pero hay también que saludar este año 1817 colocado precisamente en la mitad de la gloriosa carrera militar de Bolívar, como el baluarte firmísimo en que se apoyó la causa de América, una vez que la energía, el talento y la resolución del jefe supremo hubieron desbaratado asechanzas y fundado la unidad de mando y jefatura.

Por otra parte, la opinión favorable a la independencia iba generalizándose cada vez más. Contribuían a este cambio, por modo ciertamente curioso, los mismos realistas llegados para *pacificar* el continente: las crueldades, exacciones, desprecio de todo orden contra los nativos, puestos en práctica por Morillo, Moxó y demás jefes españoles, encendieron los ánimos contra ellos y poco a poco abrieron los ojos de venezolanos y granadinos, que vieron con más lucidez cuál debía ser su verdadero partido.

Entre los caudillos que en adelante habían de dar que hacer al Libertador no hemos mencionado aún a José Antonio Páez, conocido con el bien merecido apodo de "León de Apure".

Ya en 1814 era sargento de caballería y cuando Tíscar ocupó a Barinas, entre los prisioneros del sanguinario español se encontraba Páez, que fue engrillado y puesto en capilla para ser fusilado. Un amigo español compró su vida a Puig, por 500 pesos. La transacción no incluía su libertad, y pronto fue de nuevo puesto en capilla cargado de grillos. La derrota de Araure el día 5 de diciembre de 1813 aterró de tal modo a los realistas, que abandonaron precipitadamente a Barinas sin preocuparse del preso que iba a ser sacrificado al día siguiente, salvando así una vida tan preciosa para la causa independiente.

Tal fue la iniciación de las hazañas increíbles de José Antonio Páez, que fueron dándole entre los llaneros un prestigio creciente, hasta convertirlo en caudillo indiscutible de los llanos de Apure.

Durante la ausencia del Libertador, Páez no cesó en sus hazañas extraordinarias, más asombrosas cada día, pero desgraciadamente ejerció también su caudillismo individualista a medida que iba haciéndose temer del enemigo y amar de los llaneros.

Y era que sus métodos y hábitos no podían menos que inspirar amor en sus subalternos y en los pueblos. Su gente estaba habituada a mirar en él al padre solícito que los trataba como amigos y compañeros, en vez de un jefe que los mantuviera sujetos a rígida disciplina: era lo que pedía el carácter llanero, era uno de los grandes secretos del ascendiente de Boves.

Cuando por causa de la aproximación del enemigo le era preciso abandonar la protección de un pueblo para atender a las necesidades de la pelea, era de ver la solicitud con que solía buscar previamente sitio más abrigado contra la saña realista y proveyéndose de cercos y casas, hatos y relativas comodidades domésticas y comunales y hasta los lugares de esparcimiento asequibles, emprender con el ganado, caballos y demás animales y bienes del pueblo y poblanos, la emigración hacia el lugar escogido y preparado, donde los establecía sin que tuvieran que

extrañar mucho del que dejaban presa muchas veces de las llamas para frustrar la saña y codicia del enemigo.

Desde la derrota de Nueva Granada bajo la cuchilla de Morillo, las semillas no ahogadas en el río de sangre en que se convirtió el noble país, volaron a encontrar suelo donde incubar y germinar en Casanare; y erradicadas de Casanare, en los llanos venezolanos. Aquí vivieron en contacto con Páez, Santander, que por primera vez pisaba tierra de Venezuela, Francisco Javier Yanes, Manuel Vargas, Serviez, el coronel granadino Francisco Serrano, Rafael Urdaneta, fuera de una numerosa y desastrada emigración.

Estos elementos quisieron en Guasualito establecer una cohesión estrecha entre todos esos emigrados y las partidas leales que recorrían la región. Se pretendió hacerlo con Santander como jefe supremo: generoso movimiento que obedecía a una imperiosa necesidad, pero fracasó el intento. Era a todas luces imposible realizarlo bajo la jefatura de Santander en una región donde reinaba con tan justo título Páez, a quien por cariño denominaban "El Taita".

Ello sirvió, no obstante, para la aproximación con los jefes granadinos en destierro, y para que se conociera si no una ansiada comandancia bajo un jefe único, la unidad de ideales que no esperaban sino la presencia de un hombre de la talla de Bolívar que extinguiere las pasiones egoístas, para ponerse en camino de realizarse.

Hemos dejado al Libertador en Margarita nuevamente libre de enemigos porque así lo habían conseguido sus hijos indómitos. En consecuencia de este hecho, ya Bolívar no alcanzó allí al general Arismendi, porque libre de cuidados en su propio domicilio, había encargado del gobierno de la isla al coronel Francisco Esteban Gómez y partido ocho días antes con una columna de 400 hombres en defensa de Barcelona, amenazada por los soldados del rey.

CAPITULO XXV

1817

AFIRMACION DE LA UNIDAD

RESUMEN:

Bolívar en Barcelona. — Noble carta a Mariño. — Cómo fue correspondida. — Dispone concentrar fuerzas en El Chaparro.— Necesidad de conservar a Barcelona. — Audacia de Bolívar. — Dispersión de los realistas. — Falso movimiento de Bolívar en dirección a Caracas. — La derrota de Clarines. — Pacto con Mariño. — Contrastes varios de los patriotas. — Fortificación de Barcelona. — La personalidad de José Francisco Bermúdez.— Asesinato de Bernardo Bermúdez y rasgo de Fernando VII. — Bermúdez marcha en ayuda de Bolívar. — “¡Retírese, que Bermúdez ha llegado!” — El retiro del brigadier Real. — Triunfo de Bolívar en Barcelona. — El regionalismo de los caudillos.— Parte Bolívar para el Orinoco a entrevistarse con Piar y conseguir medios de movilizar el parque. — Freites en la defensa de Barcelona. — Mariño francamente hostil, contraría las órdenes de Bolívar. — Rebelión armada en el ejército de Mariño. — Mariño parte para Cumaná. — ¡Asesinaron a Bolívar! — Angustiosos pedidos de Freites. — Sucumbe. — Infernales escenas en Barcelona. — Freites y Rivas ahorcados en Caracas. — ¡Adelante, cazadores! — Los inminentes peligros. — Conferencia de Bolívar con Piar. — Regresa al Orinoco. — Conoce la suerte de Barcelona. — En el Chaparro. — Vuelve al Orinoco con los disidentes de Mariño. — San Félix. — Morillo y La Torre habían buscado el camino de Guayana. — Piar ocupa las misiones del Caroní. — Después de rechazado en el asedio de Angostura, Piar enfrenta a La Torre en San Félix y triunfa brillantemente. — Bolívar inicia su marcha de regreso a Guayana desde el Chaparro. — Trabajos, mortificaciones, peligros en la marcha. — Llega por fin a El Juncal. — Aclamaciones y pruebas de lealtad. — El

carácter de Bolívar y el de Piar. — Fermento de despecho en Piar. — Cortés Madariaga. — Su actitud el 19 de abril de 1810.— Uno de los "ocho monstruos". — Escapa del presidio de Ceuta. — Bolívar le escribe desde Jamaica. — El congreso de Cariaco.— Los funcionarios nombrados. — En Pampatar. — Fracaso del congreso y del gobierno. — Desconocimiento de Piar. — Piar y el padre Blanco. — Táctica de Bolívar para calmar a Piar. — Asesinato de los capuchinos. — Labores para rendir las dos plazas de Guayana. — Casacoima. — Exaltación y profecía. — Combate de Pagayos. — Llega la escuadra de Brion. — Se rinden Angostura y Vieja Guayana. — La rebelión de Piar. — Pretextada enfermedad y pide pasaporte para el extranjero. — Intenta la guerra de castas. — Su fuga de Angostura. — Bolívar ordena prenderlo.— Se amalgama con Mariño. — Sedefío lo reduce y lo conduce a Guayana.

¡Barcelona, el último día del año 1816! Y aquí repetimos lo que consignan todos los historiadores: desde ese día Bolívar no salió más de la América continental. Quisiéramos también poder agregar que la entrada de 1817 señalaba el primer día de su alivio en el manejo de los jefes y oficiales patriotas y en los favores de la fortuna, blanda por fin y favorable.

Lejos andaban una y otra caricia de la suerte.

Desde ese momento se dedicó a distribuir los materiales que portaba, mientras llegaban los más numerosos que conducía Villaret de Haití, y se dirigió a los caudillos dispersos para efectuar en el Chaparro una concentración de todas las fuerzas diseminadas en la vasta extensión de Venezuela para poder hacer frente a las que los realistas necesariamente habían de presentar compactas y disciplinadas.

Bolívar contaba, en su carencia de hombres, con un elemento de valor incalculable: la audacia que multiplicaba su potencia admirablemente. Su audacia fue un factor tan grande como sus demás cualidades y recursos espirituales. Sin ella no habría triunfado con él la revolución.

Pero ¿cómo esperar que Páez, cómo pretender que Piar y Zaraza y Santander, que andaban allá por el Orinoco y el Apure, pudiesen acudir en el tiempo que pedían las circunstancias, a hacer frente a las numerosas tropas que los realistas podían desencadenar en cualquier momento sobre Barcelona, defendida sólo por relativamente exiguas tropas?

Mariño era el más cercano; mas la actitud de Mariño no había cambiado sustancialmente desde la campaña de 1814. No obstante, el caudillo, que en toda ocasión dejó de tener en cuenta agravios personales para interesarse sólo por los elevados motivos de la libertad; Bolívar, decimos, que debía tener fresco el amargo recuerdo de Güiría y las maniobras del jefe oriental, tanto más pecaminosas e infames cuanto más a trasmano las ejecutó, no sólo las disimuló en carta que le escribió desde Villa del Norte, sino que colmó de elogios a su "querido compañero y amigo". "General", le dice, "yo soy el mejor amigo de usted. Desgraciadamente los de usted no lo son míos. De aquí nacen las alteraciones que hemos sufrido y que yo espero no volvamos a sufrir... Usted posee todo lo que conviene para la felicidad del país y a su propio honor; en busca de otro mayor no pierda usted el que tantos sacrificios le ha costado... En fin, compañero, reciba usted esta carta con indulgencia y véala como la expresión más ingenua de la amistad más franca... Espero que usted me escriba a Barcelona, para donde parto mañana, y también espero que usted se ponga en comunicación conmigo, a fin de que podamos obrar de acuerdo, bien separados, bien reunidos; pues de otro modo ni usted podrá tener a Cumaná ni yo defender a Barcelona".

¿Correspondió Mariño a estos nobilísimos, francos sentimientos del Libertador? Desde luego ¡qué distinto el tono y sentimientos de su respuesta! Y este no fue más que el comienzo de su conducta. Después hemos de ver en pleno cómo correspondió al patriotismo del héroe.

Después de ocho días de intenso trabajo e inteligente organización de la campaña, y atento a que podía ser aplastado fácilmente si permanecía en la inacción, movió con Arismendi sus 700 hombres en una simulada expedición sobre Caracas. Los españoles estaban escarmentados ya suficientemente con los métodos de Bolívar para dar fe a su proclama a los habitantes de Caracas, fechada falsamente en el Tuy. El objeto de éste no era sino mantenerlos en una alarma y división de fuerzas que les impidiera caer sobre Barcelona que se debía custodiar y tratar de conservar a todo trance como que su caída importaba entre desventajas que no se necesita ponderar, la de la pérdida del resto de los elementos traídos por el Libertador

en la "Diana" y la incautación de los más numerosos que estaban a punto de llegar con Villaret, por todo más de 4.000 fusiles, más de 20.000 cartuchos y buena cantidad de plomo y pólvora.

Los realistas, por su parte, estaban diseminados, dispersos, confiados; Caracas no estaba defendida con suficientes fuerzas y Bolívar creía con sobra de fundamento que en la necesidad de ponerla bajo segura custodia como objetivo militar y político de primera clase, todo otro impulso se abandonaría o sería seguido con débil empeño. Salió, pues, de Barcelona el día 8 de enero con Arismendi. Conducían con los 700 infantes una pieza de campaña.

Pero la fatalidad les salió al paso a la orilla izquierda del río Unare, sobre el pueblo de Clarines. Bien parapetado y bien defendido por accidentes naturales se hallaba allí el realista. El plan del combate no pudo cumplirse. El enemigo estaba oculto en el bosque con sus 550 hombres. La derrota del Libertador fue total y sangrienta, no obstante los esfuerzos inauditos de ambos conductores: que personalmente el Libertador condujo una carga a la bayoneta. Doscientos hombres fue la pérdida total de la adversa jornada, que sólo costó al enemigo 45 bajas.

Adiós la esperanza de formar por su parte un ejército que en cualquiera eventualidad pudiese hacer frente al enemigo que veía venir, mientras los caudillos republicanos andaban disgregados en el vasto territorio del país.

Un grito supremo de angustia: el enemigo concentra sus efectivos mientras nosotros andamos independientes unos de otros: unámonos si queremos patria libre. Tal era el tenor de la prédica con que, al regresar vencido a Barcelona, despachó a Arismendi ante los caudillos distantes.

Igualmente envió a Soubllette ante Mariño que se había estacionado en la Cantaura empeñado en arrancar a Cumaná de manos del adversario, con proposiciones que aguijaban su egoísmo y eran eficaces para vencer su resistencia a la cooperación: haré reconocer a S.E. como jefe supremo de todas las fuerzas de la república. Este fue el resorte eficaz para con él.

¡Retírese que Bermúdez ha llegado! Suelen los hombres en un momento lavar las faltas cometidas, con un solo rasgo de grandeza que los absuelve y los levanta. Tal es el comportamiento material y moralmente épico de José Francisco Bermúdez.

En la suprema necesidad del Libertador de conservar a Barcelona para tener un puerto por donde comunicarse con el exterior, construyó una ciudadela en la ciudad hacia el noroeste, distante unos 300 metros del río Neverí. Su punto extremo era el convento de los franciscanos, al que fortificó y se le dio el pomposo nombre de Casa Fuerte. Personalmente dirigió la obra. Así se preparaba para dar lugar a la llegada de los refuerzos esperados que no llegaban. Hay que convenir en que los reveses se multiplicaban por todas partes: en San Fernando, y en San Jaime y en Guayabal los tenientes de Páez tuvieron varios contrastes. Piar fue rechazado en Angostura; Mariño, derrotado en su empeño sobre Cumaná. La situación general era de bastante desventaja, a lo que se agregaba que la derrota de Clarines había envalentonado a las tribus caribes, servidoras del rey: pero esta desventaja era suplida con creces por el ardor y constancia de los diversos jefes patriotas y por la presencia del hombre para quien situación semejante era su elemento propio.

Por fortuna para los patriotas los realistas tampoco estaban, a pesar de todo, en condiciones muy ventajosas de organización y concentración para hacer una acometida vigorosa que habría dado el golpe de gracia al Libertador. Sólo después de Clarines comenzaron a despertar del sueño de su excesiva confianza en la inferioridad de los insurgentes.

Después de muchas vacilaciones y demoras una columna española de más de 3.700 hombres, comandados por el brigadier Pascual Real, se presenta en Barcelona en la mañana del 8 de febrero. ¡Un mes justo de la derrota de Clarines! El Libertador está solo a la defensiva con sus magras fuerzas en el recinto de las fortificaciones, y a pesar de las excelentes disposiciones tomadas quizás habría tenido que ceder al peso de la superioridad y de la ofensiva enemiga. Resistió durante la mayor parte del día con denuedo y talento. Real hubo de desocupar la ciudad y retirarse a las afueras, pues tuvo noticia de que Mariño se acercaba con su ejército.

El primero en presentarse fue Bermúdez con su columna. ¿Bermúdez en auxilio de Bolívar a quien profesaba jurada enemiga?

Bermúdez era hombre rudo de violentas pasiones, de crueldad inaudita, de valor increíble. Acaso sus pasiones naturales fueron llevadas al exceso por la tragedia de que los realistas hicieron víctima a su hermano Bernardo, que herido en una cama del hospital de Yaguaraparo en 1813, fue vilmente asesinado por orden de Zervéris, como referimos en el Capítulo XI. No sería extraño que ese resentimiento acibarase de tal modo el espíritu del héroe, que influyese decisivamente en su conducta determinando las acciones que le reprueba la historia. Hemos tenido ocasión de referirnos a él en los incidentes de Haití, donde fue excluido por Bolívar de la expedición, y los de Güiría, donde a punto estuvo de acometer contra el Libertador, espada en mano.

Da una idea cabal de su carácter audaz, rayano en lo jactancioso, el siguiente episodio. Sometida Margarita a Morillo en 1815, Bermúdez fue uno de los que se resistieron a rendirse y optó por escaparse de la isla. ¿Cómo hacerlo? El bloqueo era perfecto y quien lo intentase se exponía a muerte segura. ¡No importa! se dijo, juro que escaparé vivo. Apoderado de una flechera se embarcó resueltamente en ella. ¿Quién es ese hombre? ¿Es un loco? Tal se preguntaban los atónitos marinos españoles. Y él: “ábranme paso ¡carajo! soy el general Bermúdez”. Y lo dejaron pasar inmune. No puede darse más arrogancia, valor y temeridad. De ser cierta la anécdota sólo nos la explicamos porque los ignorantes marinos no pudieron creer sino que era uno de los suyos, al oír intimación tan perentoria.

Cuando Mariño, ya dispuesto a unirse al Libertador en la presente ocasión para comandar en jefe el ejército unido, dio orden a Bermúdez de avanzar en su ayuda con la vanguardia, la primera reacción de éste fue de rencor y venganza: se resistía a partir. Entonces Mariño, son palabras de Larrazábal, le increpó: “no te conozco. ¿Conque abandonarás a Bolívar en el peligro y consentiremos que sobre él triunfen los godos? Y ¿perecerán también Arismendi y Freites y los demás amigos y compatriotas que con él están? Eso no puede ser”.



GENERAL EN JEFE JOSE FRANCISCO BERMUDEZ

“Mi general”, contestó Bermúdez resueltamente y con una expresión de sinceridad indefinible, “estoy en marcha”.

¡Más vigorosa era en Bermúdez a pesar de las apariencias, su decisión por la libertad, su hermandad en la patria con el Libertador que su inquina, su ambición y su venganza!

Al llegar cerca de Barcelona el ejército de Mariño, con Bermúdez a vanguardia, éste, con su característica arrogancia mandó al brigadier Real un mensaje: “Retírese, que ha llegado el general Bermúdez”. ¡Y Real se retiró hasta Clarines, y tuvo que sufrir luego la destitución y un proceso por no haber podido apresarse al Libertador!

El primero que entró a Barcelona fué José Francisco Bermúdez, y Bolívar se apresuró a saludarlo. Lo encontró en el puente del río Neverí. Allí se abrazaron con profunda emoción y Bolívar lo saludó como “el libertador del Libertador”. ¡Viva la América libre! Fue como Bermúdez pudo manifestar la suya. Desde entonces la peligrosa enemiga entre ellos cesó; aquél reconoció la autoridad de éste y fue hasta el final su adicto teniente y sincero amigo.

El enemigo estaba vencido, pero no destruído. No podía estarlo conservando su flota, su libertad de movimientos hacia el occidente, la ciudad de Cumaná y algunos pueblos de indios valerosos y decididos. Bolívar, no obstante, se propuso sacar de la victoria, según sus métodos geniales, todo posible partido. Lo desalojó de El Morro, después de ocasionarle importantes bajas, y dejando libre la boca del Neverí, pudo recibir con seguridad los elementos bélicos que esperaba: esta era la finalidad de expulsar a los realistas de Barcelona, pues posesionados ellos de la ciudad hubieran sido pasto de sus garras, y la república se habría visto desprovista de los medios de sostenerse, progresar y triunfar.

La llegada oportuna de Mariño dio, como se ha visto, el golpe de gracia al ataque del brigadier Real en la ciudad, y decidió su retirada a Clarines. El precio de la ayuda a Bolívar fue religiosamente pagado: fue investido por el jefe supremo del mando superior del ejército.

Pero ¿por qué ese hombre valeroso, de hoja de servicios tan meritoria, no era capaz de sobreponerse a su egoísmo, a su

enfermiza emulación y deseo de mando absoluto? Por su parte el Libertador antes que comprometer el éxito de la libertad, aun conociendo de sobra el carácter de Mariño, que tantos y tan trágicos momentos le había ocasionado, siendo el último de ellos la asonada de Güiría que fomentó y preparó; aun penetrado íntimamente del peligro de separar el mando civil del militar en las precarias circunstancias de la cosa pública, no tuvo más vacilaciones para llamarlo a su lado y para cederle una gran parte de la autoridad que le correspondía por el consentimiento de todos y por sus capacidades sobresalientes; y aquél guiado por sus ideas y propósitos entorpeció los fines patrióticos de éste.

Ya se ha recibido sin novedad el esperado parque. La posesión de Barcelona es ya imposible por los recursos de los españoles y la escasez patriota. Lo que ahora importa es trasladar las tropas a una base poderosa por las facilidades para maniobrar, los recursos para subsistir, los medios para salir al mar y los elementos con que negociar con el extranjero. Ya Piar dio el ejemplo: conducir la guerra a la Guayana.

¡El regionalismo! Esto sólo podía tachar de malo semejante experiencia. El regionalismo era otro de los factores adversos a la concentración y unidad de acción. El regionalismo de los orientales se oponía a abandonar a Barcelona como lo propuso el jefe supremo. Pretendían que Barcelona, rodeada de enemigos, contigua a Cumaná ante cuya entrada había fracasado Mariño, debía defenderse y no abandonarse como lo opinaba y pedía el Libertador, quien se vio forzado a ceder a la presión de las autoridades del lugar y de los orientales, en la funesta división de las funciones de mando civil y supremo comando militar. Y el general Pedro María Freites quedó encargado de su defensa, mientras el Libertador con 15 oficiales partía para Guayana. Más tarde había de saber el doloroso desastre de la aventura de esa ciudad convertida por el vencedor en la más horrorosa hecatombe. Toda la población fue degollada, cuantos cayeron en la Casa Fuerte o convento de los franciscanos, soldados o refugiados, niños, mujeres y ancianos, fueron vilmente asesinados. Aldama, el vencedor, dio orden de que se privase de la vida a los enfermos del hospital; la ciudad fue convertida en sangriento lago. El sagrario de la iglesia

fue salpicado de sangre de las víctimas asesinadas. Freitas, el jefe militar, y el gobernador Francisco Esteban Rivas, gravemente herido el primero, fueron remitidos a Caracas y ahorcados por el feroz Moxó. Más de 1.000 víctimas, 1.000 fusiles, 20 cañones, fue el resultado de la aventura de Barcelona, a la que Mariño habría podido prestar ayuda quizás decisiva. Urdaneta le pedía con urgente instancia que acudiese a los llamados angustiosos de Freitas, pero ocupado en su actitud y preparativos de sedición, dejó pasar la oportunidad de hacerlo; porque cuando Urdaneta logró por fin la venia de marcha en auxilio del mártir con su división y 200 hombres de caballería de Monagas, ya el destino de Barcelona estaba consumado.

El jefe supremo había ordenado la reunión de todas las fuerzas militares, debiendo el jefe del ejército, Mariño, marchar al sur para realizar la deseada concentración. Vana intimación del Libertador. Mariño resolvió seguir su propio designio, regresar a la provincia de Cumaná y obrar por su cuenta. Soublette, Valdés, Armario, Bermúdez, Urdaneta, adversaban sus medidas. La desunión y anarquía fue tal que momento hubo en que las divisiones de Bermúdez, Valdés y Armario tomaron las armas para desobedecer una medida de Mariño. Y tan agrio era el fermento que habiéndose extendido el rumor de que Bolívar había sido asesinado al paso por Quiamare en su marcha hacia Guayana, Justo Briceño y Mateo Salcedo quisieron ultimar al comandante Rafael Jugo, favorito del general en jefe, acusando a los dos de haber preparado la traidora emboscada. La oportuna llegada de auténticas noticias sobre el Libertador evitó una nueva mancha en las páginas de la historia de la independencia.

Mientras tanto había ocurrido el hecho que dio pie a la falsa y alarmante noticia.

Bolívar en la marcha emprendida hacia Guayana el 25 de marzo, a todas luces arriesgada y temeraria, no hizo caso de avisos oportunos que le dieron sobre la existencia de una guerrilla en las cercanías del pueblo de Quiamare, y se contentó con armar a los oficiales que lo acompañaban con las armas de sus ordenanzas para cualquier eventualidad.

En efecto, se le había tendido una emboscada en una reuuelta del camino. Al advertirla el coronel Parejo dio la voz de alarma, echó pie a tierra y disparó contra el enemigo. El Libertador desmontó igualmente, y sin intimidarse por la situación tan desigual en que había caído, la dominó con uno de sus geniales ardidés; porque para atemorizar a los contrarios se le ocurrió enseguida darle la idea de un séquito numeroso y comenzó a dar voces de mando: "¡Adelante, cazadores, a derecha e izquierda!" Lógica fue la falsa impresión de los guerrilleros y lógica la apresurada fuga que emprendieron para huir de un supuesto aplastamiento. Dos bajas sufrió la escolta: el coronel José María Carreño y el ordenanza del coronel Parejo, heridos. Este último, que de resultas del accidente no podía seguir y estaba escondido en una casa en San Mateo, fue ultimado al descubrirsele después por el jefe de la partida.

No fue éste el único peligro que corrió el jefe supremo de perder la vida en esta jornada; que Aldama, avisado previamente del proyectado viaje, determinó enviar una partida de caballería para capturarlo. El numen de América, Dios, dicho en términos cristianos, no permitió que el feroz realista consiguiera a tiempo las caballerías, logrando así el Libertador frustrarle el gocejo supremo de verle colgado de la horca.

Atravesó con igual intrepidez la tierra de áridas, escuetas llanuras unas veces, riachos, ríos, matorrales, selvas, y partidas realistas y peligros inminentes, y llegó al fin de 9 días. Los incansables viajeros pudieron saludar el majestuoso Orinoco en el puerto de La Cruz.

Para dar idea de los peligros que acechaban ahora, como siempre, al jefe supremo, hemos de apuntar que en la curiara obtenida pasaron de dos en dos él y sus ayudantes del puerto de La Cruz sobre la izquierda del Orinoco, al del Jovito en la derecha. Esta operación la hicieron de noche para no ser sorprendidos por los realistas; y una vez transportados todos, la curiara fue apresada por el enemigo.

A buen seguro que por la ambiciosa mente de Piar hubo de pasar el fantasma del prestigio preponderante de Bolívar en Guayana, el puesto de subalterno que con la llegada del jefe supremo tenía que asumir en el ejército con la consiguiente

pérdida de sus deseos morbosos de dominio absoluto de la rica y promisoría región, de su jefatura omnimoda de las fuerzas y de la revolución. Esos jefes que estaban a su lado, antiguos compañeros, casi camaradas del jefe supremo, acostumbrados a su trato cordial, a sus suaves modos, a su caballerosidad sin límites y a su solicitud por el subalterno ¿habrían de seguir soportando sus maneras violentas, despóticas, inconsideradas, al acercarse "el hombre de la revolución", según la expresión de Morillo? Harto comprendía el resultado de su aproximación si estando aquél a leguas de distancia había experimentado ya las desertiones de tropas desesperadas o de oficiales que prefirieron hacer el largo, penoso y peligroso recorrido para unírsele y librarse así del yugo del vencedor de San Félix.

Bolívar conferenció con Piar. Piar estaba establecido en las misiones del Caroní y bregaba brillantemente contra La Torre, quien de la Nueva Granada sojuzgada y oprimida había pasado a Venezuela con el intento de acabar con los restos patriotas. Bolívar le pidió las bestias que necesitaba para transportar el parque encerrado en la Casa Fuerte de Barcelona. ¡Cuál sería su consternación y dolor al saber, ya de regreso, cerca del Pao, el 15 de abril, la tremenda catástrofe de Barcelona, la pérdida del parque, mil fusiles y 20 cañones, obtenido a costa de tantos desvelos y sacrificios, las desavenencias y anarquía en el ejército de Mariño y la desobediencia criminal del jefe oriental! ¡Un nuevo golpe capaz de sembrar invencible desaliento en cualquiera!

Y este Sísifo redivivo no se arredró ante el cansancio de sus espaldas y continuó levantando la enorme roca para verla deslizarse luego al punto una vez y otra vez hasta la sima profunda, de donde había de extraerla con redoblado brío, y con la segura confianza de que un día tenía que llegar cuando, convertida en la radiante estrella de la libertad, había de suspenderla para siempre en el ancho cielo del mundo colombino.

Y continuó su camino para el norte hasta encontrar cerca del Chaparro, sitio destinado para la fracasada concentración, las reliquias de las divisiones de Bermúdez, Armario y Zaraza, menguadas lamentablemente como fruto de la desertión y des-gobierno. Eran ya en conjunto sólo 700 hombres.

Desandar de nuevo el camino hacia el Orinoco. No todo había de ser noticias alarmantes. En San Diego de Cabrutica tuvo conocimiento del brillante triunfo de Piar en San Félix.

Como hemos dicho, La Torre y su jefe supremo Morillo no tenían ya atenciones en Nueva Granada. Habían buscado en seguida por el camino de Casanare las vías de Venezuela, invadiendo los territorios más ricos en donde están el Orinoco y sus afluentes, opulentos en ganados y bestias de carga, fértiles en frutos y abastecimiento. Singularmente florecientes eran las regiones del río Caroní, donde los frailes misioneros catalanes habían reducido a los indios a la vida civilizada y a la disciplina del trabajo y vida cristiana, en 30 pueblos.

Inteligentemente, aunque incluyendo miras de seducción, engrandecimiento y ambición personal, Piar había puesto los ojos en estas misiones y ocupádaslas militarmente.

Las misiones eran los establecimientos fundados por esos frailes. Al ingresar a estas tierras indígenas para adoctrinarlas y civilizarlas, comprendieron que su tarea había de ser íntegramente humana. El indio, salvaje hasta entonces, sin trato alguno con la civilización, necesitaba ser redimido de ese estado, elevar, como hoy se dice, su nivel de vida; aprender a librarse del hambre, de las plagas y enfermedades hasta donde fuera posible; conocer y gozar de la vida de relación entre los hombres; las artes que contribuyen a hacerla más cómoda; gozar, en una palabra, en su apartamiento de las ciudades opulentas, de los beneficios de la civilización. Con este fin fundaron esos hombres heroicos pueblos en diversas regiones del territorio como asentos para los naturales, donde tenían escuelas en que aprendían a leer y escribir, se adiestraban en diversas artes y oficios manuales y cultivaban los campos circundantes con frutos del país y semillas no conocidas antes, traídas de la Madre Patria; y criaban animales igualmente importados. La sola mención de estos beneficios es bastante a persuadir de la importancia de esa labor para el presente y futuro de la tierra y sus habitantes.

Entre todas estas misiones sobresalían por su número y floreciente estado las situadas entre el Caroní y el Orinoco. En la soledad y pobreza de las demás regiones de los llanos, tanto

los ejércitos reales como los republicanos pusieron la mira en su conquista y posesión, y tras las alternativas naturales cayeron en poder de la columna de Piar.

Dio la administración civil de ellas al presbítero coronel José Félix Blanco, adicto a Bolívar como el que más.

Bregaba La Torre, posesionado de Angostura y Guayana Vieja, que es decir, dueño del Orinoco, pero escaso de mantenimientos, por echar sus huestes hacia el sur para encontrar en las regiones del Caroní una fuente riquísima de subsistencia, ganados y remonta para su caballería. Luchaba Piar por conservar su posición y quitarle al realista la ciudad de Angostura. En este empeño fue rechazado como se ha visto, en su primer ímpetu. Y ufano y confiado el hábil general realista, mientras Piar conferenciaba con Bolívar el día 4 de abril en la entrevista de que se ha dado cuenta, evacuó sigilosa y nocturnamente la ciudad y siguió camino de sus pretensiones. Advertido el patriota corrió a su encuentro, y en el pueblo de San Félix lo provocó a combate el 11 de abril. Con valor y habilidad se peleó de parte y parte. Piar acreditó su gran pericia y capacidad, en los movimientos con que en las pocas horas de batalla envolvió y pulverizó a su contrario. De los 1.150 efectivos de La Torre se salvaron sólo 10 oficiales y unos pocos soldados del batallón "Cachirí", merced a las sombras de la noche y a los bosques que orillaban el Orinoco. Piar, en cambio, no sufrió más bajas que 31 muertes y 65 heridos, contándose sensiblemente entre los primeros a Chipí y Landaeta, que tan preponderante influencia tuvieron en el resultado del encuentro. Novecientos fusiles y 25.000 cartuchos fue el saldo con que La Torre compensó en parte las pérdidas de elementos de guerra en Barcelona.

Desde El Chaparro inicia Bolívar, podemos decir así, su campaña de la Guayana. Setecientos hombres es todo el ejército que le acompaña; pero con él, además de los jefes de las tres divisiones ya mencionados, altos oficiales veteranos, probados, sufridos, que llenan la historia heroica con honor y gloria: Arismendi, Soublotte, Zaraza, Valdés, Tomás Montilla, Montes de Oca etc. ¿Quién va a arredrarse ante la espesura de selvas, vado de arroyos y ríos, inundaciones de llanos, sol

quemante y agotador e insectos mortificantes, fieras mortíferas? Todos están habituados, todos han experimentado los últimos extremos de la naturaleza, todos llevan en el alma un ardor que no se amengua, que es motor y sustento.

Para comprender los peligros y adversidades naturales que los ejércitos tenían que arrostrar bastaría leer las descripciones de Humboldt.

¿Cómo pasar las tropas azotadas por las lluvias y temporales de una banda a otra del Orinoco? Es el 25 de abril. Ya están en el punto cercano a la boca del río Pao, por donde es oportuno pasar a la orilla derecha. Los 700 hombres con su impedimenta tienen que cruzar en dos débiles barquichuelos, que sin embargo, arrostran victoriosos la corriente vigorosa del gran río durante los días 25 y 26; pero no alcanzan a pasar todos, y al siguiente día inopinadamente se hallan con la novedad de que, apercebido el enemigo de su presencia, enfrenta a los que quedan con dos cañoneras que sin esperar demora disparan sus armas contra ellos. Mas no necesitan barco de transporte los que quedan, porque pueden pasar el río a fuerza de brazos y a nado atraviesan la corriente.

¿Y ahora? Les faltan guías y baqueanos. Anticipadamente los había pedido a Piar el jefe supremo: en vano, algún caso imprevisto demoró su llegada. ¡Adelante! a machete es preciso alejarnos cuanto antes. Abrámonos camino por entre la espesa maraña de lianas, bejuco y lacerantes espinos de la selva tropical. Casi tres días para recorrer a paso de tortuga el corto camino que se proponían hasta El Juncal, bajo las inclemencias del sol y demás crueldades del trópico, aumentadas por la plaga de mosquitos y zancudos de noche, y lo que es aún más grave, sin manera de desafiar el hambre. Muchas de las acémilas tuvieron que sucumbir al cuchillo del carnicero, comenzando por la mula del Libertador. Varios soldados perecieron envenenados por ingerir, en la desesperación del hambre, raíces que resultaron venenosas.

Pero ya Bolívar llegó a la Guayana, a El Juncal, con su pobre ejército. ¡Qué explosiones de júbilo y aclamaciones de lealtad hacia él, de los oficiales que acompañaban a Piar! ¿No

está Piar unguado con la auréola del triunfo? ¿No ha desplegado en su campaña condiciones de auténtico caudillo, valor, talento militar, constancia, paciencia en los sufrimientos naturales al soldado? Ciertamente es. En cambio, a pesar del brillante triunfo del Libertador en el primer asedio de Barcelona y en la batalla de Puerto Holandés, no era posible borrarse de la memoria sus grandes reveses: Aragua, Carúpano, Cartagena, Ocumare, Güiría, Clarines, y podría haber sido excusa de desprestigio inmenso: los últimos dolores son los que perduran en el alma de los hombres como en los pueblos y masas colectivas. Aquellas hazañas de la Campaña Admirable, Puerto Cabello, Bárbula, Vigirima, Araure, San Mateo, Carabobo, podían haberse borrado de la mente como llamas esplendorosas que apaga el soplo del huracán. ¿Por qué, pues, este entusiasmo por el Libertador, esas afirmaciones solemnes de adhesión, este gozo sin límites por su presencia en el seno del ejército?

Es que, a pesar de todo, los oficiales y soldados reconocían que en ese hombre estaba compendiado cuanto era preciso para el triunfo de la revolución y el encadenamiento de la fortuna. En él hallaban el desprendimiento sublime cada vez más aparente, base de todos sus pasos. En él veían al jefe magnánimo y cariñoso que en medio de la rigidez de la disciplina sabía con su trato dulcificar la dureza y amargura de la vida errante a través de los peligros, de las provocaciones y en frente de la muerte.

El que hasta ese momento los había comandado en jefe era hombre de contrarias condiciones. Su trato cruel y despótico atizaba el descontento, fomentaba la desertión, encendía el odio. No había término de comparación. Las ilusiones de Piar se esfumaban a la presencia del Libertador. El, que con talento y valor había escogido para teatro en donde reinar sin contrapeso la provincia de Guayana, rica y estratégica, él que había ganado gloria inmarcesible en San Félix, él que tenía al enemigo acorralado en Angostura, se encuentra en un abrir y cerrar de ojos relegado a la condición de segundo jefe del ejército. Es todo un fermento de despecho y fatales determinaciones.

Dejemos por un momento que las brujas de Shakespeare soplen el fuego del infierno sobre la paz del alma de Piar, y

tivo elegido por el pueblo venezolano como constitución fundamental... A efectos de las extraordinarias circunstancias del momento he considerado conveniente hacer en nombre y a instancias del jefe supremo lo que él mismo haría en igualdad de circunstancias: proponer el planteamiento de un gobierno provisorio enteramente conforme a la constitución de Venezuela”.

Más lejos llegó después: renunció en nombre de Bolívar y en el propio suyo los cargos de primero y segundo jefes de la república de que estaban investidos.

La alegada sanción del jefe supremo explica en gran parte la aprobación de muchos de los “diputados”. Pero no nos explicamos que aceptaran la farsa y colaboraran con ella hombres concedores del espíritu del Libertador, tales como Brion y Zea. Varios oficiales y jefes, percatados de las intenciones aviesas de Mariño, se separaron y marcharon para el Orinoco a unirse con el jefe supremo. Entre ellos se cuenta a Urdaneta, el coronel Antonio José de Sucre y muchos jefes más.

Los diputados nombraron la junta de gobierno: Fernando Toro, Francisco Javier Mayz, el único presente, y Bolívar, y suplentes, Zea, Cortés Madariaga y Vallenilla. Asunción, de Margarita, fue decretada asiento de los poderes y capital de la república. Allí debían concurrir y vivir los miembros del gobierno so pena de perder el puesto: ya está anulado Bolívar. Mariño conservaba la jefatura suprema de las fuerzas armadas para que había sido designado por Bolívar en Barcelona.

Y ocurrió que los funcionarios se trasladaron a Pampatar. Y con mucha seriedad comenzaron a comunicarse con el extranjero y mandar a los margariteños; pero éstos, más sensatos, y los pueblos del continente, comprendiendo que todo era un sainete sin consistencia y verdadera seriedad y fines desinteresados, les negaron obediencia. El gobierno de niños grandes tuvo que disolverse; los miembros del pretendido gobierno resolvieron marchar rumbo a Guayana a acogerse al Libertador, y malos ratos tuvieron que pasar hasta llegar allá.

Vale la pena oír sobre todo el incidente del congresillo y sus consecuencias, las palabras vivaces, graciosas, del mismo Bolívar. Le escribe a su íntimo amigo Martín Tovar Ponte,

aún en las Antillas: "... El canónigo restableció el gobierno que tú deseas y ha durado tanto como casabe en caldo caliente. Nadie lo ha atacado y él se ha disuelto por sí mismo. En Margarita lo desobedecieron; en Carúpano lo quisieron prender; a bordo lo quisieron poner en un cañón, se entiende, para llevar azotes; aquí ha llegado y aún no le he visto la cara porque los individuos se dispersaron, no de miedo sino de vergüenza de que los muchachos los silbaran. Yo he usado de la moderación de no haber escrito ni una palabra, ni de haber dicho nada contra el gobierno federal y, sin embargo, no ha podido sostenerse contra todo el influjo de la opinión. Aquí no manda el que quiere sino el que puede..."

Tal el final de la gran intriga del norte, que si ineficaz para los fines de sus promotores, dejó vigente, como apuntan los historiadores, el ejemplo fatal de la desunión y desobediencia.

El Libertador en Guayana veía robustecerse su autoridad, y seguía la tarea de organizar la administración y dar cima a la unidad del ejército, y con ella a la del poder público.

Piar tascaba el freno mal de su grado, y en su mente buscaba arbitrios para salir del papel secundario que ocupaba con la sola presencia del Libertador. Este, que conocía sus méritos, buscaba a su turno la manera de dulcificar su descontento, y lo levantó en la categoría militar nombrándolo general en jefe. Nada, sin embargo, pudo saciar su sed de elevación suprema, y paso a paso, insensiblemente para todos, menos para los ojos perspicaces de Bolívar, se fue precipitando en el abismo que al fin hubo de tragarlo y sepultarlo.

Al presbítero coronel José Félix Blanco, ya se ha dicho, había dado Piar con muy buen acuerdo la administración de las misiones del Caroní. Excelente organizador y hombre de especiales condiciones para el gobierno, el padre Blanco mantuvo orden y extrajo de allí cuanto pudo para el provecho del ejército. Pero desde el punto de vista de Piar tenía en su contra su adhesión incontrastable al jefe supremo. Era de esperarse aun sin tener ojos de lince, la ruptura entre ambos hombres.

¿Podía aceptar el padre Blanco la treta propuesta por Piar? Con fecha de 21 de mayo propone una falsificación de los in-

formas sobre los recursos de las misiones. "...Me dirá usted el número positivo de mulas con que podemos contar en todas las misiones. Esta noticia vendrá por duplicado, es decir, el número verdadero en una carta confidencial, y de oficio otro número en que se oculten la mitad o las dos terceras partes de las que hay en efecto..." Y el presbítero le contesta: "En cuanto a que mande o autorice un dato duplicado, acomodaticio, que diga una cosa de oficio y otra en privado, ha de permitirme que no le ofrezca hacer *lo que no puedo*. Ni por la patria haría yo un engaño si tal necesitara ésta de mí..." ¡Y sin embargo bien lejos estaba el honrado y pundonoroso presbítero de sospechar que Piar andaba dando los pasos conducentes a poner casa aparte!

Bolívar, que estaba interiorizado de la muda ojeriza del héroe de San Félix; que no ignoraba su secreta participación en actos de hostilidad allá en el norte; que conocía que el móvil principalísimo de la ocupación de Piar de la Guayana no era otro que tener un ejército suyo con que alzarse a la jefatura de la guerra; que comprendía las manifestaciones de adhesión y lealtad como otras tantas voces de garganta para atraerse prestigio por modo reflejo; Bolívar, decimos, no se engañaba absolutamente en cuanto a las aviesas intenciones del caudillo cuyo carácter, por otra parte, le alejaba las simpatías de los oficiales y soldados, y le ocasionaba frecuentes desercciones o apartamientos hacia el cuartel general del jefe supremo.

Pero el Libertador también sabía disimular y procuraba con buen trato, prudencia, consejos a Blanco, reflexiones amistosas y casi paternas a las acusaciones y suspicacias del general curazoleño, calmarlo y evitar la división y discordia en las filas. Para ello llegó hasta destituir a Blanco del cargo de comisionado de las misiones: "Esto lo hago por complacer a usted hasta en una equivocación cuando me dice que Blanco no podía ser su amigo... General, prefiero un combate con los españoles a estos disgustos entre los patriotas". ¡Día llegará en que se sentirá agotada como todas las cosas del mundo, la paciencia del jefe supremo, en que ya era imposible tolerar por más tiempo, so pena de que peligrase la gran empresa por la intriga, la inquietud y soberbia del general levantisco y díscolo.

Volvamos un poco atrás en la narración de los sucesos. Vimos que Piar ocupó las misiones del Caroní que estaban bajo la administración de los capuchinos. ¿Pero qué fue de los 41 frailes en este cambio de escenario?

Piar, visto que se presentaban voluntariamente a los independientes, los mantuvo en libertad bajo vigilancia; pero luego pensó en el peligro de semejante situación, principalmente ante la inminente aproximación de Morillo con más fuerzas, y resolvió ponerlos en seguridad en el pueblo de Caruachi. Muchos murieron a consecuencia de malos tratos y crueles privaciones, y siete escaparon hacia la Guayana Inglesa. Quedaban sólo 20 y en ellos se hizo la más horrible carnicería mandándolos degollar por indios de las misiones. Jacinto Lara fue el autor de la orden última de ejecución. Pero ¿de dónde partió la orden superior?

Dado el carácter sanguinario de Piar se le acusó en el acto de tamaño exceso. El protestó en seguida el cargo. Gran sentimiento y contrariedad mostró el Libertador por la inútil hecatombe. Sin embargo, se dijo que una expresión imprudente de él originó el abominable crimen; pues diz que sabiendo que se hallaban en Caruachi, exclamó: ¿por qué no los mandan a la Divina Pastora? La Divina Pastora era un pueblo en el interior de las misiones, desconocido para esos oficiales que acaso oían su nombre por vez primera; y al mencionarlo Bolívar juzgaron que hablando con ironía quería dar a entender que debían haberlos mandado a la eternidad, y Lara ejecutó la orden con exactitud.

Esa versión ha sido generalmente desechada por inverosímil: ¿cuál de esos oficiales, acostumbrados al trato serio y disciplinario del jefe supremo, podría imaginarse que bromeara en cosa de tanta gravedad?

De aquí dedujeron los enemigos del grande hombre una versión más grave aún: que al saber Bolívar la prisión de los capuchinos, prorrumpió en un arranque de cólera: ¿por qué no los han matado? Que es la más absurda imputación que puede inventarse. A pesar del decreto de guerra a muerte, impuesto por las prácticas sangrientas del enemigo, ejecutado con rigor después de intentar todos los medios de hacerlo nulo, los actos

de Bolívar revelan en él un corazón eminentemente civilizado y compasivo. La guerra sin cuartel estaba prácticamente derogada por su parte desde su llegada de Haití y aun antes del tratado de regularización de la guerra, pactado tres años después con Morillo, ya era letra muerta. Ni su carácter, ni las medidas tomadas como antecedentes para civilizar la guerra, ni documento alguno, ni testimonio individual de ninguna clase, autorizan para atribuirle ese acto de barbarie. Lo que consta en ello es que la noticia de la hecatombe le produjo gran contrariedad y dolor; y como lo dicen los historiadores, si no se persiguió, juzgó y condenó a los responsables fue por causa de los apremiantes momentos que se vivían, con el gobierno rodeado de peligros internos y el ejército amenazado por la expedición de Morillo, sin contar otros enemigos que tenía al frente en Angostura y Guayana la Vieja.

El hecho es que el embotamiento de la conciencia, secuela natural de la familiaridad con la sangre humana en las revoluciones, fue responsable de una de las manchas más atroces de la guerra, y que hasta ahora no ha podido señalarse a la execración universal al autor de tamaña iniquidad.

Mientras estas contrariedades ensombrecen el espíritu de Bolívar en el cuartel general de San Miguel, la organización del ejército en una unidad vigorosa continúa imperiosamente: Páez reconoce la autoridad central; la marina se apresta con unidades construídas por Arismendi, a falta y mientras llega Brion, a quien se ha llamado con instancias; Bolívar construye obras de defensa para proteger la escuadra; corta las comunicaciones del enemigo con el Apure. Con todo este plan puntualmente realizado y la llegada de la escuadra de Brion, ya estaba de antemano asegurada la evacuación por los realistas de las dos plazas sitiadas por los independientes, Angostura y Guayana la Vieja, y con ello conquistado el Orinoco.

Las maniobras fluviales, rápidas, osadas, furtivas, trazadas por el Libertador y ejecutadas con valor y puntualidad, habían ido privando a los realistas de recursos de boca hasta encontrar su situación insostenible.

De un momento a otro se esperaba la llegada de la escuadra del almirante Brion, y Bolívar ordenó al capitán Rosendo salir

a su encuentro con diez flecheras y una cañonera. Tenían que pasar por sitios defendidos por los españoles.

Retrasadas cinco de las flecheras y la cañonera, les fue preciso afrontar el fuego enemigo de Guayana la Vieja y cuatro flecheras hubieron de abandonar la empresa y refugiarse en el caño de Boca Negra. La otra flechera y la cañonera regresaron sanas y salvas.

Bolívar al oír los tiros partidos de Guayana la Vieja y saber que el oficial se había ocultado con las naves, exclama: ¡Rosendo en el seguro de Boca Negra! ¡A batirse! Y acompañado de su estado mayor parte a todo vuelo con imperdonable imprudencia de la casa del trapiche cerca de Casacoima, donde tenía su cuartel general, para obligarlo a salir al encuentro de los realistas. Y los realistas, que no dormían, no bien había llegado el jefe supremo y su comitiva, les cortaron la retirada ocupando con un pelotón de desembarco la única salida que tenían los nuestros, donde habían dejado sus cabalgaduras mientras hacían a pie un reconocimiento por el estero de Casacoima. Advirtiendo el inmenso riesgo en que se hallaban, no tuvieron otro expediente que atravesar a nado el estero hasta la casa cercana al campamento, distante un kilómetro. Fue un supremo esfuerzo en que el ansia de no caer vivos en manos de sus mortales enemigos les prestó fuerzas que les faltaron quizás en otras ocasiones. Todos afortunadamente salvaron el rebalse protegidos por un pelotón con que Pedro León Torres había acudido en cuanto se dio cuenta del peligro, sin lo cual habrían sido cazados como patos en la laguna.

Y se dice que el Libertador estuvo a punto de suicidarse, desesperado de su salvación; y que uno de sus asistentes desenvainó un cuchillo para ultimarle antes que verlo caer en manos de los realistas.

¡Consternación de los oficiales! ¡Exaltación en el hombre de la revolución! Reunidos en la casa donde los primeros que llegaban daban por muerto al jefe supremo es de imaginarse el espectáculo que daban esos hombres con harapos en vez de trajes, mojados y chorreando agua no bien repuestos de la angustia suprema, mientras relataba cada uno su amarga experiencia; y en medio de ellos el Libertador igualmente andrajoso y de-

macrado por la fatiga moral y el esfuerzo material, paseándose como un iluminado y abundando en su optimismo, en su visión profética: ¡“Los arrojaremos del Orinoco, libertaremos a Venezuela y Nueva Granada y Quito, llevaremos nuestras armas victoriosas hasta el Perú, sí, el Perú será libre y la bandera de la redención tremolará en la cumbre del Potosí...!” “¡Ahora sí que estamos perdidos... el Libertador se ha vuelto loco y delira”! Tal fue la exclamación del capitán Martell ante sus compañeros, presa de la más honda amargura. Pasaba todo esto el 4 de julio.

Las naves cayeron en manos de los realistas, pero Brion aparecía al mismo tiempo con su escuadra en las bocas del Orinoco. Pasó primero la descubierta de 5 naves al mando del margariteño Antonio Díaz. No había avanzado mucho cuando la flotilla española la sorprende desprevénida cerca de la isla Pagayos, le arrebató tres de sus embarcaciones y hace en la tripulación una fiera carnicería, acuchillándola sin piedad. La reacción de Díaz fue heroica: con las dos flecheras que le quedaban y un valor rayano en la desesperación afrontó al enemigo y en un combate de caracteres épicos recuperó sus perdidas embarcaciones, hizo en el enemigo una hecatombe mayor que la suya, y lo obligó a huir dejando cien bajas, muertos y heridos, como triste saldo de la jornada.

Brion encontró así expedito el Orinoco para el resto de la escuadra. Los enemigos perdieron el único camino por donde podían llegarles elementos y mantenimientos; y a pesar del valor con que defendían su posición en Angostura y la decisión y patriotismo con que, agotadas las provisiones, seguían manteniendo el sitio, comprendieron que era imposible seguir en su empeño y evacuaron la plaza el 17 de julio, rendidos por Bermúdez y Sedeño, los sitiadores.

Mas no pudieron en su fuga ganar la salida sin grandes contratiempos y pérdidas de unidades de barcos y soldados, pues en Guayana la Vieja las obras de ataque ya realizadas y las que bajo la personal supervigilancia de Brion y la hostigación de tiradores terrestres y fluviales a lo largo del río, dieron lugar a encuentros como el de la ensenada de Cabrian, los de Tórtola, Socupana, Matuca y Boca Grande, en que victoriosos los in-

dependientes, recogieron cantidad apreciable de parque, se apoderaron de 14 buques mayores y más de 120.000 pesos en efectivo. Al fin salvaron La Torre y los emigrados que le acompañaban, la barra del Orinoco para refugiarse en las Antillas. Muchos de los fugitivos, obligados a quedarse en las inclementes márgenes del río por haberse perdido los transportes en que iban, murieron de hambre y abandono. Los que pudieron salvarse vivos recibieron la clemencia del Libertador que no permitió se diese muerte a ninguno.

El 3 de agosto fue la caída de Guayana la Vieja.

¿Y Piar? No suena absolutamente en los acaecimientos bélicos después de su gloriosa batalla de San Félix que obligó a La Torre a encerrarse en Angostura. No participó en la gloria de la campaña del Orinoco desde entonces. Su espíritu se ensombrecía cada vez más, semejante a la noche. ¡Qué ciega ambición y malsana, incontenible emulación! Bolívar, en medio de la ponderosa y victoriosa tarea de conquistar el Orinoco y con él la Guayana, estaba detalladamente al tanto de sus pensamientos. Piar trataba de influir en los jefes para llevar a término cumplido la sedición que meditaba. Los celos por la larga insistencia con que el Libertador instaba al padre Blanco para que continuara en las misiones no se aquietaron ni con la remoción que con este propósito efectuó el jefe supremo. Piar finge estar enfermo, que su mal no puede curarse en el país, y pide pasaporte para el extranjero. Excelente ocasión de salir de un elemento pernicioso. Sin embargo, consideraba quizás Bolívar o que la intención era tener un pretexto para quedarse en el país haciendo trabajo subterráneo o que salir de un hombre valeroso y audaz en la guerra, lleno del odio que lo influía, con prestigio entre su tropa, a pesar de su trato duro, cruel y altivo, no carecía de peligros; y resistió conceder la baja que con instancias pedía él y para él solicitaban algunos amigos. Prefirió Bolívar tratar de reducirlo a la obediencia, procurar ganárselo con el trato gentil y amistoso, amonestaciones de tipo patriótico, con todos los medios que le sugería su condición caballerosa, su manejo culto y prudente de los hombres: parece que al contrario, el alma indómita de Piar se sublevaba cada vez más.

Cedió al fin, y el 30 de junio otorgó el permiso, ordenando vigilar de cerca al enfurecido militar.

Libre de las trabas del cuartel, se dedica Piar con más anhelo a ganar prosélitos. Le sirven de admirable oportunidad las ocurrencias del congresillo de Cariaco. Es preciso contener a Bolívar en su gobierno unipersonal que nos llevaría al desastre. Hay que convocar un congreso para que los representantes del pueblo nombren un consejo de generales y hombres principales que acabe con el despotismo y se restablezca la confianza. Si así no se hace tenemos el grave peligro de una desastrosa guerra civil.

En estos trabajos disolventes de Piar estaba implicado Arismendi, y según el testimonio del noble y virtuoso Salom, "este jefe (Piar) estaba en sus principios en muy buen sentido con el Libertador; pero como hombre algo escaso de talento y un tanto ambicioso, con el agregado de ligero, lo hicieron trastabillar varios jefes, sus amigos, con el objeto de tumbarlo a él o al Libertador, agregándose ellos en todo evento al lugar a donde se inclinara la balanza del poder; ya han muerto dos y aún vive uno de esos jefes. Así fue que después que lo precipitaron y que conocieron que la balanza se inclinaba al Libertador, lo desampararon y se pusieron del partido pudiente... Anzoátegui y Sánchez son los dos muertos..."

Como se ve, la sedición no era cosa baladí. Comprometidos de influencia por su puesto en el ejército, los había. El Libertador estaba al tanto de todo, pero estaba también absolutamente seguro de su superioridad. Sabía que si en un momento crítico no faltarían los que apoyaran las locuras del jefe oriental, los hombres de más mérito, los oficiales y jefes que se habían formado al lado suyo, y ganado a su sombra preeminencias y laureos, que gozaban de su amistad cordial y franca y penetraban el fondo de su alma generosa y desinteresada, no se le apartarían. El, pues, que estaba ya habituado a triunfar de las maldades e inconvenientes de los émulos egoístas, y volverlos a su amistad sin que mediasen recriminaciones, con absoluto olvido de sus insultos y malos manejos, como ocurría con los integrantes del congreso de Cariaco, con Mariño y hasta ahora con el mismo Piar, prefirió poner el peso de su atención en la ya

avanzada empresa de la redención de Angostura y Vieja Guayana, sin descuidar, por supuesto, la mina con que Piar meditaba desbaratar la fábrica de la libertad, los parapetos contra los realistas trazados con tanto talento y energía, con tanta devoción y empeño.

Piar no había partido para el exterior. Su pedimento de baja fue un pretexto para poder obrar con más libertad. Rendida Angostura, se trasladó a esa ciudad y convencido de que sus intrigas con los jefes y oficiales de más viso no conducían a resultado favorable, pensó en otro plan que hubiera sido de tremendas consecuencias si Bolívar no detuviera ya los trabajos sediciosos.

En el norte de la América meridional, los pardos, descendientes de los esclavos africanos traídos para los trabajos del campo y el laboreo de las minas en los climas ardientes y ambientes malsanos incompatibles con la más dedicada constitución de los individuos de raza blanca, forman una clase numerosa, acaso más que los blancos. La condición social a que éstos los tenían sometidos era de inferioridad y humillación que necesariamente dio vida a un antagonismo peligroso, a un odio racial, que es uno de los más arraigados móviles de descontento, sublevaciones y hecatombes. Es un sentimiento que comparte el campo del rencor, el ímpetu de la venganza, la rabia destructora. Es una pasión represada que una vez removido el obstáculo, se desborda furiosa y ciega.

Sin contar con los pardos habría sido imposible formar los ejércitos libertadores, como tampoco los realistas habrían logrado levantar tropas adictas al rey en esas regiones. La igualdad de trato en el cuartel y en la campaña, y de posibilidades para ascender en la escala del ejército, la hermandad en los peligros y en las privaciones, adormecieron si no extinguieron ese sentimiento en los soldados pardos de la república, al paso que las contrarias condiciones hacían que los militantes en las filas del rey o los simpatizantes con ellas, notoriamente durante el régimen de Morillo, fueron poco a poco desertando o volviendo los ojos hacia los patriotas, en donde encontraban más humanidad y justicia.

Piar no era pardo. El retrato que se conserva de él revela un hombre con todos los caracteres del blanco. Angulo facial

correspondiente a la raza; cara ovalada, nariz aguileña, boca pequeña, labios finos y agraciados, ojos claros, cabello dócil, suelto, hermosamente ondulado, castaño claro. Era hijo de un canario y una mulata de Curazao.

Pues bien, según lo apunta O'Leary, "como no encontrase partidarios entre los jefes, tentó la lealtad de algunos subalternos, y haciendo mérito a su origen, que hasta entonces, por vanidad había querido ocultar, manifestó por primera vez simpatías por la gente de color". ¡Tiro certero para desorganizar el ejército! De permitir que este trabajo destructor continuase, el alzamiento de los pardos que formaban quizás la mayoría, contando entre jefes, oficiales y soldados, habría ocasionado una degollina atroz, estimulado la anarquía basada en las muchas aspiraciones al mando supremo, la completa ineficacia de las fuerzas independientes, faltas de una autoridad coordinadora, el triunfo de la causa real y la regresión en el camino de la independencia.

La paciencia del Libertador llegó a su límite. Hizo una última tentativa de apaciguar el alma indómita del héroe oriental. Bermúdez comunicó a éste la orden de aquél de presentársele. Temeroso y consciente de su delito, desobedeció, y con unos pocos adeptos tomó fugitivo el camino del norte para buscar el arrimo de Mariño, disidente también como se ha visto atrás. De él se había separado Piar por enemigo cuando, disconforme en apariencia con su defección, partió para Guayana con su ejército, leal entonces a Bolívar, al menos en apariencia. Ahora ambos estaban en un mismo plano de rebelión, y esperaba sacar ventaja de aquel con quien se hallaba distanciado desde las escenas de Güiría en 1814; aunque en Haití había vuelto a reconciliarse con él para reincidir después según se ha descrito atrás. Así eran de inconstantes las olas humanas que victoriosamente tuvo que sortear Bolívar para llevar adelante su portentosa labor.

¡A prenderlo! exclama el jefe supremo. "La patria y la felicidad general reclaman imperiosamente el castigo y exterminio del faccioso que las perturba, y la patria verá siempre como a su bienhechor al que la liberte de este monstruo".



GENERAL EN JEFE MANUEL CARLOS PIAR

¡Usted prende a ese infame y lo trae para someterlo a consejo de guerra!

Y a su mandato se apresta Sedeño para darle alcance con un piquete de caballería.

La cólera de Bolívar rebasa los límites justos: de impericia y cobardía tilda con sobra de injusticia al mal aconsejado general curazoleño, que, si revoltoso, desobediente, cruel y déspota, no hubo oportunidad en que no desplegara valor y pericia guerrera. Pero se explica este desliz del manifiesto del 5 de agosto por la exaltación que le produjo el peligro inmenso del resorte que estaba moviendo el rebelde para hacer estallar la guerra civil, guerra de castas: "El general Piar no desea la preponderancia de un color que él aborrece, como es constante por su conducta y documentos. El general Piar ha tenido como un timbre la genealogía de su padre y ha llegado su impudencia hasta el punto de pretender no sólo ser noble, sino aun descendiente de un príncipe de Portugal."

"La imparcialidad del gobierno de Venezuela ha sido siempre tal desde que se estableció la república, que ningún ciudadano ha llegado a quejarse por injusticia hecha a él por el accidente de su cutis... Antes de la revolución los blancos tenían opción a todos los destinos de la monarquía... Los pardos, degradados hasta la condición más humillante, estaban privados de todo. El estado santo del sacerdocio les era prohibido: se podría decir que los españoles les habían cerrado hasta las puertas del cielo. La revolución les ha concedido todos los privilegios, todos los fueros, todas las ventajas..."

Fuera de la injusticia apuntada, el manifiesto contiene un resumen completo y fiel de la conducta inquieta y sediciosa de Piar, desde que por culpa suya se ocasionó la captura y consiguiente asesinato de Bernardo Bermúdez en 1813 por los españoles.

Volviendo a los movimientos del rebelde, buscó el arrimo y la ayuda de Mariño, con quien estaba mortalmente enemistado otra vez desde octubre de 1816, so pretexto de que estaba "ins-truido circunstanciadamente por el coronel Chipía de los escandalosos atentados contra la persona y autoridad del excelentí-

simo señor jefe supremo ejercidos en Güiria por el sedicioso José Francisco Bermúdez. . .” Desgraciadamente este jefe (Mariño) se halla envuelto en los atentados de Bermúdez; él, hallándose con el mando de las fuerzas de Güiria no se opuso al motín ni impidió sus efectos. Y decimos “mortalmente enemistado otra vez” porque ya lo había estado cuando él y José Félix Ribas se pronunciaron en Carúpano contra Bolívar y Mariño, y los redujeron a prisión en 1814. Ahora se arrimaba al prestigio del valiente caudillo oriental para hacerse fuerte con las tropas maltrechas de Cumanacoa y continuar desde allí sus intrigas y calumnias contra Bolívar que “se había coronado rey en Angostura”.

Mariño también, como ya sabemos, ambicioso y díscolo, le prestara ahora la poderosa ayuda solicitada, si no fuera por los recientes y lamentables reveses sufridos de parte de los tenientes de Morillo. Los dos quisieron apoderarse de Maturín, pero fracasaron ante la resistencia de Andrés Rojas, leal al jefe supremo. No cabe duda, la guerra civil había estallado pero el momento fue para los disidentes Piar y Mariño de lo más inoportuno y adverso. La fortuna abandonó a Mariño, y sus derrotas dejaron a Piar en desamparo. Por su parte lo único que consiguió fue convencerse de la sólida opinión que reinaba a favor del jefe supremo.

Sedeño con su piquete de carabineros da con el fugitivo en Aragua de Maturín y le intima partir a presentarse a Bolívar. Piar se dispone a dirimir la diferencia con las armas y ordena al jefe de los 70 hombres de su guardia, teniente coronel Francisco Carmona: “¡Prepárese a la defensa!” “Absténgase de dar orden de ataque”, increpa Sedeño a Carmona, “vengo de parte de Bolívar”. Y Carmona desestimó la intimación de su jefe, quien trató de asumir el mando espada en mano y atacar a los carabineros. Sedeño, en la misma actitud lo domina, y el vencido es colocado sobre la cabalgadura, y prisionero, el coronel Juan Francisco Sánchez lo conduce a Angostura. Sedeño efectuó otras capturas en oficiales rebeldes y se dirigió a Maturín con la guardia de Piar al mando de Carmona y sus propios 40 jinetes.

El prisionero general Piar llegó a Angostura el 2 de octubre.

CAPITULO XXVI

1817

LA ORGANIZACION CIVIL

RESUMEN:

Necesidad de aplicar estrictamente la disciplina en el ejército. — Piar es entregado a los jueces para que lo juzguen. — La acertada elección de los jueces. — Piar niega todos los cargos. — Gran cantidad de testimonios en contra suya. — Los componentes del consejo de guerra. — El consejo de guerra dicta sentencia de muerte. — Confirmación de la sentencia por Bolívar. — ¿Se ejecutará pública o privadamente? — La opinión de Bolívar. — La aflicción del Libertador. — La proclama. — Lo que ocurriera de no haber confirmado la sentencia. — Acusaciones contra Bolívar. — El problema de Mariño y, más tarde, de Páez. — El empuje arrollador de Morillo. — Las hecatombes de Nueva Granada. — Las ventajas conseguidas en 1817 y 1818. — El esbozo práctico de una organización civil. — La educación del soldado. — Destino de la incautación de las propiedades. — Recuerdo de Camilo Torres. — El concepto de patria en el cerebro de Bolívar. — Creación de la alta corte judicial, el consejo de gobierno, el consulado y el consejo de estado. — “Jefe de un país cristiano”. — Con estas medidas no cesaba el gobierno dictatorial. — La fe profunda en los destinos americanos. — Un desastre inicia la campaña de 1817. — Sale Bolívar de Angostura en busca de Zaraza. — Sus precisas órdenes. — Zaraza no las cumple y es batido por La Torre con fuerzas inferiores en La Hogaza. — Consternación en Angostura. — Reorganización del plan de campaña. — Vuelve Bolívar a Angostura. — Infunde nuevo hálito y confianza su presencia en la capital. — Actividad patriótica del pueblo y su general. — Ordenes de concentración de todos los efectivos. — Se embarca Bolívar en Angostura para la campaña de 1818.

No hay tiempo que perder en este asunto del general Piar. Bolívar comprendió que sin un castigo ejemplar, de acuerdo con

la ley marcial, el ejército degeneraría en una zambra sin más que el estallido impune de ambiciones y odios, mejor dicho, perdería la disciplina, se perdería lo que se había ganado al rendir los dos baluartes de Guayana, Angostura y Vieja Guayana que habían suministrado la más firme base de operaciones, los opulentos, únicos recursos con que contaba el país, y libre salida al mar y contacto con el exterior. Veía que aplicando la ley al rebelde se elevaría el prestigio del gobierno y el suyo ante propios y enemigos, quienes dejarían de calificar la guerra de los patriotas como obra de bandidos, ante la evidencia de seriedad y el ejemplo heroico de disciplina impuesta no a soldados o gente vil e infeliz, sino nada menos que a una de las cabezas más conspicuas, a un general en jefe del ejército que había prestado servicios de grande importancia.

Piar había despreciado la oportunidad que Bolívar le presentara de entenderse los dos caudillos, y las amonestaciones para deponer su actitud y entrar en el cumplimiento de su deber. Desde el mismo día de su llegada fue entregado al brazo de los jueces.

El jefe supremo tuvo el buen acierto de escoger sus jueces, después de sustanciado el proceso con Soublette como fiscal y el capitán José Ignacio Pulido como secretario, entre los militares más serios e íntegros, que prestaran la mayor garantía de imparcialidad, y aun inclinó la balanza un tanto designando aquéllos que tuvieran motivos de gratitud o íntimo compañerismo con el ilustre reo. Como apunta el gran historiador de Bolívar, no es creíble que éste los consultara previamente, por cuanto no todos se hallaban a la sazón en Angostura.

Piar en su indagatoria negó de plano todo: que se hubiera rebelado contra la suprema autoridad, que hubiera observado conducta sediciosa, que hubiera concitado a los partidos contra los blancos, que en Maturín y Cumanacoa hubiera ejecutado actos de franca disidencia armada. La enorme masa de testimonios dejó sin valor ni efecto sus negativas. En vista de los testimonios tenía que pronunciarse en consejo de guerra que el 14 de octubre nombró el Libertador, compuesto de Luis Brion, el almirante, paisano y amigo del reo, y los generales Pedro León Torres, José Antonio Anzoátegui, José Ucrós y José María

Carreño y los tenientes coroneles Judas Tadeo Piñango y Francisco Conde. El defensor nombrado por el reo fue el coronel Fernando Galindo, quien hizo todo lo que su fiel amistad y el correcto desempeño de su noble papel le sugerían para salvar al acusado. Al día siguiente, 15 de octubre, el Consejo dictó su sentencia sin un voto discordante: fue condenado a muerte por los delitos de desertión, desobediencia, sedición y conspiración. Bolívar confirmó la sentencia inmediatamente.

La mayoría de los jefes representaban al Libertador que una ejecución pública podría traer como consecuencia una revuelta de las tropas acostumbradas a obedecer al infortunado, auxiliares suyos en sus victorias. Pero Bolívar, seguro de su fuerza y superioridad, franco y leal en sus actos, atento a la lógica de los acontecimientos, "no", dijo, "una ejecución en secreto podría achacarse a venganza, revestiría caracteres de temor, quitaría al pronunciamiento de la justicia mucho de su eficacia para depurar al ejército de la peste de la malsana ambición e indisciplina". Así pensaba el jefe supremo, y la ejecución se llevó a cabo en la plaza de Angostura, al siguiente día, 16 de octubre ante las tropas en formación, pero sin la presencia del jefe supremo.

"Sólo el general Bolívar", escribe Briceño Méndez, "no pudo contener las lágrimas al oír los tiros de fusil que ponían término a la vida de aquel valiente que había dado tantos días de gloria a la república. No me atrevo a decir si fue más patético el suplicio de Piar o la aflicción y pena del general Bolívar".

"La muerte de Piar, dice Larrazábal, fue muy sentida en el ejército; pero no hubo uno solo que no reconociera la justicia con que se había infligido aquella terrible pena".

Vale la pena conocer la proclama que con motivo del triste suceso dirigió al día siguiente Bolívar al ejército:

"¡Soldados! Ayer ha sido un día de dolor para mi corazón. El general Piar fue ejecutado por sus crímenes de lesa patria, conspiración y desertión. Un tribunal justo y legal ha pronunciado la sentencia contra aquel desgraciado ciudadano, que embargado con los favores de la fortuna, y por saciar su ambición pretendió sepultar la patria entre sus ruinas. El general Piar,

a la verdad, había hecho servicios importantes a la república, y aunque el curso de su conducta había sido siempre la de un faccioso, sus servicios fueron pródigamente recompensados por el gobierno de Venezuela.

“Nada quedaba que desear a un jefe que había obtenido los grados más eminentes de la milicia. La segunda autoridad de la república que se hallaba vacante de hecho por la disidencia del general Mariño, iba a serle conferida antes de su rebelión; pero este general, que sólo aspiraba al mando supremo, formó el designio más atroz que puede concebir un alma perversa. No sólo la guerra civil, sino la anarquía y el sacrificio más inhumano de sus propios compañeros y hermanos se había propuesto Piar.

“¡Soldados! Vosotros lo sabéis, la igualdad, la libertad y la independencia son nuestra divisa. ¿La humanidad no ha recobrado sus derechos por nuestras leyes?”. ¿Nuestras armas no han roto las cadenas de los esclavos? ¿La odiosa diferencia de clases y colores no ha sido abolida para siempre? ¿La fortuna, el saber y la gloria no os esperan? ¿Vuestros méritos no son recompensados con profusión o por lo menos con justicia? ¿Qué quería, pues, el general Piar para vosotros? ¿No sois iguales, libres, independientes, felices y honrados? ¿Podía Piar procuraros mayores bienes? ¡No, no, no! El sepulcro de la república lo abrió Piar con sus propias manos para enterrar en él la vida, los bienes y los honores de la inocencia, del bienestar y de la gloria de los bravos defensores de la libertad de Venezuela, de sus hijos, esposas y padres.

“El cielo ha visto con horror a este cruel parricida. El cielo lo entregó a la vindicta de las leyes. El cielo ha permitido que un hombre que ofendía a la dignidad y al linaje humano no profanase más tiempo la tierra que no debía sufrirlo un momento después de su nefando crimen.

“¡Soldados! El cielo vela por vuestra salud, y el gobierno, que es vuestro padre, sólo se desvela por vosotros. Vuestro jefe, que es vuestro compañero de armas, y que siempre a vuestra cabeza ha participado de vuestros peligros y miserias, como también de vuestros triunfos, confía en vosotros. Confíad, pues, en él, seguros de que os ama más que si fuera vuestro padre o vuestro hijo”.

¿Podría Bolívar haber impedido la dolorosa ejecución de la sentencia del Consejo de Guerra? Nadie podrá negarlo. Pero ¿cuáles hubieran sido las consecuencias? Robustecer el espíritu de indisciplina, fomentar la envidia que se había introducido entre los oficiales desde temprano, y así entorpecer cada vez más la marcha hacia la coronación de la obra que había jurado consumir. La ejecución afirmó la autoridad y la obediencia, y mostró a patriotas y realistas que el hombre que dirigía la guerra republicana no era un militar adocenado sino un varón con dotes no comunes en las labores de la guerra y de la organización civil.

Apenas es creíble que algunos hayan buscado manera de impugnar la saludable acción desde puntos de vista por demás absurdos. Se ha llamado a Piar mártir de la libertad; se ha dicho que el Libertador tenía celos de su gloria y capacidades militares, y se ha llegado en el delirio humanitarista a asegurar que el jefe curazoleño fue fusilado porque el Libertador tenía empeño en borrar de la vida a ese hombre que era hijo de una de "las nueve musas", y por tanto, muy cercano pariente suyo. No es de este lugar entrar en la discusión de éste y otros delirios de la enemistad y de la mala fe. Agreguemos sólo a lo ya dicho que el acto de la justicia acreció el respeto de las tropas y la oficialidad hacia el jefe enérgico y valeroso.

En lo sucesivo no faltaron, es cierto, conatos de desobediencia y deseos de suplantar al Libertador en el gobierno del ejército y la conducción del Estado, pero fueron empeños y movimientos que carecían de vigor. Nadie podía presentar la suma de cualidades y virtudes que por sí solas arrancan el cariño y la admiración. A Páez faltaba el espíritu de universalidad que le hiciera mirar más allá de las regiones del Apure. Le faltaban además los conocimientos y el cultivo capaces de arrancar el aplauso y sumisión de otros que no fueran sus llaneros. Mariño adolecía de los mismos defectos de localismo y había dado ya muestras sobradas de lo que puede dejar de hacer en pro del bien común un alma llena de baja emulación y empeño inmoderado de elevación prematura y personal.

En suma, desde casi sus comienzos la sinceridad y desprendimiento de Bolívar se vieron como destinados a tropezar con

los escollos que suelen presentar a los hombres grandes los que se hallan incapaces de poner en juego motores de grandeza interior que los lleven honradamente a escalar la altura, recompensa natural del ánimo generoso.

Ahora mismo quedaba el problema de Mariño, cuya desobediencia había causado desastres en el norte. ¿Proceder contra él para juzgarlo como a Piar? Era innecesario e impolítico. Mariño no entrañaba los peligros de Piar, y además sus gestiones habían encontrado el más rotundo fracaso de parte de los oficiales y por causa de sus recientes derrotas.

No obstante, intentó Bolívar hacerlo venir al cuartel general, sin duda para castigarlo, pero la anterior consideración y las gestiones de Sucre, entre otros, lo disuadieron, contentándose con desposeerlo del cargo de jefe supremo de las fuerzas con que lo había adornado cuando la jornada de Barcelona, como compensación del auxilio que de él solicitaba para poder resistir al enemigo y triunfar. Entonces su autoridad no había logrado el arraigo con que ahora se asentaba y era indispensable ceder en beneficio de la república aun para satisfacer ambiciones que distaban de la pureza con que él mismo miraba el interés de la nación. Bermúdez, otrora amalgamado con Mariño, fiel ahora al Libertador, fue puesto a la cabeza del ejército del norte, suprimido el cargo de Mariño.

¿No había de ganar la adhesión y sufragios de las fuerzas que representaban al país a la sazón aquél a quien contemplaban abrumado de atenciones por las intrigas internas y por los imponderables trabajos y dirección de una campaña y al mismo tiempo creando la administración civil de la república que nacía bajo el signo de su increíble autoridad?

Habían resistido las fuerzas republicanas una acometida arrolladora de las realistas aumentadas con las que traía Morillo de Nueva Granada y los 2.600 veteranos que en mayo desembarcaron en Cumaná conducidos de España por el general Canterac.

Morillo había anegado en sangre todo el territorio de Nueva Granada, abatiendo innecesariamente las cabezas más conspicuas del virreinato. De este modo, según su propio consejo al

rey, entendía purificar las regiones levantadas en armas y confiadas a su mandato. Verdaderamente son de lamentarse estos asesinatos sin fórmula de juicio llevados a cabo por un hombre cuyo mérito no podemos menos que afirmar. Procedió así, y con el desprecio de solemnes promesas hechas por su lugarteniente La Torre en Zipaquirá, en nombre del rey, al igual que Morales y Moxó o Aldama. Los hombres más distinguidos del virreinato, decimos, fueron eliminados con lujo de crueldad y macabros espectáculos: fusilados por la espalda como traidores, decapitados varios y muchos colgados vivos o muertos, despedazados sus cuerpos exánimes. Fue la luctuosa época en que perecieron Camilo Torres, el estadista y patriota insigne, de genio, actividad y talento en nada inferiores a Bolívar; Francisco Javier de Caldas, el eminente matemático; Fernando y Miguel Carabaño, conspicuos en el 19 de abril de Caracas; Jorge Tadeo Lozano, naturalista, miembro eminente del congreso; Custodio García Rovira, abogado de renombre; Carlos Montúfar, hijo del marqués de Selva Alegre; Manuel Bernardo Alvarez, ex-gobernador de Cundinamarca; Manuel del Castillo, jefe de la plaza de Cartagena y tantos otros. Por estos pocos nombres se puede comprender la calidad de sabios, militares, políticos, comerciantes y hombres pacíficos inmolados en todo el país para pacificarlo, según la terminología oficial.

Hemos tenido que volver un poco atrás para ligar los acontecimientos de la reconquista de Morillo en 1816, cuando Bolívar en su destierro de Jamaica y de Haití buscaba el modo de levantar la causa de la autonomía americana, con los acaecimientos del presente.

Año de grandes peligros, de angustiosas zozobras, año decisivo, fue con el siguiente de 1818, éste de la conquista de Guayana. El dio a la república una base sólida y definitiva para irradiar de allí la guerra y la organización civil; desde entonces pudo considerarse que la patria arraigaba el pie concreta y objetivamente en asiento sólido. Ya no eran nuestros guerreros nómadas sin un rumbo definitivo ni refugio permanente, que vagaban por los confines de un vasto horizonte como sublimes aventureros en busca de la libertad. Con la provincia conquistada ya no tenían sólo la patria ideal intangible que hasta en-

tonces bullía en sus corazones como preludio de una patria real; tenían verdadera patria terrena con todas sus ventajas y fructuosas consecuencias. Era ya el momento de emprender en firme el comienzo de una organización civil para establecer oportunamente el gobierno que sucediese a la dictadura militar que la naturaleza de los acontecimientos había hecho indispensable, y las cualidades de Bolívar lo habían señalado como el hombre apto y capaz para concentrar esos tremendos poderes en su persona, aunque siempre con la preocupación de encontrar la feliz coyuntura de entregarlos para que, compartida la responsabilidad por número plural de gobernantes, pudiese ostentarse a la faz del mundo una verdadera nación democrática.

Esta valiosísima conquista del Orinoco marca también un paso importante en la educación del soldado. Sin ella esas masas de hombres dispuestas en general a servir al caudillo que más halagase sus instintos, no habría podido llegar a las alturas del sacrificio y al coronamiento de la gloria con un conductor cuyos métodos eran los de la disciplina, el orden y el respeto predicados con la palabra, el ejemplo y las severas sanciones; no se habría desplazado de sus llanos nativos en que fincaba su patria y sus amores, para acompañarlo y triunfar en las regiones para ellos más adversas por sus climas, métodos de vivir, ambiente natural y vida social; no, esos hombres en ese estado eran materia ideal para los Boves y los Morales, bajo cuya conducción habían proporcionado los más amargos días a la patria. Barro primitivo eran, indiferente, si se quiere, que para adoptar forma permanente y virtualidad benéfica no esperaban sino la acción de un creador. Y Bolívar le dio forma adecuada, la dotó de movimiento y le imprimió dirección, con paciencia y fe, con habilidad y dolor; y esos hombres fueron desde entonces baluarte robusto y defensa eficaz de las conquistas de la espada: conquistadores ellos mismos del derecho, que marcharon con sus virtudes hasta donde los llamaran cuantos habían menester su heroísmo y sacrificio.

Con la firme posesión de la Guayana, decimos, la faz de los negocios públicos se transformó notablemente. La incautación de los bienes enemigos permitió un fundamento consistente a la cuestión fiscal. Esa confiscación permitió allegar recursos para

estimular por primera vez en la historia de esta guerra a esos hombres, beneméritos compañeros que habían seguido sin exigir ni reclamar recompensas ni adelantamientos, las banderas de la patria y las huellas prestigiosas del caudillo que se adelantaba en el camino como una antorcha que regaba el cordial del valor y la luz de la fe. Los jefes, los oficiales y los soldados, todos fueron premiados ahora con sumas adecuadas a sus respectivos puestos en el escalafón. Muchos de éstos soldados, conducidos antes por realistas de la calidad de Zervéris, Boves, Yáñez y Morales, miraban la milicia como un ejercicio vandálico de enriquecimiento por el robo y la devastación. Desde entonces la tropa que hasta allí había servido guiada muchas veces por el sentimiento de asilo, si así puede decirse, como un medio de escapar a la barbarie realista, obtener el precario alimento, o bien obligada por la obra del forzoso reclutamiento, se dotó de sueldos regulares, que le hacían mirar su estado como el de una profesión honrosa. Fue parte de la reforma civil en el seno del gobierno militar.

Aquí de nuevo surge el recuerdo del gran Camilo Torres. La patria estaba en Bolívar toda entera; sólo que el estado de cosas no permitía sacar a luz y desenvolverla sino poco a poco según la oportunidad lo consintiese. Y hasta las oportunidades solía crearlas para acelerar la objetividad de una patria libre.

El concepto de patria entre gente civilizada en su función rectora es inseparable de orden y gobierno tutor de todos los derechos. Con cuánta claridad vivían estas funciones en el cerebro del jefe supremo se observa en la arenga con que acogió a los próceres que asistieron a la reunión del 1º de noviembre que tenía por objeto dar efectividad, por primera vez después de la constitución de la segunda república, a las formas del gobierno republicano. Era un afán que no podía ocultar.

Necesitaba abrir una nueva campaña, la campaña del llano, y quería dejar tras sí la organización civil del estado, como garantía de la vida ciudadana y como un monumento que mostrase al mundo, escrutador atento de los sucesos americanos, un testimonio de la sinceridad con que se adelantaba a luchar y argumentos fehacientes de la capacidad de sus conductores para

el gobierno y para regir la vida libre. Ya había creado la Alta Corte de Justicia cuya instalación estaba pendiente de la consulta del Consejo de Estado.

El empuje arrollador de las huestes realistas por una parte, los ímpetus reaccionarios y la anarquía por otra, hicieron necesario el gobierno dictatorial, y a esa terrible administración quedó sometido el país. Ahora su fe hacía ver a Bolívar la oportunidad para correr una vez más el velo que pesaba sobre la constitución nacional. El dictador brega por echar de sí el poder discrecional, y crea la república creando al pueblo que ha de constituirla y defenderla.

Había constituido ya el consejo de gobierno para que le sustituyese en las labores ejecutivas durante su ausencia en campaña o en caso de que la fatalidad pusiese término a su libertad o a su vida. Ya había creado el consulado o tribunal del comercio para atender a los asuntos comerciales y a la protección de la agricultura, conocer en los pleitos y diferencias entre los comerciantes; hasta donde lo permitían las circunstancias había organizado las provincias libres; porque en la necesidad urgente de la administración de la justicia, se había visto obligado a encargar del poder judicial al gobernador Monagas, de la provincia de Barcelona, pero inmediatamente sujeto a la Alta Corte de Justicia.

En la referida solemne reunión del 1º de noviembre, con un discurso conceptuoso, dejó creado el Consejo de Estado, destinado a desempeñar las "augustas funciones del poder legislativo y a ser consultor del ejecutivo antes de poner en ejecución las leyes, reglamentos e instituciones que el gobierno decretase". En todos los casos arduos el dictamen del Consejo de Estado sería oído, y sus advertencias tendrían la más grande influencia en las decisiones del jefe supremo.

Todo esto se refería a la parte externa del edificio nacional. No era posible que de su estructura faltase el elemento espiritual que plasma y une las partes con más estrechez y fuerza. Por la muerte del doctor Buenaventura Cabello, obispo de la diócesis de Guayana, y destituida ella del cabildo de su iglesia catedral, "la diócesis presentó un cuadro tan lamentable de orfan-

dad, confusión y anarquía, que no puede mirar con ojos enjutos un corazón nutrido en las máximas santas del evangelio". A efecto de remediar este estado anuncia al Consejo la convocatoria al clero de la provincia para una junta eclesiástica "a que está autorizado como jefe de un país cristiano, que nada puede segregar de la comunidad de la iglesia romana".

Así a grandes rasgos esbozados fue lo que se trató, estableció y fundó solemnemente en la reunión del 1º de noviembre, a la que concurrieron los hombres más representativos de Angostura, constituida en capital provisional de la república mientras se libertaba a Caracas.

Como se puede observar sin esfuerzo, el gobierno dictatorial no cesaba con estas creaciones: no era posible porque no habían terminado, desgraciadamente, las causas que lo hicieron necesario; pero es manifiesto el deseo del Libertador de templarlo hasta donde fuera posible, y avanzar empeñosamente por el camino de la democracia, hasta el día en que no hubiese más vallas que impidiesen su final y firme implantación. Sólo una fe profunda en los destinos de América, confianza grande en su propia capacidad, convicción de que el holocausto de su vida, la ofrenda sin reservas de su fortuna y comodidad eran una eficaz impenetratoria al Dios de la Patria, podía otorgarle fuerzas para esa labor ponderosa que le permitía ir dando forma plástica a la arquitectura nacional en medio de las tempestades y preocupaciones que a cualquiera otro habrían acobardado: la defección de Piar, el desconocimiento de Mariño, la preparación de una nueva campaña, los afanes por allegar municiones de boca y elementos de guerra para afrontar la desigual contienda.

No puede negarse que lo acabado de reseñar es un paso adelante en la construcción de la república, el más avanzado que permitía el estado de cosas a la sazón. Las alternativas de las armas que siguieron durante el resto del año y todo el que sigue, mantendrían en receso la concreción final de sus ideales de organización civil como semilla lista para el brote en cuanto asome la estación propicia. Esta propicia estación había de asomar el 15 de febrero de 1819, y el brote fecundo había de ocurrir en el suelo de la misma ciudad de Angostura.

Las vicisitudes extraordinarias que habían de seguir hasta la victoria de Boyacá, iniciación de los triunfos sin reservas de las armas republicanas, no afectarían el baluarte de Angostura.

Por lo pronto, la campaña que siguió a esta organización de los servicios civiles se inició con una desastrosa derrota del general Zaraza.

El caso fue que Bolívar ideó su plan de campaña con la mayor minuciosidad, apreciando con asombrosa exactitud los contingentes enemigos, lo mismo que las distancias, el tiempo para recorrerlas, y previniendo los refuerzos de hombres y bestias necesarios. Su base era la unión de las fuerzas para evitar que el enemigo, encontrándolas separadas, las batiese fácilmente. A este efecto salió de Angostura en busca de Zaraza, a quien por medio de un propio mandó que evitara el encuentro de La Torre que estaba inminente, retrocediendo a Santa Clara, a orillas del río Manapire, donde hallaría el refuerzo que en persona le llevaba. Pero Zaraza no interpretó la orden o equivocó el nombre de Santa Clara por Río Claro, y echó por otro camino, y fatalmente se puso en La Hogaza en contacto con el enemigo, que conducía fuerzas muy inferiores a las suyas. La habilidad militar del español La Torre suplió su inferioridad numérica, y Zaraza con sus 1.000 jinetes y 1.000 infantes fue totalmente desecho por 1.200 hombres del bravo realista el 2 de diciembre. Fue uno de los más sensibles reveses de la guerra, porque transformó totalmente el plan de la campaña abierta con tan graves auspicios, que de otro modo es lo más posible que, victoriosa, hubiera acortado la lucha de Venezuela. Sólo contó el jefe realista 11 muertos y 86 heridos, mientras las bajas de Zaraza llegaban a 350 muertos y heridos e igual número de fugitivos. No hay para qué pensar en que se salvara un solo fusil, y demás elementos. Afortunadamente los oficiales procedieron con actividad y pudieron reunir en breve tiempo la mayor parte de la caballería dispersa y muchos fugitivos que de nuevo se incorporaron con Zaraza.

¡Qué consternación en Angostura! Bolívar recibió la fatal noticia en San Diego de Cabrutica y no cedió a la adversidad aun contrariado en lo más íntimo con este inesperado fracaso de sus planes tan prometedores, por cuanto se basaban en cálcu-

los maduramente meditados. Pensando que Zaraza había desobedecido o descuidado sus órdenes descargó sobre él su cólera, pasajera, como era siempre su irritación con los leales servidores que lo rodeaban: y Zaraza, valiente, decidido y abnegado, era de los mejores baluartes en que descansaba, no obstante su impericia en el arte de la guerra. Era quien había librado al país del monstruo Boves en la batalla de Urica, y habría de seguir el noble jefe sirviendo a la causa sin que vacilase ni un momento su lealtad a ella y al Libertador.

Pero el hecho era que la prometedorá campaña para dominar todo el suelo venezolano estaba arruinada, trastornada; y era indispensable reorganizar el plan, para lo que había que empezar con hacer que la desmoralizada tropa de Zaraza recobrase el ánimo perdido; reunir los dispersos y concentrar las fuerzas separadas; regresar el general en jefe a Angostura y comenzar de nuevo las marchas y acometidas.

Angostura sintió un confortante alivio con la presencia del general. No, los galos no habían llegado aún a las puertas de Roma. El Libertador hizo de nuevo revivir en la fluvial capital el ritmo de la confianza, resonar por todas partes el estrépito de las fábricas, el susurrar de las maestranzas y el zumbido de las abejas humanas que cada una en su esfera y especialidad contribuían a la reparación del desastre. Aquí los hombres y mujeres que preparaban los vestidos para la tropa; allí los tala-barteros empeñados en reparar y fabricar correas, arneses y sillas de montar; los herreros que a rítmico compás forjaban herraduras y lanzas; los carpinteros de ribera que convertían en cañoneras, lanchas, curiaras, flecheras y falúas los robustos trozos de madera que rollizos llaneros desgajaban de la selva ribereña y transportaban a los arsenales. La figura del Libertador se dejaba ver dondequiera vigilando, dirigiendo, aconsejando, infundiendo a los hombres ánimo, inspirándoles amor por la causa, consagración a ella, deseo de la batalla, confianza en el éxito.

Y si nos asomamos a su despacho veremos al personaje en su hamaca favorita o paseándose por el cuarto, los brazos cruzados mientras la mano izquierda se agarra de la casaca y el índice de la derecha descansa sobre los labios en tanto que los

secretarios lo informan de la enorme correspondencia recibida, a la que va dictando las resoluciones pertinentes, y a las veces simultáneamente a dos o más secretarios. Tal era su método de trabajo oficinesco, según lo describe O'Leary.

Después del desastre de La Hogaza se esforzó más y más en que las fuerzas independientes se concentraran. Bermúdez, Mariño que había vuelto a la obediencia, Zaraza, Torres, Monagas, Páez, el terrible apureño que sitiaba a San Fernando, todos recibieron órdenes estrictas de evitar encuentros formales con los realistas y rechazar sus movimientos con maña a fin de fatigar al enemigo.

Terminados los preparativos militares parte la expedición con el propósito de abrirse paso conquistando a San Fernando de Apure y consecuentemente la provincia de Barinas, y a Calabozo, con lo que quedaría a su disposición la de Caracas, todo lo cual, agregado a la posesión de Guayana, el Orinoco y el Oriente, daría a las armas independientes la supremacía absoluta en la contienda.

CAPITULO XXVII

1818

LAS CAMPAÑAS DE CANSANCIO

RESUMEN:

Bolívar hacia Calabozo. — Asombro de Morillo. — Bolívar parte de Angostura el 31 de diciembre de 1817. — Caminos de río y tierra. — Escenario. — Los dos grandes caudillos van a medirse por primera vez. — La toma de las flecheras. — Razones para no tomar a San Fernando. — Despreocupación de Morillo. — Batalla de Calabozo. — Magnanimidad del Libertador. — Desprecio de la propuesta de Bolívar. — Insubordinación de Páez. — La Uriosa. — El Sombrero. — Terror de los realistas en Caracas. — Bolívar manda a llamar a Páez. — Audacia que le cuesta caro. — La invasión de los valles de Aragua. — Tórnase la campaña de ofensiva en defensiva. — La Puerta. — Morillo gravemente herido. — La Torre a la cabeza del ejército real. — La reorganización en medio de la retirada. — Ortiz. — Páez tardíamente había vuelto. — Se le ordena dirigirse a San Carlos. — De nuevo hace su voluntad y en vez de obedecer echa por camino contrario. — Avanza Bolívar desde San José en busca de la concentración frustrada por Páez. — El Rincón de los Toros. — Cojedes. — Los Patos. — Bolívar enfermo en San Fernando. — Pérdida de la campaña de 1818.

¡El insurgente Bolívar se mueve sobre Calabozo! Tal fue la noticia alarmante que un traidor dejó deslizar en los oídos asombrados de Pablo Morillo, mientras su actividad lo mantenía en constante movimiento entre La Victoria, Valencia y San Carlos atendiendo a todos los detalles de organización y disciplina de los hombres del rey. Era natural su asombro, porque no esperaba que tras la terrible contrariedad en que Zaraza dejó per-

der la infantería y desbaratar la caballería republicana, fuera posible en el corto tiempo después de La Hogaza, levantar un ejército que tuviese el arrojo de desafiar a los bien organizados realistas. ¿Dónde podrían encontrar más soldados en tierra agotada y de soledad?

En efecto, Bolívar, una vez dictadas sus disposiciones para concentrar las fuerzas, y tomadas las medidas más adecuadas para el gobierno civil, partió de Angostura, río arriba, el 31 de diciembre.

Esta vez no era el Orinoco quien sólo había de conducirlo a las operaciones que meditaba. Había que llegar a las llanuras de Calabozo, es decir, tenía que batir 1.500 kilómetros de distancia. ¡Ojalá fuese solo una distancia de fácil trocha! Para que llegara allá su ejército le era indispensable transitar a un tiempo la vía acuática y batir la tierra en marcha terrestre; pasar alternativamente de una corriente a otra: y los sitios son ahora entre los que más enmarañados muestra la naturaleza por la laberíntica red de los afluentes del Orinoco y la opulenta decoración de montañas espesas. De pronto donde el suelo promete paso seguro y libre se encuentra la tropa sorprendida por la engañosa trampa de un tremedal, terreno fofo en que los hombres y las bestias quedan hundidos medio cuerpo. Ha podido evitar el peligro porque el pie a medio entrar en él le advirtió a tiempo o porque el instinto de la cabalgadura, más avizor que el ojo humano, se resiste con tenacidad a avanzar a despecho del látigo y la espuela. Es preciso obedecer su muda advertencia y echar por otro lado para hallarse uno bajo la selva enmarañada y sin senderos trazados ni trillados en donde la tropa se pierde, y antes de lograr una salida merced a una vuelta casual o a un guía que acudió por fin a salvarla, ha caminado con fatiga y cansancio diez veces más de lo que requería. De pronto un río, una cascada, un caño, interrumpe la marcha, y es preciso vadearlos a pie o a caballo, pasarlos a nado o atravesarlos en frágiles embarcaciones que malamente pueden con la grave carga de hombres, cañones y pesada impedimenta.

Entonces la imaginación no tiene vagar para recrearse con la opulenta belleza que la tierra le prodiga: la multitud infinita de seres que se albergan en los lugares agrestes, que cantan a

su paso canciones que no hieren casi con agrado sus oídos; raras parásitas floridas; árboles de hojas y estaturas que serían la admiración de otros viajeros, sólo sirven a ellos como testigos impasibles de su fatiga.

La marcha es por sitios inhóspitos: donde había una choza perdida en el desierto, donde pudiera pasar siquiera un soldado una noche al abrigo de la intemperie, no se ven ahora sino restos de un incendio con que el español o el criollo castigaron en sus bienes, o en sus bienes, persona y familia, al contrario cierto o al simplemente sospechado adversario: es preciso padecer al aire libre el tormento y el riesgo de enfermedad y muerte por los insectos molestos y mortíferos. O más allá, al vado de un río o de un caño acechan enemigos ocultos: la raya, la culebra de agua, el caribe, el temblador. De pronto en la cansada marcha a la vera de un monte salta inopinado el jaguar, el tigre hambriento y traicionero; ya es la enemistad de las nubes rasgadas por el estallido del rayo terrífico y que se desprenden del cielo cálido en aguacero torrencial sobre la tropa sin refugios; o la sequía y el polvo sutil y arrollador; o el calor sofocante no menos agobiador que todos los demás elementos.

Tal puede considerarse el escenario que siempre tuvieron que arrostrar los héroes de la patria, los héroes anónimos y los demás que tuvieron la fortuna de inscribir sus nombres en los anales. Tal el camino que hubieron ahora de emprender por los llanos de Apure y Guárico los diversos cuerpos de la organización reciente que salía en busca de Morillo.

Morillo, por su parte, no bien hubo llegado a América comprendió que mientras Bolívar viviese no sería vencida la revolución. Esta idea sedujo y armó el brazo criminal del negrito Pío en Jamaica. Pero la revolución tenía que seguir hasta su victoria final, y el sangriento error del infame y desagradecido liberto frustró el golpe que el español calculó seguro para la pacificación de Venezuela.

Hechos están los preparativos y madura la ocasión de salir a la campaña, que se inicia el 31 de diciembre de 1817.

Por río y tierra se movían los 4.000 hombres que en conjunto con las divisiones que se le iban reuniendo en el camino

según sus órdenes y previsión, se dirigían a los campos de gloria y de peligro: la Guardia de Honor, Sedeño con sus brigadas, Valdés con los batallones "Barlovento" y "Angostura", Torres con los suyos, Monagas con el "2º de Barcelona", Sánchez con el "Bajo Orinoco" y "Guayana". Fue la marcha una de las bien calculadas organizaciones que abundan en la carrera militar de Bolívar.

Páez, comandante de la región apureña, se veía amenazado por los realistas que señoreaban a San Fernando. Se propuso no dejarlos pasar de allí y había sitiado la importante ciudad. Allí se dirigió Bolívar para auxiliarlo si fuera preciso, y desde el lugar tomar la ruta de Calabozo.

Fue una expedición de resultados trascendentales. Si la campaña de 1818 es pródiga en reveses para Bolívar y las armas independientes, es también fecunda en beneficios morales y como preludio del triunfo definitivo que al año siguiente había de iniciarse en la campaña de Boyacá. Puso por primera vez en contacto al Libertador con el gran caudillo de los llanos de Apure que tanto había de pesar para bien y para mal en el desarrollo ulterior de la guerra, y afirmó indeleblemente en Morillo el concepto que ya tenía de la capacidad guerrera y demás cualidades de su rival, trocando en el sentimiento opuesto el desprecio con que se habían habituado los realistas a mirarlo a él junto con sus huestes y sus tenientes.

¿No habrá un guapo que se apodere de esas flecheras? He aquí una de las épicas jornadas de los llaneros de Páez. Bolívar había llegado frente a San Fernando el día 6 de febrero (1818), en el punto donde se unen las aguas del Apure con las del río Apurito, el más apropiado para efectuar el paso hacia la sabana. Ordenes se habían dado anticipadamente de tener apercebidas naves con que efectuar el paso; pero las naves no aparecían, con grave preocupación de Páez y el jefe supremo. Entonces éste alcanza a ver a la distancia una cañonera armada y tres flecheras desmanteladas pertenecientes al enemigo. "Y ¿no habrá aquí un guapo que se atreva a traernos esas tres flecheras?". "Sí lo hay", exclamó Páez; y designa al teniente coronel Francisco Aramendi, veterano en maniobras semejantes. Escoge 50 hombres a quienes ordena: "sigan a su tío". Y acompañado Aramendi en el comando de su comisión por José de la Cruz Pa-

redes, de la misma graduación, se arrojaron desnudos a caballo, lanza en mano a las peligrosas aguas del río. Y así esos extraños tritones recorrieron el kilómetro de anchura que allí presentan las aguas, se apoderaron de las flecheras y las trasladaron al campamento patriota. Las cargas que disparaban de la cañonera contra los secuestradores parecían salvas con que los realistas saludaban la atrevida hazaña, unidas a los aplausos, exclamaciones y vocerío jubiloso de los llaneros de Páez y de todo el ejército que la contemplaba atónito. Acto continuo se hizo el paso del Apure. No podía tolerarse demora, porque la intención de Bolívar era dar a Morillo una sorpresa memorable en la primera acción en que se medía personalmente con él.

Pero se ocurre preguntar por qué no insistió el jefe supremo en su primera idea de reducir a San Fernando, emporio de aquellos sitios, después del severo y repetido ultimátum presentado a su defensor, el caraqueño realista Juan Nepomuceno Quero.

Bolívar comprendió que reducido San Fernando mediante ataques y asalto habría costado muchas vidas a la expedición. Bastaba para someterlo sostener el sitio de la ciudad, y ella tenía que rendirse por hambre, imposibilitada para recibir socorros por ninguna parte, mientras que dejando una guarnición y dando a Morillo el asombro de sentirlo sobre él, cuando lo juzgaba a leguas de distancia, pues todavía no había logrado percatarse de sus movimientos, estaba seguro de darle una lección ejemplar, levantar con una victoria sobre el hombre fuerte de los realistas el entusiasmo de su propia gente, ganar adeptos en esas regiones abundantes en partidarios del rey y acrecentar el respeto del enemigo y el prestigio de la causa republicana.

Morillo, confiado, no tenía casi piquetes de observación en todo el vasto territorio que recorrían nuestras tropas para llegar a Calabozo. La única partida de observación, en Guayabal, fue sorprendida y prisionera tan completamente por las avanzadas, que no pudo huir uno solo de los hombres para llevar a su jefe noticia de la tempestad que atropellaba los elementos, derechamente hacia él. Ocurría esto entre el 7 y el 9 de febrero.

¿A dónde había llevado a Morillo su despreocupación y desprecio de los insurgentes? El hombre tenía que hacer entre los

defensores de la monarquía lo que Bolívar en los reales de los republicanos: no era solo el general en jefe, sino también el administrador civil. Y creyéndose seguro, no sospechó el riesgo que corría su causa alejándose de Calabozo trecho tan largo como el que medía hasta San Carlos. Si no fuera por el desertor Telésforo Gutiérrez, que rompiendo cinchas, como se dice vulgarmente, se le presentó en dicha ciudad y le informó de la presencia del republicano en el Apure, todavía el 9 de febrero hubiera estado ignorante de la expedición salida de Angostura el 31 de diciembre anterior.

“¿Es posible semejante audacia en unas miserables montoneras casi pulverizadas en La Hogaza?”. Entre votos y porvidas exclama Morillo, que apenas puede dar crédito a la información que le llevó el desertor. Pone en acción su también inagotable actividad y el 10 ya está en Calabozo. Era tarde: ya no era posible concentrar, como lo intentó, las fuerza de Calzada, las que andaban por El Sombrero, las de López y demás destacamentos en su tardío intento de llevar un socorro eficaz a San Fernando, porque el 12 temprano los independientes estaban frente a Calabozo. “¡Pero por dónde han podido pasar estos demonios!”. El valiente español no podía convencerse de lo que, sin embargo, era realidad tangible.

Sea de ello lo que fuere, el mismo día 12 se empeñó la batalla en la llanura frente a la población.

Con fuerzas superiores Bolívar, constantes de 4.200 hombres de todas armas, contra 2.450 veteranos de Morillo, se maniobró con habilidad y se peleó con valor por uno y otro bando.

Las fuerzas de Morillo estaban apostadas así: el mayor número en el caserío Misión de Abajo, a 5 kilómetros al sur de la ciudad, otra porción en Misión de Arriba, a pocos kilómetros al noroeste, y él con su guardia dentro de la población.

Contra ésta apostó Bolívar a Páez mientras Sedeño y Monagas cortaban a los de Misión de Abajo y casi literalmente los destruían, pues no quedaron de esos valientes sino unos 60. Las fuerzas apostadas en Misión de Arriba tuvieron tiempo de escapar y unirse a su general.

A punto estuvo Aramendi de atravesar a Morillo con su tremenda lanza cuando salía en socorro de los suyos. A no ser por-

que un edecán de éste interpuso su cuerpo y con su muerte salvó a su jefe allí hubiera acabado el célebre general español. Perdieron los realistas en esta acción nada menos que 600 hombres.

Agobiado y vencido, Morillo se encerró en la ciudad con los restos de su ejército. Al día siguiente, 13 de febrero, le devuelve Bolívar en hermoso alarde de humanidad y grandeza moral todos los prisioneros que cayeron en sus manos con un mensaje en que decía: "nuestra humanidad, contra toda justicia, ha suspendido muchas veces la sanguinaria guerra a muerte que los españoles nos hacen. Por última vez ofrezco la cesación de tan horrible calamidad, y empiezo mi oferta por devolver todos los prisioneros que hemos tomado ayer en el campo de batalla. ¡Que ese ejemplo de generosidad sea el mayor ultraje a nuestros enemigos!

"Usted y toda la miserable guarnición de Calabozo caerán bien pronto en manos de sus vencedores, y así ninguna esperanza fundada puede lisonjear a sus desgraciados defensores. Yo los indulto en nombre de la república de Venezuela, y al mismo Fernando VII perdonaría si estuviese como usted reducido a Calabozo. Aproveche usted nuestra clemencia o resuélvase a seguir la suerte de su destruido ejército".

No era Morillo hombre para atemorizarse por estas arrogantes palabras; y ello y el tono desmedido y descortés de la comunicación justifican plenamente el desdén con que la recibió: no se dignó darle contestación. Es claro que si hubiese tenido el menor interés en que cesase la bárbara guerra a muerte, no le habrían faltado recursos para orillar el punto de honor que la nota suscitaba y entrar en el fondo de la proposición; mas ya sabemos que el plan de reconquista era el exterminio de los patriotas, por más que esto acarreaba sus sangrientas represalias. Desde luego, quedó constancia una vez más de las razones que militaban en explicación y justificación del decreto de Trujillo.

Aparte del vano recurso intimidatorio de que Bolívar echó mano, debemos confesar que sus palabras se basaban en una convicción respaldada por un cálculo objetivo. En efecto, encerrado Morillo en el bien fortificado Calabozo, que no habría podido rendir su ejército, cuya fuerza se basaba en la caballería llanera, pero que no podía socorrerse de afuera, o la rendición era obra

del tiempo o lo dejaba escapar para caerle en pleno llano y destruirlo con su excelente caballería.

Lo primero no era prudente, porque podía dar lugar a la reunión de los diseminados cuerpos reales con riesgo para la revolución. Para lo segundo optó por retirarse a El Rastro, a 15 kilómetros al frente de la ciudad, dejándole expedita la única salida por donde podía escaparse, para caer sobre él. Esta es la que conduce a El Sombrero.

Morillo, en efecto, evacuó a Calabozo en la noche del 14. Pero no contaba el Libertador con el espíritu envidioso, insubordinado y celoso de Páez. Cuando aquél se disponía a poner en efecto sus propósitos, éste movió la siguiente cuestión al jefe supremo: el plan que usted lleva es un disparate. Lo primero que debió hacerse fue asaltar y rendir a San Fernando a viva fuerza y hacer arrancar de allí la reconquista. Ahora lo que exigen las circunstancias es regresar a la ciudad para dar a las tropas un descanso necesario, etc.

Grave cariz llevaba la disputa entre los dos caudillos, sostenido el apureño por algunos de sus oficiales; y levantó su gente y se marchó para Calabozo. Si el Libertador no tuviera suficiente aplomo y la necesaria diplomacia y ductilidad, allí habría perecido la causa víctima de una enconada lucha civil. Al contrario, hizo el papel de convenir con su oponente, y llevó a Calabozo el ejército del Orinoco donde al fin pudo convencer a Páez de lo urgente que era ir en persecución del Pacificador.

Se había perdido ya un tiempo precioso. De no haber ocurrido la insubordinación de Páez la brillante caballería llanera habría dado cuenta de los restos que conducía Morillo en fuga veloz por el terreno llano que media hasta El Sombrero, y la reconquista habría sido obra de pocos días, recuperada la capital y las ciudades más importantes del occidente de Venezuela, situadas en los valles de Caracas, del Tuy y de Aragua. Solo de tacto y diplomacia podía usarse en la ocasión para reducir al soberbio reyezuelo del Apure. Otras medidas violentas habrían ocasionado un conflicto en que el jefe supremo habría sido despojado de su autoridad por los llaneros, que adoraban a Páez como su *taita*. Bolívar tuvo que someterse a la humillación de rogar a Páez su concurso, y aunque éste accedió por fin, las doce

horas que el realista llevaba de ventaja imposibilitaron el triunfo de la república. Desde esos momentos quedó sellado el fracaso de la campaña.

A paso vertiginoso y agobiados por las penurias de una marcha sin descanso, sin comer ni beber, trabajados por el sol abrasador, sin caballerías, los españoles se acercaban el 15 a El Sombrero. El plan de Bolívar estaba desvirtuado, porque de aquí en adelante la caballería de los patriotas, arma en que éstos eran muy superiores a los contrarios, que carecían de ella, quedaba imposibilitada de maniobrar: en El Sombrero comienzan las serranías, en donde es más eficaz la infantería, arma en que el enemigo era muy superior a los nuestros en número y calidad.

Parte de nuestros caballeros, no obstante el tiempo perdido, alcanzaron a las 5 de la tarde la retaguardia del Pacificador en La Uriosa y la derrotaron. A esto tenían en su poder como 200 prisioneros recogidos en su marcha: eran soldados del ejército en fuga a quienes el cansancio impedía marchar a la par de sus compañeros.

Cayó la noche y aún no aparecían nuestros infantes, que sufrieron un extravío en el camino.

Morillo había acampado en el pueblo de El Sombrero dotado de magníficas defensas naturales. En persona condujo Bolívar el ataque. Tres acometidas suyas fueron otros tantos rechazos. Puede decirse que los valientes de ambos lados peleaban casi en iguales circunstancias. Unos y otros estaban extenuados de cansancio. Los de Bolívar habían hecho los 100 kilómetros de recorrido en 18 horas sin descanso. En un momento dado los dos bandos adversarios cayeron al suelo y se quedaron dormidos. Cuando despertaron los realistas al ruido de los caballos de Sedño y Páez, Morillo siguió su vertiginosa fuga, con sus fuerzas reducidas ya a menos de 1.300 hombres. Los republicanos sufrieron en este combate bajas importantes de oficiales muertos y heridos.

La activa persecución no pudo efectuarse en esta ocasión que habría sido también completamente decisiva, porque era imposible sin la caballería de Páez que una vez más se negó a efectuarla pretextando el cansancio de su gente. Se trasladó de nuevo a Calabozo a donde se vio obligado a regresar Bolívar y de